

TOWANDA RICHARDSON

*El secreto  
mejor guardado  
de  
Jackson*

AMAR A UN MULTIMILLONARIO I

*El secreto mejor guardado de Jackson*

Towanda Richardson

© Towanda Richardson.

Portada: Towanda Richardson.

Reservados todos los derechos.

Esta es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

# Índice

- [1 La nueva vida de Tiffany](#)
- [2 La vieja vida de Jackson](#)
- [3 La primera clase](#)
- [4 Vuelta a casa](#)
- [5 ¿Qué pasa contigo, Jackson?](#)
- [6 Dejemos de fingir](#)
- [7 Reconciliada con él](#)
- [8 La bipolaridad de Jackson](#)
- [9 El resultado del examen](#)
- [10 La penúltima clase particular](#)
- [11 Y la última](#)
- [12 A casa por Navidad](#)
- [13 Saliendo con Dylan](#)
- [14 ¿Y ahora, qué?](#)
- [15 Al fin tuya](#)
- [16 No lo dejes](#)
- [17 La confesión de Jackson](#)
- [18 Nuestra semana de ¿amor?](#)
- [19 El descubrimiento](#)
- [20 Un secreto más que guardar](#)
- [21 ¿Cómo pudiste?](#)
- [22 No te vayas. Por favor.](#)
- [23 Para siempre](#)
- [Epílogo, tres meses después](#)

# 1

## La nueva vida de Tiffany

Tiffany bajó del taxi con una mueca de fastidio. El calor de agosto en Kentucky debería haberla hecho desistir de llevar aquella ropa, pero hacía años que Tiffany se vestía cada mañana por pura intuición y que no le importaban ni las opiniones ajenas, ni la incomodidad ni la temperatura reinante en el ambiente. Claro que Tiffany no sabía que aquel día, su primer día de trabajo, iba a estar presidido por una ola de calor y por un taxista negligente que no había revisado a tiempo el sistema de aire acondicionado del coche. Cuando ya estaba a punto de olvidarlo sobre la tapicería del asiento trasero, tomó su maletín de cuero por el asa y lo transportó (casi casi lo arrastró) hasta la garita donde le habían comunicado que debía presentarse aquel diez de agosto, a las nueve en punto de la mañana. La garita de acceso a la cárcel de Westmoore Fields, el penal de máxima seguridad del estado.

Tiffany había acabado su carrera de Literatura Inglesa, con no poco esfuerzo, un par de meses antes. Los estudios nunca habían sido lo suyo, pero en su casa eran el peaje innegociable para que sus padres siguieran pasándole una asignación mensual que le permitía hacer lo que a ella más le gustaba: comprar. Libros y ropa, fundamentalmente, aunque no hacía ascos a perfumes, maquillajes, muebles y, en general, cualquier objeto disponible en alguna sección de unos grandes almacenes.

Se había decidido por estudiar Literatura porque leer era una de las pocas actividades que la apasionaba. Desde niña, se había refugiado en los libros de la sensación de abandono que los continuos viajes de sus padres le provocaban. Su familia poseía empresas a lo largo y ancho del país, y los señores Thownsend pasaban demasiado tiempo ocupándose de asistir en ellas a reuniones de los diferentes consejos de administración, y demasiado poco pendientes de su única hija.

Tiffany había crecido para ser guapa y casarse bien. Así, literalmente, se lo había dicho su padre al cumplir dieciséis años, durante la gran fiesta de celebración que habían dado en la mansión de la familia en Newport, que más bien era la gran fiesta de presentación de Tiffany en el mercado matrimonial de la costa este. Y, bueno, ella había cumplido más o menos bien en lo de ser guapa –la falsa modestia servía de poco cuando la genética había sido tan generosa–, pero podía considerarse un completo fracaso en lo del

matrimonio.

Acababa de cumplir veinticuatro años y sus experiencias con los hombres se reducían a tres novios, hijos perfectos de los amigos perfectos de sus padres perfectos, a los que había dejado antes de sentir la tentación de tirarse por una ventana presa del aburrimiento que le provocaban. Eran buenos chicos, eso estaba fuera de toda duda, pero no eran para ella. Tiffany soñaba con un hombre de verdad, uno que hiciera que la piel le temblara desde el cuero cabelludo hasta las puntas de los dedos de los pies. Un hombre que la hiciera sentir mujer, hermosa, fascinante... sexual. De esa otra faceta, prefería no hablar. Había probado lo del sexo esporádico durante su estancia en Yale, pero había conseguido el mismo conteo de orgasmos que en toda la experiencia anterior con sus novios: cero. No se podía caer más bajo.

Cuando acabó la carrera, Tiffany tuvo que tomar una decisión crucial. Sus padres se lo habían dejado muy claro: en el momento en que se licenciara, debía elegir entre ser mantenida por un marido o ser autosuficiente. Ellos le cortaban el grifo, indignados con que hubiera puesto más empeño en acabar la carrera, cuando todos sabían que los estudios no eran lo suyo, que en buscar un buen partido que los hiciera abuelos, jugara al golf con su padre y le ofreciera un nivel de vida similar a aquel al que estaba acostumbrada desde la cuna.

Contra todo pronóstico, Tiffany dijo que trabajaría. Que le cortaran el grifo, que ella se buscaría la forma de salir adelante. Que no quería casarse todavía, entre otras cosas, porque aún no había encontrado al hombre que hiciera que los pelos de la nuca se le erizaran solo con mirarla fijamente. Al fin y al cabo, solo tenía veinticuatro años. No había prisa en la búsqueda.

Tiffany podía parecer una valiente, pero lo cierto fue que tembló tanto cuando comunicó a sus padres su decisión que tuvo que agarrar su teléfono último modelo con las dos manos para evitar que se le cayera al suelo. Recordó entonces que, si se rompía en mil pedazos, sería ella quien tendría que pagar un sustituto, y que su nula experiencia laboral no le proporcionaría un trabajo en el que se pudiera permitir grandes alardes.

Lo cierto es que Tiffany había sido tan valiente porque pensaba que sus padres no aceptarían. Que su padre le daría una prórroga a su niña bonita o que su madre le suplicaría al cabeza de familia que no obligara a su hija a hacer algo tan indigno para una mujer como trabajar duro. Había una manicura que conservar y el posible futuro de Tiffany tirando hamburguesas sobre la plancha de un McDonald's no era la mejor receta para ello. Pero sus

padres se habían mantenido firmes en la promesa, y la siguiente vez que Tiffany acudió a su centro comercial favorito, la tarjeta de crédito apareció como denegada en la caja. Y entró en pánico, claro. Le quedaban cuatrocientos veintisiete dólares en efectivo, de los quinientos que había tenido la suerte de retirar unos días antes, porque siempre le gustaba tener algo de dinero suelto en casa.

Aquel día, Tiffany salió corriendo de la residencia universitaria en la que vivía desde hacía seis años y se encontró en su buzón la carta que le comunicaba que le quedaban dieciocho días de estancia pagada. El once de agosto, como muy tarde, debía abandonar su habitación o abonar ella misma los dos mil seiscientos dólares que costaba el alquiler cada mes. El motivo por el que había abandonado su habitación con prisas se incrementó. Tenía que hablar con el profesor McMillan. Él era el único profesor de toda la facultad que siempre había mostrado interés en que ella se aplicara en los estudios, y sabía que la ayudaría a orientar su vida laboral.

Entró en su despacho tan despeinada que su madre se habría horrorizado ante la idea de que presentara ese aspecto delante de un profesor. Pero su madre no estaba allí, ni tampoco al otro lado de su cuenta corriente, así que mostrar aspecto desesperado quizá incluso la ayudara. El profesor McMillan la miró de arriba abajo, probablemente poco acostumbrado a que Tiffany no mantuviera su fachada impecable y sus modales exquisitos, y le preguntó qué hacía allí.

Dos horas, unos tres litros de lágrimas y dos tazas de té verde después, Tiffany salía del edificio de la facultad de Literatura con un trabajo bajo el brazo. Sería la profesora de alfabetización del módulo de presos de nivel uno de la cárcel de máxima seguridad de Westmoore Fields. Que Dios la cogiera confesada.

No es que aquel fuera el trabajo de sus sueños. Incluso la idea de servir cafés en Starbucks a todos aquellos compañeros que, sin duda, a partir de ese momento la mirarían por encima del hombro le parecía mejor que entrar en una cárcel a dar clase a unos tipos que, para empezar, le daban un miedo atroz. Pero el profesor había conseguido convencerla apelando a su autoestima, que no era una maravilla precisamente, y al hecho de que el trabajo estaba bastante mejor pagado que cualquier otro que Tiffany pudiera conseguir con su expediente académico raspado y su experiencia laboral, que se resumía en cero días trabajados en toda su vida. Los mismos que orgasmos disfrutados, por cierto.

Parece que aquel puesto no estaba muy solicitado. Las vocaciones para enseñar lengua y literatura caían en picado cuando los alumnos no eran chicos de colegio privado del Upper East Side sino presidiarios peligrosos de una penitenciaría de Kentucky, un lugar que, si había de ser sincera, Tiffany no tenía demasiado claro dónde ubicar en un mapa.

El caso es que aceptó. Y de aquellos polvos llegaban estos lodos. O sea, encontrarse ante la garita de la cárcel, a pleno sol, tamborileando con su perfecta manicura el mostrador, a la espera de que un funcionario de prisiones con un evidente problema de obesidad gestionara todos los papeles necesarios para su acceso al lugar.

No le había pasado desapercibido el modo en el que el hombre la había mirado. Algo a medio camino entre observarla como a un donut que querría comerse si su mujer no se hubiera obsesionado con que hiciera la dieta Dukan y como a un cervatillo que considera una gran idea cruzar a paso tranquilo un par de carriles de la interestatal I-75. Dios mío, allí dentro se la iban a comer. Como al donut. O al cervatillo.

—Ya puedes pasar, monada. —Frunció el ceño al escucharlo referirse así a ella, pero decidió no protestar demasiado—. Continúa por este pasillo todo recto, muestra la acreditación al final y te conducirán a tu *despacho*.

No le pasó desapercibido el tono con el que el funcionario había dicho esa última palabra, como de burla, pero, de nuevo, decidió no indagar más. Se limitó a hacer lo que le había indicado y, con ello, se adentró en un mundo que no tenía ni idea de lo que le iba a deparar.

Al fin entendía por qué el hombre de la garita había dudado en llamarle a aquello «despacho». Se trataba, en realidad, del cuarto de limpieza de la biblioteca de la penitenciaría, convertido en *despacho* de una forma bastante mal disimulada. Una mesa metálica que, sin duda, había conocido tiempos mejores. Una silla como de escuela pública. Una cajonera destartada con un llavero oxidado colgando. Y un pequeño armario también con cerradura, en el que le indicaron que debía dejar, siempre a buen recaudo, sus objetos personales.

Pasó las siguientes cuatro horas escuchando las (muy) estrictas normas que regirían su trabajo en la cárcel. Su teléfono móvil debía permanecer siempre guardado bajo llave en el armario, excepto en el pequeño descanso de diez minutos que tendría entre los bloques de clases de dos horas. No podría traer del exterior ninguno de los objetos que aparecían en una larguísima lista de prohibiciones. El escáner que la examinaría cada mañana

detectaría cualquier producto que intentara introducir en la prisión, y su contrato de trabajo se vería revocado en caso de que pretendiera incumplir las normas.

También dedicaron un tiempo a examinar el plan didáctico del curso, que consistía en enseñar las destrezas académicas básicas a un grupo de cuatro presos que habían accedido a formar parte del programa, seguramente por consejo de sus abogados para conseguir algún beneficio penitenciario en el futuro. Algunos eran extranjeros, por lo que debía incidir más en la enseñanza del idioma, y a los demás debía darles las nociones necesarias sobre cultura general para desenvolverse en el mundo exterior. Todos estaban más o menos cerca del final de sus condenas.

Eché un vistazo al listado de alumnos, y no pudo evitar exhalar un suspiro desalentador.

José, veintinueve años. Condenado a doce años por un delito de tráfico de drogas. Dos años todavía por cumplir. Conocimientos medios de inglés.

Brian, treinta y cuatro años. Condenado a diecisiete por homicidio. Un año pendiente de condena. Prácticamente analfabeto.

Jackson, veintiocho años. Condenado a ocho por tráfico de drogas. Un año y medio de condena por cumplir. Cultura general media.

Walter, diecinueve años. Condenado a dos años por conducción temeraria con resultado de lesiones. Un año y medio de condena por delante. Conocimientos muy escasos de inglés.

Esa sería su clase. Su vista paseó por palabras como «drogas» u «homicidio» y sintió un breve estremecimiento. No estaba nada segura de dónde se estaba metiendo o, mejor dicho, de dónde estaba ya metida. Cuatro delincuentes peligrosos, que cumplían condena en máxima seguridad por algo, no solo por la naturaleza de sus delitos, sino por su mal comportamiento, su sociopatía o su negativa a colaborar con las normas de la prisión, según le aclaró Joe sin necesidad de que ella preguntara.

Se levantó de aquella silla horrible que le había tocado en suerte y se dirigió a la parte de la biblioteca donde se desarrollarían las clases. Joe la seguía de cerca, observándola con curiosidad, aunque con más respeto que el guarda de la entrada. Y fue su última advertencia la que hizo que acabara de asustarse más de la cuenta.

—No se encariñe con ellos. No crea nada de lo que le cuenten. Todos son inocentes. Todos han tenido mala suerte. Van a intentar utilizarla. Van a tratar de que usted se ponga en contacto con sus familias o que les envíe

mensajes o, Dios no lo quiera, que introduzca aquí objetos prohibidos. No los escuche. No solo se enfrenta a un posible delito si les hace caso, sino que entrar en el círculo de esa gente... de ahí no se sale. No indemne, al menos. Tenga cuidado.

Fue lo último que le dijo antes de acompañarla a la puerta. Salió al espeso calor de primera hora de la tarde a esperar el taxi que, con bastante renuencia, Tiffany le había suplicado a Joe que le pidiera. Tendría que recuperar su coche del campus en algún momento, pero la urgencia con la que había tenido que incorporarse al puesto había hecho que prefiriera ir en avión a Kentucky. Tenía por delante un fin de semana libre, así que lo aprovecharía para volar de vuelta a New Haven y traerse su flamante Mini descapotable color nácar. No blanco, nácar. Fue algo de crucial importancia a la hora de elegirlo.

Mientras aguardaba su transporte, intentando aprovechar la exigua sombra que ofrecía el voladizo de acceso a la cárcel, pensó en la última advertencia de quien había sido su guía en aquella primera jornada laboral, y a punto estuvo de escapársele una carcajada. ¿Encariñarse con los presos? ¡Ja! Los responsables del programa educativo de la prisión podían quedarse tranquilos. No se le ocurría nada menos propio de ella que intimar con unos tipos que le daban miedo ya antes de conocerlos. Quizá, tras la toma de contacto que tendría lugar el lunes, además, le dieran asco. O pena, incluso, si su corazón decidía tomar la vía de la compasión. Pero no olvidaba que eran traficantes de drogas y homicidas. No querría tenerlos cerca ni un solo segundo más de los estrictamente necesarios para que aprendieran a leer, escribir, algunas operaciones matemáticas –que ella misma tendría que rescatar de sus recuerdos del instituto– y un mínimo de cultura general.

El taxi llegó y, al subirse a él y situarse frente a una de las salidas del aire acondicionado, Tiffany respiró hondo. Se le presentaba por delante una aventura que no acababa de ilusionarla. Pero era un reto. Uno con el que demostrarle a su padre, y a medio mundo, que era algo más que una cara bonita. Aunque el precio que tuviera que pagar fuera relacionarse con unos tipos a los que consideraba escoria, a Tiffany siempre la habían apasionado los retos.

## 2

### La vieja vida de Jackson

«Cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve... Cincuenta».

Jackson terminó su tercera serie diaria de dominadas en la barra improvisada que presidía el patio de la prisión. Le ardían los músculos, los de la espalda y los brazos por igual, y un par de ampollas se abrieron en sangre en su mano izquierda. Apretó los dientes mientras se secaba el sudor con la toalla menos mugrienta que encontró, y recordó cuánto lo aliviaba el dolor físico. Sí, era curioso que un dolor lo aliviara. Pero, después de casi siete años en una de las prisiones de máxima seguridad del país, había descubierto que el dolor físico hacía olvidar un sufrimiento peor. El emocional. El que se alojaba en su cerebro, en su alma, y que no le permitía a veces respirar.

Hacía ya años que se había entregado al ejercicio físico como un devoto a una religión. Nunca había sido descuidado con su cuerpo, no lo era en aquella vida anterior de *persona normal* que ahora se le antojaba tan lejana. Cuando era un tío como los demás, sin una condena a las espaldas que le haría perder los mejores años de su vida, le gustaba salir a correr y jugar al tenis. Después, durante los meses que estuvo en libertad bajo fianza a la espera de juicio, tras su detención, se había apuntado a un gimnasio de los bajos fondos de su ciudad para aprender al menos lo básico para defenderse en la cárcel.

Recordó lo aterrizado que estaba en aquella época y estuvo a punto de escapársele una sonrisa. Todas las pruebas de la fiscalía apuntaban en su dirección, y los políticos habían puesto toda la carne en el asador para frenar el repunte del consumo de drogas entre los jóvenes. Su abogado hablaba de una condena que podía llegar a los veinticinco años, pero ese no era el mayor terror que paralizaba a Jackson en aquel momento. Por extraño que pudiera parecer, veinticinco años no le parecían algo peor que veinticinco días, porque estaba convencido de que no sobreviviría ni a su primera semana en la cárcel.

Lo había escuchado varias veces, en conversaciones susurradas que había interceptado sin querer y también en comentarios malintencionados procedentes de ese tipo de personas que siempre se alegran de las desgracias ajenas: los niños bonitos no sobrevivían en la cárcel. O, si lo hacían, acababan convertidos en el juguete sexual de algún tipo más grande, más

fuerte y más malo que ellos. Y que Dios le perdonara la presunción, pero, si algo era Jackson, era un niño bonito. Siempre lo había sido.

El día que el jurado dictó el veredicto que cambiaría para siempre el rumbo de su vida era jueves, diluviaba en Los Ángeles y él se encontraba algo resfriado. Ya era mala suerte que sus últimos minutos en libertad, aunque fuera bajo fianza, los pasara sorbiéndose los mocos y luchando contra el dolor de garganta. Era curioso cómo recordaba aquellos momentos, aquel calor asfixiante de la sala de juicio, que contrastaba con el golpeteo de la lluvia contra los cristales del juzgado. Las ansias de libertad se los habían grabado a fuego en la memoria. No podía olvidar aquellos detalles, como tampoco era capaz de borrar de su mente las palabras que cambiaron su vida para siempre: «Sentenciado a ocho años, sin posibilidad de revisión de condena».

Que había tenido mucha suerte, le dijo entonces su abogado. Suerte. La suerte era un concepto difícil de valorar cuando la perspectiva que se presentaba por delante era la de pasar los siguientes dos mil novecientos veintidós días de su vida encerrado en una celda, en el mejor de los casos. En el peor, acabar con un pincho improvisado clavado en su garganta en las duchas. Pero sí, era cierto que su abogado había hecho un buen trabajo y la pena había sido muy inferior a la que en un primer momento se esperaba.

Casi siete años después, de camino a su celda, en aquel asfixiante día de agosto, Jackson intentaba parar el flujo de los recuerdos. Al final, parecía que el ejercicio físico extenuante le había servido de poco para conseguirlo. No pudo evitar pensar en sus hermanos, sentados detrás de él, en la primera fila de la sala. Esa había sido la última ocasión en que los había visto. Ya los había advertido antes de ser sentenciado: no querría visitas, no aceptaría llamadas, no abriría sus cartas. Les había pedido que continuaran con sus vidas.

Jackson y sus hermanos se habían criado como una gran pandilla de amigos. Sus padres habían tenido un hijo cada dos años, antes de que el nacimiento del más pequeño se llevara a su madre al otro barrio. Ahora tendrían veintiséis, veinticuatro y veintidós. ¡Dios! Le costaba imaginar que el pequeño Ben tuviera ya veintidós años. Acababa de cumplir los quince cuando se despidieron, con un abrazo que fue interrumpido de forma abrupta por el alguacil del juzgado, mientras Ben intentaba tragarse las lágrimas sin demasiado éxito y Jackson asumía una vez más el papel del fuerte de la casa, por más que, en aquel preciso día, todos tuvieran más claro que nunca que era

una coraza artificial.

Quizá esa capacidad para esconderse tras una máscara imperturbable fue lo que le salvó la vida en las primeras semanas en prisión. Era una cualidad de la que no estaba demasiado orgulloso la de saber esconder sus sentimientos y dar una imagen de frialdad que contrastaba con lo que realmente sentía por dentro. Pero había aprendido a desarrollarla tras la muerte de su madre; él era el único de los hermanos que la recordaba, que había tenido que asumir que ya nunca volvería a estar allí para contarle un cuento antes de dormir o para aliviarle el dolor cuando se raspara las rodillas al intentar trepar al árbol del jardín. Con su padre más perdido que nunca tras enviudar, él asumió el rol de cuidar de los pequeños, de mostrarse fuerte ante ellos, de protegerlos. ¡Joder! Cuántas veces había maldecido el día en que había decidido que los protegería ante cualquier peligro. Qué diferente podría haber sido su vida si no fuera así.

En cualquier caso, aquella imagen de frialdad se había convertido en una aliada en su nueva vida. Había conseguido mantenerles la mirada a los matones más peligrosos de la prisión, aunque por dentro sintiera que le temblaban las piernas y que el pánico lo atenazaba. Había logrado responder con indiferencia a las amenazas veladas con las que todos querían ganarse los favores –de uno u otro tipo– del novato. Había roto la nariz a un par de tipos que no le habían hecho nada, solo para fingir que era un tipo duro, aunque por dentro solo deseaba pedirles disculpas. Había pasado noches enteras fumando en su litera de la prisión, antes de que a algún iluminado se le ocurriera prohibir el tabaco en las cárceles, aunque en su vida anterior apenas le había dado algunas caladas a los cigarrillos de su hermano. Había apretado los dientes sin que nadie lo notara cuando lo habían tatuado con una máquina casera, como parte de un rito de iniciación que lo dejaría marcado de por vida como un paria carcelario.

Todo eso había conseguido. Infundir respeto, temor. Había empezado a entrenar como un desesperado a los pocos meses de entrar en la cárcel, cuando se había sentido ya lo suficientemente seguro como para ejercitarse en el patio sin miedo a que lo mataran si se distraía contando las flexiones o las dominadas. Su cuerpo fue cambiando poco a poco. Siempre había sido delgado, así que no había llegado a convertirse en uno de esos monstruos hormonados con los que compartía afición en el patio, pero pocos ponían en duda que sus músculos eran de acero. Ni quienes lo veían hacer ejercicio a diario durante horas ni quienes habían tenido la mala suerte de sufrirlos en

carne propia en alguna de las escasas reyertas en las que se había visto envuelto.

Era un tipo duro. Muy duro. Sabía que tenía esa fama, y que su aspecto físico ayudaba. Ya no era un niño bonito, aunque no por ello le habían faltado proposiciones dentro de la cárcel, claro. Había entrado en la cárcel con un único tatuaje, el mismo que se habían hecho todos los hermanos al cumplir los quince: una rosa sobre el pecho izquierdo. Un homenaje póstumo a Rose, su madre. Ahora todo su pecho era un mar de tinta, y en sus brazos hacía años que era imposible distinguir un pedazo de piel intacta. Por alguna razón que se le escapaba, aunque le venía muy bien, esa afición a tatuarse había hecho que su fama de peligroso aumentara. Bienvenida fuera. Mantenía a los verdaderos tipos malos a una prudencial distancia, distraídos en torturar a quienes sí mostraban sus debilidades.

Regresó a su celda y se encontró con el recordatorio sobre su cama de que al día siguiente empezarían las clases de alfabetización y cultura general. Se le dibujó una media sonrisa amarga al darse cuenta, una vez más, de las mierdas a las que tenía que someterse para conseguir su objetivo de salir de la cárcel cuanto antes. La propuesta de esas clases había sido la primera vez que se le había ofrecido un posible beneficio penitenciario en los casi siete años que llevaba en Westmoore Fields. Si seguía el curso con buena actitud y aprobaba los tres exámenes trimestrales, su condena se vería reducida en seis meses. Podía no parecer gran cosa, pero la diferencia entre ocho años y siete años y medio era gigantesca. La diferencia entre un día en prisión y un día fuera de ella era la inmensidad más grande que podía imaginar. Seis meses eran muchos días. Haría cualquier cosa por conseguir salir antes de allí.

Durante sus primeros meses en la cárcel, a Jackson se le había ocurrido una manera más rápida de salir de Westmoore. La más rápida, en realidad. Por la morgue. No había tardado demasiado en descubrir cómo se hacía un pincho casero, aprovechando alguna pieza de los inodoros metálicos o algún clavo mal asegurado de las literas. Pocos presos había que no supieran cómo construirse uno, aunque la mayoría no lo hacían, pues la sanción si los funcionarios se los descubrían implicaba pasar unos días en el agujero, y todos temían aquel lugar más que nada en el mundo. Jackson lo había probado dos años después de ingresar, después de una pelea en la que le había roto los dos brazos a un violador de niños que acababa de ingresar en su módulo. Por aquel entonces, se había ganado ya la fama de tipo duro, y ese fue el espaldarazo que le ganó el respeto definitivo de sus compañeros de

prisión. La verdad... le había dolido poco reventarle los huesos a aquel malnacido.

A él no le asustaba ir al agujero porque los funcionarios le encontrarán un pincho, puesto que no era un objeto que fuera a durar demasiado entre sus manos. Solo pensaba en utilizarlo contra sí mismo, abrirse las venas y que, cuando los guardas lo encontrarán desangrado en su cama, él ya no tuviera que rendirles cuentas a ellos. Ni a nadie. Sacarse de en medio le ahorraría el sufrimiento de años y años encerrado entre aquellas paredes, y su familia se libraría de la oveja negra. Sus hermanos podrían seguir adelante sin el estigma de que uno de ellos estuviera encarcelado por intentar vender medio kilo de cocaína a unos chavales apenas mayores de edad. Pero, cada noche, al meterse en su litera y observar el único objeto personal que se había permitido la debilidad de llevarse a su celda... era incapaz de hacerlo. Aquella foto ya desgastada de los cuatro hermanos, vestidos con idénticos trajes negros celebrando la graduación de Jackson, se lo impedía. Sentía que los ojos de ellos, de las tres personas más importantes de su vida, le suplicaban que no lo hiciera, que aguantara. Que saldría de aquel agujero antes de cumplir los treinta y podría reiniciar una vida más o menos normal. A veces se sorprendía a sí mismo manteniendo un debate interno en el que se reía con ganas de la idea de tener algo parecido en lo más mínimo a una vida normal después de ocho años conociendo las mayores miserias del ser humano. Pero el caso es que no se decidía a acabar con todo. Quizá, simplemente, era el mayor cobarde de todo el puto mundo.

Cuando sus ansias de suicidio quedaron en un segundo plano, se centró en la otra posibilidad: salir de la cárcel cuanto antes. No había visto tantas películas como algunos de sus compañeros, que fantaseaban con la idea de una fuga. Él era más realista. Sabía que, en algún momento, le plantearían la posibilidad de acogerse a beneficios penitenciarios. Y la aprovecharía. Había tardado en llegar. ¡Joder! Había tardado una puta eternidad en llegar. Pero aquellas clases, que a priori le parecían una pérdida de tiempo, en realidad eran todo lo contrario: eran su posibilidad de ganar tiempo. De ganárselo al reloj, al calendario, a la jodida sentencia que llevaba anclada a su vida desde hacía más de seis años.

Ir a esas clases, no meterse en líos en los siguientes meses y mantenerse vivo. Esos eran los tres únicos objetivos que Jackson tenía en mente. En lo que sería de él cuando saliera de aquel lugar, prefería ni pensar. No se imaginaba a sí mismo solicitando un empleo y añadiendo la coletilla «he

pasado los últimos ocho años en una cárcel de máxima seguridad por tráfico de cocaína, pero puede confiar en mí para trabajar en su empresa». Pero ya tendría tiempo de preocuparse por eso.

Eché un vistazo al cielo, que empezaba a oscurecer ya, a través del pequeño ventanuco de su celda, que quedaba justo al lado de su almohada, en la litera superior de aquella celda compartida. Quizá no estuviera tan lejano el día en que pudiera volver a contemplar ese cielo en su totalidad, no con la visión sesgada que le ofrecían aquellos barrotes. Quizá podría volver a hacerlo en compañía de sus hermanos, de aquellos cuya imagen contemplaba, como cada día, en la fotografía que siempre acababa cayendo en sus manos. Aunque no supiera a esas alturas siquiera si todos ellos seguirían vivos. No se había molestado en intentar averiguarlo porque, desde el primer día de su condena, había tenido muy claro que la única posibilidad de sobrevivir emocionalmente a casi una década de separación de toda la gente que quería era cortar todo contacto.

Su compañero de celda intentó hablarle, pero él se hizo el dormido. Odiaba la charla intrascendente, por más que, en ocasiones, fuera una buena válvula de escape para olvidar el lugar donde se encontraban. Solo cerró los ojos muy fuerte, con la esperanza de que aquellas clases que empezaría al día siguiente fueran un paso más hacia la libertad que tanto ansiaba.

### 3

## La primera clase

Tiffany no había tenido la idea más brillante de su vida cuando decidió que la mejor opción para combatir el calor de Kentucky, que no daba ni una mínima tregua durante el mes de agosto, era un vestido minifaldero de color blanco. Quizá debería ponerse un post-it en el espejo de su dormitorio en el que dijera algo así como «Recuerda que vas a trabajar en una prisión federal, no en un *showroom* de moda». Eso pensaba mientras descendía de su flamante Mini en el aparcamiento para empleados del penal. Durante un buen rato, aquella mañana, parecía haber olvidado cuál era su lugar de trabajo, porque se había afanado en dar forma a los bucles de su pelo rubio, en elegir unos zapatos bonitos y en aplicarse un maquillaje suave, aunque culminado con sus eternos labios rojos.

La mirada que le echó el guarda de la garita, que no era el mismo que el primer día que se había presentado en Westmoore Fields, pero se le parecía mucho, no dejó lugar a dudas sobre lo inapropiado de su atuendo. Intentó recomponerse, infundirse los ánimos que necesitaba. Había pasado el fin de semana recogiendo lo que quedaba de su vida en New Haven y despidiéndose de los pocos amigos que había hecho durante su vida universitaria. Y tratando de reunir el valor necesario para dar clase a cuatro presidiarios que le daban un miedo atroz, y que se la comerían viva si lo notaban. Por eso había elegido aquel vestido, porque era uno de los que tenía catalogados en su armario como «de la suerte»... y necesitaría mucha fortuna para sobrevivir a la primera jornada laboral de su vida.

Joe, el guarda que le habían asignado ya el primer día como su mentor para cualquier duda o problema que le surgiera en el trabajo, la acompañó hasta la biblioteca y le explicó las últimas normas.

—Estarás aquí siempre unos diez minutos antes de que comience la primera clase. Los compañeros traerán a los cuatro reclusos esposados a las diez en punto. Por desgracia, las leyes que se encargan de proteger los derechos de esos malnacidos no nos permiten que estén esposados durante las clases. Dicen que eso impediría que hicieran las tareas para las que están aquí. —Tiffany veía totalmente lógico ese argumento. No se imaginaba cómo podrían escribir o pasar páginas de un libro con las manos esposadas, pero, si de ella dependiera, estarían atados y amordazados. Bueno, en realidad no era

ella quien hablaba, sino el pánico que sentía en aquel momento, y que hacía que se arrepintiera más que nunca de haber aceptado el puesto. Incluso casarse con alguno de los hijos de los amigos de sus padres le parecía una perspectiva más halagüeña que acabar degollada por uno de aquellos hombres—. Y no solo eso. Ningún guarda puede estar presente durante las sesiones de clases. Tienen derecho a recibir las clases en privado, sin que nosotros podamos estar dentro y conocer sus limitaciones.

—No... No... ¿No va a haber ningún guarda dentro conmigo? —Vale, era definitivo. Iba a hacer sus maletas y marcharse corriendo a Newport, dejar que su padre le echara una reprimenda por sus ansias locas de volar sola y que su madre la arrojara en la cama y le cantara una nana. O el equivalente a eso para una mujer de veinticuatro años, vaya.

—No, pero estaremos justo al otro lado de la puerta. Y usted llevará esto encima. —Le entregó un espray de defensa personal, y ella se preguntó si sabría usarlo, o si, simplemente, sería capaz de que no se le cayera al suelo, visto el temblor que tenía en las manos—. Si se ve amenazada en algún momento, utilícelo. Y grite. A la menor señal de que pueda estar ocurriendo algo aquí dentro, mandaremos a toda la caballería a rescatarla. No se preocupe, estará a salvo.

¿Que no se preocupara? Aquel hombre tenía que haber perdido la cabeza. Quizá era eso lo que pasaba con las personas que trabajan demasiado tiempo dentro de una cárcel, que perdían el contacto con la realidad o algo así. No es que eso le preocupara, su único objetivo era sobrevivir a aquellos meses de contrato que tenía por delante. Después, ya pensaría en su futuro, que seguro que sería mejor que lo que dejaba atrás.

—Me obligan a decirle que no son tipos peligrosos. En teoría, no son presos violentos, pero a mí, personalmente, todos los que están aquí dentro me parecen peligrosos.

Muy tranquilizador, sí. Tiffany echó un vistazo al reloj de pared de la biblioteca y comprobó que solo quedaban dos minutos para la hora en que llegarían sus alumnos. Ese hecho la tranquilizó, pues la charla de Joe solo estaba consiguiendo ponerla más histérica de lo que ya estaba desde que se había despertado. Justo estaba pensando en ello cuando tres golpes fuertes sobre el metal de la puerta la sobresaltaron, y tuvo que obligarse a sí misma a calmarse para que no le diera un infarto antes de tiempo.

Joe y otros cuatro funcionarios, que conducían al grupo hasta la biblioteca, intercambiaron unos breves saludos y acompañaron a los cuatro

reclusos a las mesas que se les habían asignado.

El primero en entrar fue un hombre de aspecto hispano. Parecía bastante mayor que ella, por lo que dedujo que se trataría de José, de veintinueve años, a pesar de que aparentaba bastantes más. Según la ficha de la que disponía, llevaba más de diez años en prisión, y era evidente que eso desgastaba el físico a cualquiera. Ni siquiera levantó la cabeza para mirarla. Se limitó a sentarse en su silla, con la mirada perdida en el tablero de madera de la mesa y a comportarse de manera indiferente. Con él debía afianzar los conocimientos de inglés que tenía, que eran escasos y aprendidos dentro de la cárcel, ya que había sido detenido en la misma frontera cuando no hablaba ni una palabra del idioma. No parecía que fuera a ser un caso fácil.

Justo detrás de él entró un chico muy joven. Ese tenía que ser Walter, de diecinueve. Al contrario que su compañero, se esforzó mucho en sonreírle y la saludó con un «buenos días, señorita», chapurreado a medio camino entre español e inglés. Ella había estudiado tres años de español en el instituto, y esperaba que esos conocimientos medio olvidados fueran suficientes para poder ayudar a aquellos dos hombres a adquirir una competencia decente en inglés que les permitiera, al menos, trabajar al salir de la cárcel.

El tercero del grupo debía de ser Brian, de treinta y cuatro años. El único de los alumnos condenado por homicidio, una palabra que a Tiffany le enviaba un latigazo de pánico a la columna vertebral, por muchas veces que la hubiera leído ya en los informes sobre los reclusos. Llevaba en la cárcel media vida, prácticamente desde los dieciocho años. Se había jurado no intentar averiguar nada sobre los delitos que habían cometido, para no crearse prejuicios innecesarios, para no tenerles aún más miedo del que ya les tenía y, sobre todo, porque conocer su historial delictivo no le iba a servir de nada para enseñarles una cultura general básica. Pero no podía evitar pensar que el hombre que tenía ante ella había acabado con la vida de una persona. Y a ella le sonreía de forma intimidante. Dios mío... qué duro iba a ser aquello.

Cuando entró el último de sus alumnos, Tiffany dio un respingo. O dos. No se había hecho una imagen mental de los presidiarios antes de conocerlos, pero, por mucho tiempo que hubiera dedicado a pensar en ello, jamás se habría imaginado a alguien como Jackson Higgins. Alto, bastante más que ella, aún con los tacones que se había calzado ese día, calculó desde la distancia. Musculado, aunque no demasiado; en su justo punto. Pelo oscuro, bastante corto, con un estilo que lo hacía parecer más un marine que un preso común. Y aquellos ojos. Entre azules y grises, fríos, y que desprendían una

seguridad en sí mismo al mirarla fijamente que hacía juego con el resto de su aspecto: incluso el mono de la prisión parecía haber sido hecho a su medida, pese a que lo llevaba algo descuidado, con el cuello dado de sí, que dejaba entrever los tatuajes de su pecho. Ella, que si de algo sabía en la vida era de moda, estaba convencida de que ese look *descuidado* era algo estudiado. Como si quisiera dar justo el aspecto que daba: el de un tipo peligroso pero sumamente magnético.

Dudó sobre si se habría quedado mirándolo demasiado rato, pero, para su desolación, le quedó confirmado que sí en el momento en que él torció su boca en una media sonrisa irónica, que la hizo dar un pequeño saltito sobre sí misma y perder el hilo de lo que había estado ensayando durante todo el fin de semana como su discurso de presentación.

Al final, salió airoso como pudo y no tardó en darse cuenta de que se enfrentaba a cuatro alumnos con personalidades muy diversas. No llevaban ni una hora de clase cuando se percató de que José sería un muro contra el que sus explicaciones rebotarían, pues no parecía demasiado dispuesto ni a aprender ni a relacionarse. Ni siquiera le había escuchado pronunciar más de un par de monosílabos. Ojalá pudiera decir lo mismo de Brian, que respondía con ironía y bromas internas que ella ni siquiera comprendía a casi cualquier cosa que intentaba enseñarle. Walter, en cambio, recibía todo con una sonrisa de agradecimiento, a pesar de que Tiffany estaba convencida de que no entendía ni la mitad de las palabras que le dirigía. Y Jackson... bien, Jackson era toda una incógnita. Una que no tenía muy claro si estaba deseando resolver o prefería que se quedara entre dudas al menos hasta que ella se sintiera con algo más de seguridad en sí misma.

—Bien... Estamos a punto de llegar al descanso de la mañana. ¿Tenéis alguna pregunta sobre lo que hemos visto hasta ahora o sobre la dinámica de las clases?

—No, muchas gracias, señorita —se apresuró a responder Walter, mientras José guardaba silencio y Brian chasqueaba la lengua contra el paladar y se carcajeaba, sin que ella acertara a comprender el motivo.

—Sí, yo tengo una. —Era la primera vez que oía su voz y, maldita mala suerte, era tan profunda y sexy como su mirada.

—Dime, Jackson.

—¿A qué iluminado de los muchos que trabajan en el sistema penitenciario se le ocurrió que era buena idea que nos diera clase Paris Hilton?

Tiffany boqueó como un pececillo. Deseó con todas sus fuerzas que se le ocurriera alguna respuesta brillante, pero fracasó en el intento. Brian rio a carcajadas la ocurrencia de su compañero, e incluso José esbozó una sonrisa. Walter era evidente que no había entendido ni una sola palabra de aquella frase tan larga. Y ella seguía en silencio, evaluando mentalmente sus bucles, sus labios rojos, su atuendo tan poco apropiado para dar clase en una prisión y su nula capacidad para responder de forma inteligente a un insulto directo. Si Jackson la había considerado una boba superficial por su aspecto, ella no hacía más que confirmárselo con ese silencio y su boca abierta.

—Lo que yo decía... —se ensañó.

Los guardas interrumpieron su estado catatónico avisando de que se llevaban a los presos al patio para un descanso de diez minutos. Salieron sin crear problemas, en silencio, y ella se sentó —más bien, se lanzó— en su silla, apretándose el puente de la nariz con dos dedos y conteniendo las crecientes ganas de llorar. Había conseguido explicarles algunas nociones básicas sobre lo que iban a aprender durante el curso, y había estado a punto de sentirse hasta un poco orgullosa de haber sabido manejar mínimamente bien el ritmo de la clase, pero parecía que una sola frase burlona podía descolocarla. E iba a trabajar durante meses en una cárcel; quizá una frase burlona fuera de las cosas menos desagradables a las que iba a enfrentarse.

Jackson salió al patio y echó de menos los tiempos en que se podía fumar en la prisión. Al final, había acabado medio enganchado a aquella mierda, en parte porque era una forma más de matar el tiempo en un lugar donde eso precisamente, el tiempo, siempre sobraba. Se sentía un poco cabrón por haber atacado de forma tan directa a la nueva profesora, pero no conseguía comprender qué persona con dos dedos de frente se presentaba en una cárcel con un vestido blanco que le traspantaba un sujetador de encaje, y maquillada y vestida como si se dirigiera a un baile de gala en vez de al lugar más sórdido imaginable. Por Dios santo, allí dentro había asesinos, violadores, pederastas... ¿en qué momento le había parecido buena idea ir llamando la atención?

«Te pone cachondo», decía una voz en su interior. Una voz a la que le encantaría ponerle cara, para, a continuación, partírsela de un puñetazo. Por supuesto que la profesora lo ponía cachondo. En realidad, en los últimos tiempos, *todo* lo ponía cachondo. Algún día se empalmaría con las lamentables fotos porno de su compañero de celda, que parecían sacadas de alguna revista bizarra de los ochenta, y entonces ya podría asumir

definitivamente que estaba acabado.

Cuando había entrado en la cárcel, se había pasado meses sin pensar siquiera en el sexo. Él, que había sido el adolescente más promiscuo del planeta, era incapaz de que se le pusiera dura. Podría haber echado la culpa a la depresión que le había supuesto ser encerrado, pero lo cierto es que era más una cuestión de asco. No había tardado en descubrir que en la cárcel la intimidad era un concepto que no existía, y la imagen de compañeros suyos pelándose como monos en las duchas o en la nula privacidad de las celdas hacía que él ni se pudiera plantear tener una erección.

Pero... era un hombre. Los meses habían ido pasando y la ausencia de sexo, y la perspectiva de que eso fuera así durante los siguientes ocho años, había hecho mella en él. Había aprendido a masturbarse en silencio cuando todos dormían, reviviendo la imagen mental de alguna de aquellas chicas que habían pasado por su cama cuando era un tío de éxito. Pero incluso aquello lo había cansado. Había acabado dándose asco a sí mismo, y en los últimos tiempos ya solo lo hacía cuando necesitaba descargarse o correría el riesgo de que le explotaran las pelotas.

Todo apuntaba a que esa noche sería diferente. La realidad de que llevaba años sin ver a una mujer lo golpeó como si hubiera recibido un puñetazo en plena cara. En su módulo no había funcionarias mujeres, y él no había recibido visitas en casi siete años. Su abogado, la única persona del exterior con la que mantenía contacto, también era un hombre. Se le escapó una carcajada, que atrajo las miradas de sus compañeros de clase, al pensar que Tiffany podría haber sido una octogenaria calva que le habría producido la misma sensación de pesadez en la entrepierna, por el mero hecho de ser una mujer. Pero el caso es que no era una octogenaria calva, y Jackson estaba ya casi convencido de que aquel sujetador de encaje que se dejaba entrever a través de la tela de su vestido, y aquellas piernas kilométricas rematadas en unos tacones de lo más sexy, serían los protagonistas de alguna que otra imagen húmeda aquella noche, cuando al fin encontrara la intimidad en la oscuridad de la celda y su mano viajara al interior de sus pantalones.

## 4

### Vuelta a casa

El jueves anterior al fin de semana del día del Trabajo, Tiffany recibió una llamada de la secretaria de sus padres. Desde casi un mes antes, desde aquel aciago día en que habían decidido cortarle el grifo, Tiffany había dejado de hablarse con ellos. Aunque... en realidad, ellos no se habían dado cuenta. Así eran las relaciones familiares de los Thownsend, tan frías que Tiffany podía pasarse un mes sin hablarles, pensando cada noche en lo poco que le gustaba estar enfadada con ellos, y que ellos ni siquiera se enterasen. Para sus padres, un mes sin hablar con su hija era solo la consecuencia lógica de que su labor al frente de las empresas familiares era más importante que comunicarse con ella.

La secretaria llamaba con una invitación de sus progenitores para pasar con ellos el fin de semana largo de vacaciones. Tiffany aceptó, pues no tenía una sola persona con quien pasar esos días en Kentucky. Su vida allí se reducía al trabajo en la prisión y a engancharse a series en Netflix cuando estaba en su apartamento. No había hecho amigos, ya que había dedicado todo el tiempo disponible a aprender a valerse por sí misma y administrar un sueldo que, en otros tiempos, no le habría dado ni para comprarse un par de zapatos de firma. Estaba orgullosa de lo que había conseguido. Sabía administrarse, había aprendido a cocinar –si se le podía llamar *cocinar* a meter diferentes productos precocinados en el microondas, claro– y no se mostraba especialmente preocupada por ir de compras o por retomar cualquiera de sus viejas aficiones consumistas.

Claro que, si todas esas actividades no ocupaban su mente, era porque no había espacio. Todas y cada una de sus neuronas estaban centradas en reunir fuerzas cada mañana para levantarse de la cama y dirigirse a aquel trabajo que cada día le resultaba un poco más difícil. Sin paliativos: lo odiaba. El trabajo, aquel lugar infame, las burlas de los alumnos y su nula capacidad para aprender lo que trataba de enseñarles... Odiaba todo, y maldecía el día en que el profesor McMillan no la había recomendado para cualquier otro trabajo. En serio, la idea de hacer hamburguesas o servir cafés le resultaba cada día más atractiva.

Estaba distraída en esos pensamientos cuando la secretaria de sus padres le preguntó para qué aeropuerto debía reservarle el vuelo con destino

Newport. Tiffany se dio cuenta entonces de que sus padres ni siquiera sabían dónde vivía y, la verdad, no parecía importarles demasiado. Le indicó que estaba viviendo en Kentucky y que el aeropuerto desde el que le resultaría más cómodo viajar sería el de Louisville. Ignoró la risita tonta de la secretaria, que seguro que pensaba que ella estaría amargada viviendo en un lugar tan poco glamuroso. Siempre había tenido fama de niña mimada, y esa no es una etiqueta que una se pueda sacar con facilidad.

El último día de trabajo antes de aquel puente, Tiffany abandonó la prisión como alma que lleva el diablo y condujo hasta el aeropuerto internacional de Louisville con la mente puesta en volver a casa. Fue consciente de lo triste que era su vida si la mayor ilusión que podía tener era pasar cuatro días en la mansión de sus padres, casi seguro recibiendo sermones de ellos por su irresponsable vida. Pero, al menos, allí no se pasaría seis horas diarias siendo escrutada por los ojos de cuatro presidiarios que la respetaban menos cada día que pasaba.

—Querida... —Su madre la saludó a su manera, es decir, con ese apelativo tan frío, que lo mismo aplicaba a su única hija que a alguna de sus compañeras de partida de *bridge*, y con dos besos al aire que jamás llegaban a rozarle las mejillas.

—Hola, mamá.

—Sube a cambiarte; la cena estará lista en media hora y tu padre quiere hablar contigo.

Tiffany no discutió la orden. Nunca lo hacía, excepto cuando *la orden* la incluía a ella vestida con un traje blanco camino del altar. Pero sí que se observó con detenimiento mientras subía las escaleras de la gran mansión familiar de camino a su cuarto. Llevaba unos pantalones vaqueros de corte recto y color oscuro, una camisa a rayas blancas y rojas y unos mocasines de estilo marinero. Después del fiasco de su *look demasiado atrevido* en el primer día de trabajo, había rebajado mucho sus apuestas estilísticas. Ahora, iba todos los días a trabajar con pantalones y camisas, y los tacones habían quedado desterrados a lo más profundo de su armario. Aun así, no se había librado de que Jackson y Brian se refirieran a ella con más comparaciones. Ya no era Paris Hilton, pero sí los había escuchado llamarla Jackie Kennedy. Era fantástico su trabajo, sí.

Aunque no encontró nada en su atuendo de aquel día que lo hiciera poco apropiado para una cena en familia, decidió cambiarse de ropa. Eligió un vestido rojo que su madre le había regalado el año anterior, y bajó justo a

tiempo de ver a su padre entrando en el comedor familiar, con la corbata anudada como si fuera primera hora de la mañana. Los Thownsend tenían una idea bastante difusa de la comodidad familiar.

—¡Hija! —Su padre la abrazó. Siempre había sido más afectuoso que su madre, dentro de los límites de la contención que ellos consideraban que marcaba su estatus.

—¿Cómo estás, papá? —le preguntó mientras los tres tomaban asiento.

—Bien, bien. Pero lo importante ahora es saber cómo estás tú. ¿Cuándo pensabas hablarnos de ese nuevo trabajo que te tiene tan distraída en Kentucky?

«Cuando me llamarais por teléfono para interesaros por mi vida, para variar», pensó en contestar, pero se contuvo.

—Yo... Emmm... —Se preparó para mentir, aunque no pudo evitar que la voz le titubeara—. Trabajo como profesora de Lengua y Literatura en una escuela femenina de Kentucky.

—Vaya... —terció su madre—. ¿Y ese trabajo está bien pagado?

—Sí... Supongo que sí.

—¿Lo suficiente para que puedas mantener el nivel de vida que te gusta? —Su madre sonreía al hacer la pregunta, pero Tiffany sabía que era una fachada para ocultar el disgusto que le provocaba que su hija se rebajara a un trabajo tan mundano.

—Lo suficiente para mantenerme, madre.

—Bien. —Su padre alzó su copa en dirección a ella, en una especie de brindis imaginario—. Es bueno que aprendas lo importante que es el trabajo duro, antes de decidirte a emprender tu vida familiar. Así sabrás apreciar el esfuerzo que haga tu futuro marido.

—Por supuesto, papá.

No le apetecía discutir. Llevaba un mes con la sensación de que lidiaba una batalla permanente. Contra los cuatro alumnos que le habían caído en (mala) suerte. Contra las facturas que se le habían acumulado antes de que ella aprendiera a administrarse. Contra sí misma, por no ser capaz de ilusionarse con su primer trabajo, como se suponía que debería haber hecho. No quería luchar también contra sus padres. No esa noche. Había sido un día eterno, con las clases, el traslado al aeropuerto, el vuelo, el regreso a casa y esa cena. Las guerras... mejor otro día.

Degustaron un par de platos más hablando de temas que a Tiffany le resultaban soporíferos: las últimas novedades matrimoniales de la sociedad

en la que se movían, llenas de indirectas hacia Tiffany y su nula capacidad para casarse; las incorporaciones recientes de un par de familias al club de polo; las inversiones de su padre en negocios inmobiliarios en América Latina. Tiffany desconectó, aproximadamente, en la segunda frase. Su mente prefería perderse por otros derroteros.

En concreto, los pensamientos le volaron a esas tres semanas que llevaba dando clase en el penal de Westmoore Fields. A Walter, José, Brian y Jackson. Ya los tenía bastante calados, en realidad, aunque ellos siguieran pensando que era una niña boba. Solo Jackson le resultaba un misterio. Un misterio que le generaba curiosidad. Y una curiosidad que se la comía por dentro.

Desde el primer día de clase, había resultado evidente que Brian, Walter y José tenían serias dificultades para asimilar los contenidos que veían en las clases. Brian podía parecer muy listo en el juego de palabras y la ofensa gratuita, pero la realidad era que tenía unas nociones culturales menos que básicas y una capacidad para aprender limitadísima. No se atrevía a decir lo mismo de Walter y José, pero, en el caso de ellos, el idioma era la gran barrera que le impedía a Tiffany avanzar con los contenidos. Llegados a ese punto, se conformaría con que salieran de la cárcel sabiendo leer y escribir lo básico.

Pero Jackson era diferente. Él captaba al vuelo todo lo que ella explicaba y realizaba los ejercicios en tiempo récord. Como si le pusiera un cuadernillo de sumas a un alumno de doctorado en Matemáticas. No entendía por qué fingía que los contenidos se le atragantaban; ella misma lo había descubierto varias veces dibujando en los márgenes de su cuaderno durante el tiempo que le sobraba después de acabar las tareas. Bueno, dibujando en los márgenes en el mejor de los casos. En el peor, clavándole esos ojos fríos como el hielo y haciendo que se pusiera tan nerviosa que ya había derramado su botellín de agua sobre los libros en tres ocasiones. Tres veces en diecinueve días de clase. Debía de ser todo un récord.

Tiffany había pasado en ambientes de clase alta el tiempo suficiente para reconocer gestos en Jackson que la dejaban descolocada. La forma en que cogía el lápiz, tan diferente a la de sus compañeros, que bien podrían estar empuñando un martillo. Cómo era el único de los cuatro que, cada día, al acabar las clases y también antes de los dos descansos entre horas, volvía a acercar la silla a su lugar bajo la mesa. Su letra limpia y redonda, escrita en líneas perfectamente rectas, respetando los márgenes. Su escritura exenta de

las faltas de ortografía que poblaban la de sus compañeros. El vocabulario más rico con el que se expresaba, aunque lo trufara casi siempre de palabras malsonantes y chascarrillos que, en ocasiones, le sonaban fingidos.

Se moría de curiosidad por saber algo más de la historia de Jackson Higgins. De aquel tipo atractivo y tatuado que no parecía ser lo que aparentaba. Desde luego, no le habían hecho falta más de tres semanas para darse cuenta de que no parecía necesitar unas clases de alfabetización.

Tiffany se obligó a dejar de pensar en Jackson. El día siguiente se presentaba cargado de planes que sus padres habían hecho por ella y no le iba a quedar más remedio que cumplirlos a rajatabla.

Tres días después, Tiffany se encontraba de nuevo en el aeropuerto de Newport, esperando que saliera su vuelo de regreso a Kentucky. El fin de semana, como había previsto, había sido agotador. No físicamente, pero sí para su paciencia. Había jugado al hockey sobre hierba con sus antiguas compañeras de colegio privado en el club de campo. Había asistido a una aburridísima partida de golf de su padre. Había tenido que acudir a dos cenas de gala, tres subastas benéficas y un *brunch*. Esa era la vida a la que se suponía que estaba destinada. Eventos vacíos y personas superficiales. Tiffany sabía comportarse en esos ambientes, lo llevaba en el ADN. Sabía vestirse, sonreír y tratar temas superficiales durante las horas que fuera necesario. Pero lo odiaba. Casi tanto como el lugar al que se dirigía, ese trabajo que no podría ser más opuesto a aquello para lo que la habían educado.

Mientras ocupaba su asiento en la sección de primera clase del avión, no podía evitar preguntarse qué cárcel era más dura: si aquella en la que trabajaba o la de la alta sociedad de Newport y sus horribles convenciones sociales.

## ¿Qué pasa contigo, Jackson?

Tiffany regresó a Kentucky. A su nueva vida, esa que le resultaba tan tediosa que apenas podía destacar una sola cosa positiva de ella. No iba a echar de menos pasar tiempo en la casa de sus padres, pero no habría estado mal tener alguna amiga en su nueva ciudad con la que compartir unos cócteles, aunque tuviera que hacer equilibrios en su precaria economía para pagarlos. Pero pocas posibilidades tenía de conocer gente, al menos gente en libertad, en su nuevo entorno laboral, y no estaba tan desesperada como para presentarse en un bar y preguntar, como una niña en el primer día de jardín de infancia, si alguien quería ser su amigo. Así que se entregó a la única afición que nunca le había fallado, la lectura.

No había podido trasladar a Kentucky ni la inmensa biblioteca con la que contaba en la casa de sus padres, ni tampoco los muchos libros que había llegado a acumular en sus años de universidad, así que se había entregado al libro electrónico. Leía un poco de todo, de todos los géneros y épocas, pero aquella noche necesitaba algo concreto, un libro que no comentaría nunca con sus compañeros de facultad y que, probablemente, jamás reconocería en público haber leído. Navegó por la sección de novela erótica de su biblioteca y eligió un título al azar, después de haber ojeado la sinopsis.

Antes de comenzar la lectura, se levantó para prepararse una taza de café bien cargado. Sabía que le pasaría factura cuando se metiera en la cama y quisiera dormir, pero le daba igual. Le encantaba el café, le encantaba perderse en un buen libro, y la idea de los dos placeres combinados era lo único que le daba fuerzas para enfrentarse a algo que no le encantaba en absoluto: la idea de tener que ir a trabajar al día siguiente.

Se sentó en el sofá de su apartamento y se echó una manta liviana por encima. Hacía calor, incluso bastante después del anochecer, pero siempre se había sentido más protegida si se tumbaba con una manta encima, como si esa fina capa le proporcionara un extra de intimidad. Quizá estaba completamente loca, esa era una opción que nunca había descartado.

Llevaba casi dos horas inmersa en la trama de aquella novela, cuando la taza que acababa de recargar de café se le resbaló de las manos y dejó una mancha que sería difícil eliminar de la alfombra. Fue un sobresalto sin igual el que lo provocó. Y lo peor es que no fue la visión de una araña gigante –les

tenía pánico—, ni un ruido inesperado en el rellano ni siquiera un giro de los acontecimientos literarios que provocara el suspense. Fue su propio cerebro el que causó aquel desastre. Porque Tiffany se dio cuenta, nada más y nada menos que ciento veinte minutos después de empezar a leer, de que, en su cabeza, el protagonista de aquella novela que rozaba lo pornográfico, tan duro, tan salvaje, tan sensual y tan arrolladoramente atractivo... Dios mío, ¡en su cabeza le estaba poniendo la cara de Jackson Higgins!

Tiró su libro electrónico sobre la alfombra, justo al lado de la mancha de café, y por un momento deseó que se rompiera por la mitad. Que ardiera, o explotara o le salieran patas y se marchara corriendo de su apartamento. Si por ella fuera, jamás volvería a abrir aquella novela. ¿Por qué, de todos los hombres sobre la faz de la Tierra, su cerebro tenía que haber recurrido a Jackson para ponerle cara (y cuerpo; sobre todo, cuerpo) a una fantasía literaria? Se metió en la cama y se tapó la cabeza con la sabana. Quería coger cada una de sus neuronas y abofetearlas, o hacer algún tipo de procedimiento que las dejara amnésicas. Y quería dormir, cosa que debería haberse planteado entre la tercera y la cuarta taza de café.

El despertador sonó a las siete y cuarto de la mañana, y Tiffany habría preferido que le pegaran un tiro a tener que levantarse. La última vez que había mirado el reloj digital de su mesilla, marcaba las cinco y cuarenta y ocho minutos. No sabía qué era lo que la había desvelado: si la cafeína o la horrible revelación de que su cabeza fantaseaba con Jackson Higgins sin su permiso. Culparía a la primera, solo para quedarse más tranquila. Pero, independientemente de ello, nada la libraría de ir a trabajar con menos de una hora y media de sueño por delante. Si todas las jornadas en Westmoore Fields eran duras, la de ese lunes iba a ser antológica.

Cuando llegó a la prisión, Joe fue el primero en advertirle que llevaba unas ojeras de impresión, a pesar de que ella había utilizado hasta cinco productos diferentes para intentar disimularlas. Y, cuando sus *encantadores* alumnos entraron en la biblioteca para empezar las clases del día, le quedaron pocas dudas de que no lo había conseguido en absoluto:

—Vaya, vaya, la celebración del Día del Trabajo ha debido de ser dura, profesora Townsend —se burló Jackson—. ¿O es que ha habido un maratón de *Gossip Girl* que la ha tenido sin dormir?

Tiffany lo ignoró, por una vez en la vida. Quizá darle importancia a sus comentarios sarcásticos y dejar que le afectaran había sido la causa de que se colara en sus pensamientos con más frecuencia de la debida... y en los

momentos más inapropiados. Además, contra todo pronóstico, Brian no le siguió la broma, Walter ni siquiera la entendió y José estaba en esa postura inmóvil que nunca dejaba demasiado claro si estaba vivo o muerto, así que decidió comenzar con su clase.

Durante el trayecto en coche, había decidido adelantar una clase que ya tenía preparada para unas semanas más tarde y darla ese día. Necesitaba algo con lo que sentirse cómoda, y hablarles a aquellos cuatro hombres semianalfabetos sobre las novelas más importantes del siglo veinte en Estados Unidos le parecía un enorme sofá en medio de su zona de confort académico. Había decidido que les pediría que leyeran una de ellas, y repasó mentalmente la lista de las que le parecían más sencillas.

—Pero, señorita, yo no creo que haya leído un libro en toda mi vida. Y menos en inglés —protestó, aunque con su suavidad habitual, Walter.

—No te preocupes, Walter. Buscaremos algo adecuado para ti. Para cada uno, en realidad. Tendréis un mes para leerlo, así que no hay prisa. Y no hará falta que hagáis ningún trabajo ni resumen ni nada. Simplemente, quiero que me comentéis qué os ha parecido, qué habéis entendido, etcétera. Solo quiero evaluar vuestra comprensión lectora. ¿Queréis que os diga la lista de los que están disponibles aquí, en la biblioteca, para que elijáis vuestro favorito?

Decidió tomarse los soniditos de protesta como un asentimiento y repaso la lista que había elaborado unas semanas atrás.

—Veamos... *Muerte de un viajante*, *Matar a un ruiseñor*, *El gran Gatsby*, *El guardián en el centeno*...

—Entre —interrumpió Jackson, en voz baja pero perfectamente audible.

—¿Disculpa, Jackson? —preguntó Tiffany, al tiempo que levantaba la mirada y sus ojos se encontraban con los de él. O, mejor dicho, chocaban.

—*El guardián entre el centeno*. No *El guardián en el centeno*.

—Emmm... Eso he dicho —disimuló Tiffany, consciente de que ese era un error que había cometido decenas de veces en su carrera. A pesar de que esa era una de sus novelas favoritas, se había aprendido mal el título cuando era niña y no había manera de que el correcto se afianzara en su cerebro.

—Seguro que sí.

La sonrisa burlona de Jackson la distrajo. Quizá porque, además de burlona, era extremadamente atractiva, maldita fuera. Estuvo a punto de perder el hilo de lo que estaba diciendo, pero consiguió resolver la papeleta con bastante solvencia. Cada recluso eligió un libro, con el asesoramiento de ella, para que fuese de un nivel que pudieran comprender, y Jackson, por

supuesto, se quedó con *El guardián entre el centeno*.

—Como nos quedan todavía unos minutos antes de que tengáis el descanso, me gustaría comentaros que, si con esta actividad cogéis afición por la lectura, podréis encontrar en la biblioteca algunas de las obras más importantes de la historia de la literatura. Las tragedias de Shakespeare, por ejemplo. O *El Quijote*, una obra escrita en España allá por 1615.

—1605.

—Jackson, estoy encantada de que hoy hayas decidido participar tan activamente en la clase, pero un diálogo suele funcionar mejor cuando se emiten más palabras que algún que otro dato suelto, ¿sabes? —Tiffany empezaba a estar exasperada.

—La palabrería barata se la dejo a usted, señorita Thownsend, dado que la domina mejor que los datos objetivos. Pero haré una excepción: *El Quijote* se escribió en 1605.

—Felicidades, señor Higgins —se refirió a él por su apellido con tono de retintín—. Me pregunto qué hace alguien con unos conocimientos tan sólidos de literatura universal en una clase de alfabetización para adultos, pero lo dejaré pasar. Prefiero dedicar mi tiempo a aclararle que me refería a la obra en su conjunto, incluida su segunda parte que, como usted bien sabrá, se publicó en 1615.

«Oe, oe, oe, oe». Tiffany escuchaba los cánticos de victoria en su cabeza. Veía el marcador, del tamaño del que usaban en la Super Bowl, indicando un clarísimo «Tiffany 1 – Jackson 0». Vale, con el dato anterior sobre *El guardián entre el centeno*, en realidad, sería un empate, pero era su puñetera fantasía, así que el marcador estaba como a ella le daba la gana. Por una vez en su vida, había sido capaz de responder sin titubear, con esos argumentos que, horas después, siempre se le ocurrían en la soledad de su hogar, cuando su interlocutor estaba ya muy lejos para poder escucharla. Se sentía tan victoriosa que la sorprendió no acabar haciendo una danza de la victoria sobre la mesa de la biblioteca.

Reparó en Jackson y la euforia se le rebajó un poco. Esperaba verlo cabizbajo, mascando la derrota que ella acababa de infligirle. Pero no. Claro que no. Se limitaba a sonreír de oreja a oreja, mostrando una dentadura perfecta y blanquísima, y a cabecear de un lado a otro sin apartar los ojos de ella, casi como transmitiéndole que había sido una digna rival dialéctica. Por suerte, ese intercambio de miradas y gestos se vio interrumpido por la irrupción de los guardas, que se llevaban a los presos al patio y le daban a ella

aquella tregua de diez minutos que ansiaba cada día durante dos horas.

Cuando regresaron al aula, a Tiffany no le quedó más remedio que afanarse en otras materias. Continuó con sus explicaciones sobre las operaciones matemáticas más básicas, ya que ni esa era su especialidad académica ni los alumnos parecían demasiado interesados en aprender algo más allá de las cuatro operaciones básicas, pues confiaban todas sus necesidades futuras a la existencia de la calculadora. Les puso unas actividades de cultura general a Brian y Jackson, mientras continuaba con las clases de inglés más personalizadas para Walter y José. Y, al final del día, les mostró un mapa de Estados Unidos y les señaló los diez estados que debían aprender a localizar en aquella semana. Eran los últimos, y tenía una esperanza bastante escasa en que consiguieran el objetivo mínimo de ubicar al menos treinta al final del curso.

Cuando quedaba media hora para el final de su jornada laboral, Tiffany estaba tan agotada que habría pagado por que alguien inventara un gotero con cafeína. Aunque, bien pensado, incluso si existiera, seguro que sería uno de los objetos prohibidos por las normas de la prisión. Se le habían escapado más bostezos de los deseables, y decidió que no pasaría nada por tomarse de forma un poco laxa los últimos treinta minutos. Permitió que los alumnos tomaran el libro que cada uno hubiera elegido, y que comenzaran allí mismo su lectura.

Walter le pidió tantas veces que se acercara a su mesa a resolverle dudas de vocabulario que finalmente decidió sentarse con él en una mesa un poco apartada, desde la que los demás no los escucharan, y leer con él de forma casi conjunta.

—Señorita Thownsend, no le tenga en cuenta a Jackson las cosas que le dice —le dijo, cuando llevaban unos minutos atascados en un párrafo que ni Walter comprendía en inglés ni Tiffany era capaz de explicar en español.

—No te preocupes, Walter. Sé cuál es mi trabajo aquí, y sé a lo que me enfrento.

—Pero no es correcto que un caballero se dirija así a una señorita.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Walter?

—Claro.

—¿Qué hace un chico como tú en un lugar como este?

—Cometí un error, señorita Thownsend. —La mirada de Walter se ensombreció y a Tiffany casi le dieron ganas de achucharlo. Aquella recomendación de Joe el primer día de no encariñarse con los reclusos ni

creerse nada de lo que le dijeran se empezó a diluir en su cabeza como un azucarillo en el café—. Mi mamá me envió desde El Salvador a vivir acá con mi tía, pero mis primos andaban metidos en cosas de bandas. Me pidieron que condujera su coche en una carrera ilegal y, por desgracia, choqué contra otro coche y una persona salió gravemente herida. Me encerraron cuando no llevaba ni dos meses en el país, y me metieron en máxima seguridad para protegerme de las bandas rivales que podría haber en módulos normales. No sé qué va a ser de mí acá adentro ni cuando salga.

—Bueno, de momento ya has tomado una buena decisión queriendo estudiar y aprender inglés.

—Sí, eso espero.

—Además... —Tiffany estaba conmovida por la historia del más joven de sus alumnos, y decidió que un halago no le iba a hacer ningún mal a Walter. Pobre. Puede que fuera el primer halago que recibiera en muchísimo tiempo—. Creo que un chico tan educado como tú debe tener suerte. Si tratas a todo el mundo cuando salgas de aquí con el mismo respeto con el que me has tratado a mí desde el primer día, dudo que tengas ningún problema.

—Oh, sí, señorita. Mi mamá me educó para ser respetuoso con las mujeres. —Walter hizo una pausa, y Tiffany supo que dudaba sobre si decir o no algo más. Y, cuando lo escuchó, deseó que no lo hubiera hecho—. Pero no es ese el motivo por el que todos la tratamos bien en clase. Jackson nos amenazó uno de los primeros días, con que, si nos reíamos de usted o la tratábamos mal, nos daría un buen merecido. Y una de las primeras cosas que se aprenden al entrar en Westmoore Fields es que a Jackson Higgins hay que hacerle caso siempre.

Tiffany se quedó boquiabierta y agradeció profundamente el momento en que su jornada laboral llegó a su fin. Aquello era una completa locura. El hombre que le había hecho la vida imposible desde su primer día entre aquellas paredes era, en realidad, su protector frente al resto de los alumnos, que, por cierto, a ella le parecían mucho más inofensivos. Le dolió saber que el buen comportamiento de Brian y José en las últimas semanas no se debía a que ella se hubiera ganado su respeto, sino a que estaban bajo amenaza. Pero, sobre todo, se preguntó qué demonios pretendía Jackson Higgins.

Si era volverla loca, estaba haciendo su trabajo francamente bien.

## 6

### Dejemos de fingir

El otoño llegó, y con él, una cierta rutina a la vida de Tiffany. No es que se hubiera enamorado repentinamente de su trabajo; ni siquiera sabía, cuando ya estaba cerca del cuarto de siglo, cuál era su verdadera vocación. Pero había aprendido a vivir con ello. Se había propuesto dedicar el mucho tiempo libre que le dejaba su nula vida social en Kentucky a formarse en alguna materia que le sirviera para desarrollar su carrera en el futuro. No sabía si conseguiría encontrar algo que la apasionara, pero algo sí tenía muy claro: no se quedaría en las clases de Westmoore Fields ni un día más de los ocho meses de su contrato. Se sentía casi tan condenada a estar allí dentro como sus alumnos.

Por suerte, las cosas habían empezado a ir mejor según pasaban las semanas. Quizá «mejor» era un término demasiado optimista, pero al menos las bromas constantes en referencia a su físico, su ropa o sus aptitudes para dar clase se habían relajado mucho. Dicen que los niños se cansan de hacer el imbécil si no se les hace caso, ¿no? Pues parecía que la estrategia de Tiffany de ignorar a aquel adolescente tardío llamado Jackson había surtido efecto. Ya no se burlaba de ella durante toda la clase; ahora, solo lo hacía una o dos veces al día.

Tiffany se levantó de la cama de un salto aquel miércoles. Era la víspera del día de Acción de Gracias y, aunque no le apetecía demasiado ir a Newport a celebrarlo, sí marcaba el comienzo de cuatro días sin ir a trabajar. Condujo rápido hasta la prisión con la estúpida esperanza de que así acabara antes su corta semana de trabajo. Siguió los trámites tediosos de cada jornada. Por Dios santo, ¿es que no podían confiar en que no intentaría ayudar a escapar de allí a aquellos tipos? Por ella, uno en concreto podía quedarse entre los muros de Westmoore el resto de su vida.

Toda esperanza que pudiera haber tenido Tiffany de disfrutar de un apacible viernes quedó en nada cuando los guardas abrieron la puerta de la biblioteca y se encontró con un único alumno. Un único alumno que no podía ser otro, por supuesto, que Jackson Higgins.

—¿Dónde están los demás? —preguntó a Joe, con el ceño fruncido y unos nervios que no sabía de dónde salían ascendiendo por su cuerpo.

—Hay una epidemia de gripe en su módulo. Desafortunadamente,

Higgins se ha librado. —Le dirigió al recluso una mirada de desprecio—. Mala hierba...

—Yo también estoy encantado de que usted se encuentre bien —le respondió el preso, aunque al momento pareció arrepentirse de sus palabras.

—Cuidado, Jackson. —Joe dirigió su mirada a Tiffany y se encogió de hombros—. Aquí te lo dejo. Ya sabes, si surge cualquier problema, estamos al otro lado de la puerta.

—Claro, claro. Por supuesto. —Tiffany tragó saliva para intentar pasar sus palabras.

En cuanto se quedaron a solas, se midieron con la mirada. En los últimos tiempos, a Tiffany le daba la sensación de que Jackson era un poco bipolar. Alternaba contestaciones de lo más desagradables con frases llenas de cortesía, no solo dirigidas a ella, sino a sus compañeros de clase y a los guardas. Y, aunque su mirada siempre parecía de acero, creyó detectar en sus ojos cierto arrepentimiento ocasional, como el que acababa de mostrar tras ser sarcástico con Joe.

Jackson, por su parte, había aprendido a respetar a la profesora. Desde la primera vez que la había visto entrar en la biblioteca, había estado convencido de que iba a durar dos telediarios. Que se cansaría de dar clase a la escoria humana que constituían él y sus compañeros. O que el miedo sería más fuerte que ella. Todavía no entendía qué lo había llevado a ser tan desagradable en varias ocasiones con ella, más allá de la propia amargura que lo invadía desde hacía casi siete años y del hecho innegable de que ella lo ponía cachondo.

—Bueno, Jackson. —Ahí estaba. El temblor en la voz que quizá solo él podía detectar, y que le dejaba muy claro que la ponía nerviosa. Quizá no cachonda, pero sí al menos nerviosa—. Si te parece, podemos repasar los estados del país. O hablar un poco sobre el libro que has leído, si es que ya lo has terminado o te está presentando alguna dificultad.

—También podemos dejar de fingir que eres más culta que yo, y yo puedo dejar de fingir que soy medio analfabeto —le espetó.

—¿CÓ... cómo dices?

Tiffany maldijo su tartamudeo. Sobre todo porque, pese a que esas palabras eran de las más ofensivas que le había dirigido Jackson en bastantes semanas, por primera vez, veía en él que no venía dispuesto a batallar. Creyó percibir en su gesto algo de agotamiento, de apatía, pero no esa necesidad que parecía tener siempre de hacer el comentario más hiriente.

—Estoy cansado ya, joder. —Jackson se sentó en su silla habitual y enterró la cabeza entre sus manos.

—¿De qué? —le preguntó ella, realmente interesada.

—De actuar.

—¿De actuar?

—Sí, Tiffany. —Era la primera vez que Jackson la llamaba por su nombre, y le dio la sensación de que lo pronunciaba con la misma dulzura que quien saborea un caramelo. Luego se preguntó de dónde demonios había salido aquella analogía—. Aquí dentro siempre estamos actuando: delante de los guardas que nos portamos bien, delante de nuestros compañeros que somos los más cabrones, delante de las familias que estamos bien... Es un puto estrés, y eso que yo me libro de eso último, al menos.

—¿No tienes familia? —le preguntó ella, desoyendo todas las voces interiores que le gritaban que empezara ya con la clase y dejara la charla personal.

—Mientras esté aquí dentro, no.

—Comprendo —le respondió ella, aunque en realidad no comprendía. Pero sí tenía curiosidad, que fue precisamente lo que la llevó a hacer la siguiente pregunta—. ¿Y delante de mí no tienes que fingir?

—Yo... —dudó—. No sé si tengo o no, pero... no me apetece.

—Mejor. —Él alzó la mirada y la fijó en sus ojos—. Porque lo haces realmente mal.

—¿El qué? —A Jackson se le fue dibujando una sonrisa que se llevó consigo aquella cara de desasosiego que se le había contagiado a Tiffany.

—Fingir que eres analfabeto.

—Sí, supongo.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó ella, dirigiéndose a su mesa y rebuscando en su maletín el programa del curso, para intentar encontrar algo que motivara a Jackson. Hacía tiempo que no era un secreto para ella que aquellas clases le quedaban muy pequeñas, pero se alegraba de que hubiera sido él quien se lo confesara.

—Se me ocurren varias opciones muy tentadoras —respondió él, con una voz sensual que habría hecho ponerse nerviosa a la mismísima Madonna.

—Tengo un spray de autodefensa en el bolso, tú verás si quieres que lo use —contraatacó ella, sin levantar siquiera la mirada de sus objetos personales. Esperaba que se le hubiera dado bien lo de fingir indiferencia, porque la verdad era que por su cabeza vagaban libremente un montón de

imágenes de lo que podrían hacer Jackson y ella que no eran, ni mucho menos, aptas para todos los públicos.

—Vale, vale... —respondió él entre risas, levantando las manos en son de paz—. Firmemos una tregua.

—Me parece bien.

—Dame el cuadernillo con los ejercicios de hoy y los voy haciendo, si te parece.

—Perfecto. Hoy toca... algo de Matemáticas e Historia de los Estados Unidos.

—Fenomenal —respondió él con desgana.

Tiffany dejó el cuadernillo ante su mesa y Jackson le echó un vistazo rápido antes de empezar a responder a las cuestiones a la velocidad del rayo. Cada uno de aquellos cuadernillos estaba pensado para que los reclusos lo resolvieran en dos o tres horas, pero Jackson llegó a la mitad en menos de veinte minutos.

—No te cuesta nada hacer esos ejercicios, ¿verdad?

—No. —Se ríó él, aunque con una mueca más bien amarga—. Si me cuentas algo, me aburriré menos.

—No sé si es lo más apropiado en estas...

—¿Por qué aceptaste el trabajo aquí?

Tiffany se lo pensó antes de responder. Sabía que no debía dar datos personales a los presos, además de evitar en la medida de lo posible intimar con ellos. Pero ella también estaba aburrida aquella mañana en que las clases seguían un ritmo tan diferente al habitual y, además, la había desarmado ver una versión diferente de Jackson. Tenía la sensación de que el que estaba ante ella ese viernes era el Jackson real, sin esa coraza de dureza que le imponía la presencia de sus compañeros.

—¿Quieres la verdad o la mentira?

—La que tú prefieras —le respondió Jackson, con una sonrisa radiante, contento por que ella hubiera decidido confiar en él, aunque fuera en un detalle tan nimio.

—Siempre soñé con ayudar a personas en riesgo de exclusión social y, al acabar mis estudios de Lengua y Literatura Inglesa, solicité la primera vacante que encontré en el sistema penitenciario.

—¿Y la verdad?

—Acabé la carrera, me quedé sin pasta y necesitaba el primer trabajo disponible, que resultó ser este. —Los dos se rieron, pero Tiffany se puso

seria enseguida—. ¿Cómo sabías que lo otro era mentira?

—Porque se te nota que odias esto.

—Yo no...

—Tranquila, no te justifiques. Si te sirve de consuelo, yo también lo odio.

—Un poco triste, ¿no? Que pasemos tantas horas al día haciendo algo que odiamos —comentó ella, dejando escapar un suspiro final.

—Bueno, yo creo que debemos verlo como un medio para conseguir un fin. Tú, el dinero que necesitas. Yo, salir de este puto agujero cuanto antes.

—Así que solo estás aquí por los beneficios penitenciarios.

—¿Qué creías? —Las palabras de Jackson eran duras, pero las suavizó con una sonrisa comprensiva y un tono de voz pausado, muy diferente al que siempre utilizaba cuando había otras personas delante—. No te ofendas, pero estas clases tienen un nivel muy básico. Creo que no he aprendido nada en las semanas que llevo asistiendo.

—Lo siento.

—No, no. No es culpa tuya. En otras prisiones ofrecen la posibilidad a los reclusos de iniciar o continuar estudios universitarios, pero aquí solo hay las de alfabetización. Y pueden ahorrarme seis meses de condena. Créeme, para mí estas clases son una bendición —respondió, con toda la sinceridad del mundo.

—¿Ibas a la universidad antes de...?

—¿De entrar aquí?

—Sí.

—Sí... —La expresión de Jackson se ensombreció al recordar los buenos tiempos en California. Las clases, los sueños de futuro, las fiestas, los amigos, el deporte, las chicas...—. Estudiaba Historia en UCLA. Me quedaba año y medio para licenciarme.

—¿Y qué pasó?

—Nunca deberías preguntar eso a un preso. ¿Nadie te ha advertido de que todos decimos que somos inocentes?

—¿Tú lo eres?

Tiffany se arrepintió de su pregunta en cuanto abandonó sus cuerdas vocales. Por supuesto que la habían advertido de ello, además de que no era tonta. Pero lo parecía, a juzgar por cómo Jackson había conseguido en poco más de una hora que a ella se le olvidaran semanas de desprecios. Lo había logrado con sus gestos, sus palabras, con esa confesión de que un día había

sido un universitario normal... y con esas miradas que amenazaban con prenderle fuego. Por Dios santo, si hasta había mirado el reloj en un par de ocasiones, deseando que ese primer bloque de clases no llegara a su fin, que no entraran los guardas a llevarse a Jackson al descanso obligatorio de diez minutos en el patio.

—No.

—¿No qué? —Tiffany había perdido el hilo de la conversación, sumida en aquellos pensamientos tan perturbadores.

—Que no soy inocente. —Jackson bajó la mirada y la clavó en un punto fijo de la mesa.

—¿Quieres contármelo? —le pidió ella, sin saber muy bien por qué.

—No hay mucho que contar. Me metí en líos cuando estaba en la universidad. Me gustaban las fiestas, la noche y salir. Bebía mucho, fumaba porros y me metía coca de vez en cuando. Me ofrecieron vender y acepté. La policía encontró medio kilo de cocaína en mi cuarto de la residencia universitaria y... aquí estoy.

—Lo siento.

—No lo hagas. Fueron mis actos y es mi responsabilidad. Llevo aquí casi siete años y aún me queda otro, a no ser que apruebe este curso y consiga salir antes.

—No sé por qué me da la sensación de que no vas a tener demasiados problemas en los exámenes —bromeó ella, para sacarle a la conversación un poco de la intensidad que había adquirido con la confesión de él.

La jornada entera transcurrió por los mismos derroteros que esas primeras horas. Jackson dejó hecho el trabajo de la mitad de la semana siguiente, porque decía que los cuestionarios eran tan sencillos que no le costaba nada rellenarlos mientras hablaban. Y hablaron mucho. Tiffany fue prudente y le contó lo justo sobre su vida privada; no era tan tonta como para no darse cuenta de que confesarle a un preso, por muy *majo* que fuera, que sus padres poseían una de las mayores fortunas de Nueva Inglaterra, no era una idea brillante.

Pero Jackson sí habló, aunque Tiffany no dejó de tener en ningún momento la sensación de que guardaba más de lo que decía. Tampoco le importaba, dado que ella estaba haciendo lo mismo. Le contó que era el mayor de cuatro hermanos, todos chicos, y que su madre había muerto cuando él era muy pequeño. Que sus hermanos eran sus mejores amigos —ella no olvidaría fácilmente la cara de nostalgia y desolación que se le había

dibujado al recordarlos— y que nada de toda su estancia en prisión le dolía más que llevar siete años sin verlos. Aunque prefería que fuera así, prefería desconectar emocionalmente de todo lo exterior para no volverse loco allí dentro. A Tiffany le costó, pero al final comprendió a qué se refería.

Hablaron y hablaron. Tanto, que los dos hicieron una mueca cuando el reloj les anunció que la jornada estaba a punto de terminar. Se desearon un feliz día de Acción de Gracias, a pesar de que para Jackson sería uno más echando de menos a su gente.

Tiffany salió de la prisión con una sonrisa de oreja a oreja que habría dado cualquier cosa por poder borrar. Se recordó a sí misma que las apariencias engañan, que ella misma había sufrido muchos prejuicios a lo largo de su vida, y que detrás de un preso como Higgins podía esconderse un hombre como Jackson.

Jackson volvió a su celda tirándose de los pelos por aquella estúpida idea de quedarse solo con la profesora durante un día completo. Había necesitado que ella viera que era algo más que el puto gilipollas que se burlaba de ella cuando la amargura le subía por la garganta como bilis. Por eso había *convencido* a los demás para que no asistieran ese día a clase. Porque necesitaba un descanso, en eso había sido muy sincero con ella. Necesitaba dejar de fingir por un día que era Higgins, uno de los capos del módulo, y volver a ser Jackson durante un ratito. Pero había salido mal. Fatal. Había sido la puta peor idea de su vida. Porque, mientras escuchaba el odioso sonido metálico de la cerradura de su celda bloqueándose, solo podía pensar en que no le había llegado a nada ese tiempo con ella, con una persona normal, real y, por qué no decirlo, encantadora. Quería más. Joder, ¿en qué puta clase de lío se estaba metiendo?

## Reconciliada con él

Tiffany negaría el resto de su vida haber pasado el vuelo que la llevó de Kentucky a Newport pensando en Jackson. Se lo negaba a sí misma, incluso, porque no le quedaba otro remedio para evitar enloquecer. Había sido solo un día, por Dios bendito. Más de tres meses comportándose como un gilipollas con ella –o, en el mejor de los casos, tratándola con indiferencia–, y en un solo día se había convencido de que Jackson Higgins era un buen tipo. Un chico que había cometido errores graves en su juventud por los que estaba pagando un precio altísimo. Un preso que debía fingir delante de sus compañeros de reclusión porque prefería mantenerse tras una máscara falsa que ser el pez débil en un acuario con muchos tiburones.

Podría decir que tampoco pensó en él en el trayecto en coche que la llevó hasta la mansión de sus padres, o durante el tiempo que pasó arreglándose para una cena de Acción de Gracias que, como casi cualquier evento familiar en los últimos tiempos, no le apetecía lo más mínimo. Pero mentiría. No se le escapaba la paradoja de que ella tenía a su familia a unos cuantos metros de distancia en aquella casa enorme que nunca había sentido como un hogar pese a haber vivido en ella desde su nacimiento, mientras Jackson pasaba la noche entre los muros de una cárcel, añorando a los hermanos que había perdido, en cierto modo, siete años atrás.

Debía de estar convirtiéndose en una blanda de impresión, porque intentaba imaginar qué desolación interna podía llevar a una persona a apartar de su lado a toda la gente a la que quiere. Eso le había explicado Jackson que había hecho: pedir a sus hermanos que nunca fueran a visitarlo, que lo llamaran, que no le escribieran. Si la perspectiva de entrar en una cárcel para pasar los mejores años de la vida de uno es aterradora, la idea de hacerlo solo, completamente solo, sin la mínima ilusión de esperar una visita, recibir una llamada o escribir una carta, debía de ser algo cercano al infierno.

La llamada de su madre a cenar la apartó de esa línea de pensamiento, que, en realidad, no le hacía ningún bien. Hacía ya semanas que era consciente de que se había encariñado más de la cuenta con Walter. Él sí que le daba verdadera pena, mucha más que Jackson incluso, pues no solo estaba lejos de su familia, sino también de su país; era muy joven, no había tenido demasiada culpa en lo que le había ocurrido y tenía un futuro muy incierto

por delante. Y, después de Walter, había llegado ese *encariñamiento* que sentía por Jackson. Ya solo le faltaba mantener un par de charlas con José y Brian, y acabaría montando la gran familia feliz de la profesora y los reclusos.

Al bajar al comedor, Tiffany lo encontró tan bien engalanado como siempre. Se había vestido con un sobrio vestido de manga larga en terciopelo azul marino, una elección que estaba segura de que a su madre le parecería apropiada para recibir a sus invitados, tres parejas de la edad de sus progenitores, amigos de toda la vida del club de golf de Newport. Se avecinaba una noche soporífera. En otros tiempos, los amigos de sus padres acudían con sus hijos, pero hacía ya un par de años que todos habían optado por otros planes. No se les podía culpar. Ella, de haber tenido elección, habría preferido pasar la noche haciendo cualquier otra cosa, como arrancarse las uñas de los pies, una endodoncia o leer en *Ulises*, de Joyce. Pero no, era todavía peor: debía sonreír y dar charla intrascendente a todas aquellas mujeres –las charlas no eran mixtas, ni muchísimo menos– que seguro que la veían como un fracaso total por no estar ya casada y tener un par de niños muy rubios y muy sonrientes.

Antes de que el pavo estuviera acabado de trinchar, ella ya había desconectado el cerebro de la conversación. No debía de tener más de ocho o nueve años cuando había aprendido una de sus cualidades más valoradas: la capacidad de asentir y mostrar interés en una conversación cuando ni siquiera sabía de qué iba el tema. Así que, con las neuronas fuera de la charla y la necesidad de distraerse con algo, su mente decidió fantasear un poco con Jackson Higgins. Con su pelo negro y sus ojos grises. Con su cuerpo esculpido en mármol y sus sonrisas. Sí, en plural. Con la socarrona, que sacaba a relucir cuando se burlaba de ella. Con la franca, que solo le había visto durante la última clase. Con la falsa, la que dedicaba a los guardas y a sus compañeros. También a ella en muchas ocasiones. Y con la sensual, la que estaba segura de que se le dibujaría en la cara cuando acabara de morderse el labio inferior tras tener un sonoro y placentero orgasmo.

El sonido de una copa rompiéndose contra su plato la sobresaltó. Pronto sintió el frío del agua cayendo a sus muslos tras rebosar de la mesa. Aunque habría hecho falta mucha más agua, y mucho más fría, para devolverle la temperatura corporal idónea.

—¿Estás bien, cariño? —Su madre se dirigió a ella fingiendo preocupación, aunque Tiffany estaba segura de que los dientes debían de

estar chirriándole por su falta de decoro en la mesa.

—Sí, sí. Disculpa, mamá. Me he distraído y he tirado la copa. —Sí, se había distraído. Mucho. Pensando en uno de sus alumnos —recluso, para más inri— sonriendo después de correrse. ¿De dónde había salido eso? ¿Qué le estaba pasando a su cerebro que, cada vez con más frecuencia, cobraba vida propia e ignoraba sus órdenes?

—¿Te has hecho daño, cielo? —le preguntó la señora McKeever, una de las pocas amigas de su madre cuya presencia le resultaba tolerable.

—No. Estoy bien. —Le dedicó una sonrisa agradecida, a la que le hubiera gustado añadir que se refería a que no se había cortado, no a que estuviera bien de la cabeza, cosa que, obviamente, no era así.

—Bueno, bueno, bueno... —La voz estridente de Frances Woodwell resonó en todo el comedor. Incluso los hombres, inmersos en su propia conversación, bajaron el tono y miraron hacia el otro lado de la mesa—. Ya sé yo cuál sería la solución a todos los problemas de Tiffany.

Un consolador. Un polvo salvaje con un recluso de la prisión (uno en concreto, por favor; no elegido al azar). Que alguien venga a rescatarme de esta cena en un helicóptero militar. Cualquiera de esas opciones le parecían a Tiffany la solución a *todos sus problemas*, se refiriera Frances a lo que se refiriera, cosa que desconocía. Hasta ese momento, el único *problema* que había mostrado en la mesa era una cierta descoordinación a la hora de coger una copa de agua.

—¿Ah, sí? Cuéntanos, Frannie —insistió su madre. Si lo hacía para fastidiarla, estaba teniendo un éxito rotundo.

—¡Tenemos que presentarle a Dylan Crawford!

Oh. Dios. Mío. La solución a todos los problemas de una jovencita que se tira encima una copa de agua durante una cena es... ¡conocer a un hombre! ¡Cómo no se le habría ocurrido esa opción antes a Tiffany! Por todos era sabido, que las mujeres felizmente casadas con ricos herederos —porque apostaba su brazo derecho a que el tal Dylan tendría una cuenta corriente llena de ceros— jamás tiraban una copa durante una cena.

—¿Dylan Crawford? —preguntó su madre. Si había algo que Tiffany odiaba, era que hablaran de ella como si no estuviera delante.

—Pasas demasiado tiempo trabajando con tu marido, querida —la regañó otra de las asistentes—. Dylan Crawford es la sensación de la temporada en Newport. ¡El nuevo soltero de oro!

«La sensación de la temporada en Newport». Dylan Crawford, en la

cabeza de todas aquellas mujeres, era el equivalente a los zapatos de punta cuadrada, el pintalabios mate o los bolsos de mensajero. Algo que se ponía de moda. Un objeto. Un objeto carísimo. O, mejor dicho, el mejor camino para llenar su armario de objetos carísimos. Por primera vez en su vida, la idea de un armario lleno de objetos carísimos le dio a Tiffany ganas de vomitar.

—¿Y de dónde ha salido? —siguió insistiendo su madre—. Creí que conocíamos a toda la alta sociedad de Newport.

—Es el chico que ha comprado la antigua mansión de los Cabot.

—¿La del lago?

—La misma.

—¡Pero esa casa tenía un precio desorbitado! Nosotros incluso pensamos en comprarla como inversión, pero era desproporcionadamente cara —confesó su madre. A continuación, carraspeó, y decidió justificarse para que nadie fuera a pensar que no podían permitírsela—. Jamás habríamos recuperado la inversión.

—Pues Dylan Crawford sí ha podido permitírsela.

—¿A qué se dedica?

Tiffany desconectó. Escuchó cuatro tonterías más sobre la procedencia de la fortuna de aquel muchacho, que, sin conocerlo, estaba convencida de que le resultaría aburridísimo. Empresas tecnológicas. Padre fallecido. Rico heredero. Lo de siempre. Lo había escuchado tantas veces sobre otros candidatos al codiciado puesto de «marido de Tiffany» que empezaba a pensar que en alguna parte se había organizado un casting.

El problema de Tiffany fue que desconectó demasiado y, cuando acompañó a sus padres a la puerta para despedir a los invitados, se enteró de que, en los tres días siguientes, las amigas de su madre se encargarían de organizarle una cita con el tal Dylan Crawford.

Y Tiffany hizo lo que consideró que tenía que hacer.

Desde un empacho antológico que había tenido a los seis años, tenía una aversión enfermiza a los arándanos. Era ver uno, y sentir que el estómago se le revolvía. Así que se escabulló como pudo de sus padres, entró en la cocina de la casa, abrió la nevera, localizó con una mueca de asco una tarrina de arándanos en el frigorífico, metió la mano con los ojos cerrados... y se llevó un gran puñado a la boca.

Por descontado, se pasó toda la noche vomitando, con la tez pálida y un sudor frío cubriéndole la frente. Su madre lo achacó a que había comido más pavo del que ninguna señorita debería consumir en público. No le importó.

Esa indigestión provocada fue la coartada perfecta para no salir apenas de su cuarto en todo el fin de semana. De los límites de la casa, ni hablar. Y conocía lo suficiente a su madre como para saber que jamás le organizaría una encerrona estando en aquel estado ojeroso y paliducho.

Se había librado de conocer a otro rico heredero. Por poco tiempo, ella lo sabía. De las vacaciones de Navidad no se libraría. Pero, al menos, había conseguido comprar una prórroga en su libertad durante unas semanas. Aunque, para ello, hubiera tenido que provocarse una indigestión. Prefirió no pensar demasiado en ello. Se limitó a hacerlo en la clase del siguiente lunes. Y en Jackson. Sabía que no era una buena idea, pero se permitió ese capricho como contrapartida al hecho de que tenía que envenenarse para no tener una cita, una perspectiva bastante patética de su propia vida.

Pasó el fin de semana metida en la cama, viendo reposiciones de series antiguas en Netflix y bebiendo té de camomila. Sus padres la miraban como si fuera su gran decepción, la que no solo era incapaz de encontrar un marido, sino también de retener la comida en el estómago. Habló con ellos lo justo para que la dejaran en paz. Les contó un montón de historias inventadas sobre su colegio privado femenino de Kentucky, y el especial cariño que tenía por dos alumnas, Wanda y Jackie. Ella misma alucinaba a ratos con su capacidad para inventarse historias o, mejor dicho, para crear unos personajes ficticios basados en sus dos alumnos favoritos.

Recibió el amanecer del domingo con una sonrisa en los labios. El trabajo en la cárcel seguía sin ser el sueño de su vida, pero, por primera vez, le apetecía que acabara ya el fin de semana y regresar a sus rutinas. Ayudar a Brian y a José en la medida de lo posible. Intentar que Walter tuviera el mejor futuro posible desde su misión de enseñarle inglés y algo de cultura general. Y ver a Jackson. Sabía que no sería fácil tener alguna otra oportunidad de hablar con él a solas, así que se conformaba con verlo. Cualquiera mujer de este planeta con dos ojos en la cara y un mínimo de buen gusto, se conformaría con poder observar a Jackson Higgins durante unas cuantas horas cada día.

Cuando se subió al avión que la llevaba de vuelta a Kentucky, tuvo la sensación de que regresaba a casa. Y no tenía ni idea de por qué.

O quizá sí. Quizá lo sabía demasiado bien.

## 8

### La bipolaridad de Jackson

Tiffany empezaba a cansarse de escuchar cada día la charla protestona de Joe, el guarda que siempre la acompañaba hasta la biblioteca. Ella era la primera consciente de que no todo el mundo puede tener un trabajo que le guste, pero también era muy firme en su creencia de que hay que hacer todo lo posible por sacar lo positivo de lo que la vida reparte en sus cartas a cada uno. Joe no parecía pensar igual. Él odiaba su trabajo en Westmoore Fields, eso era evidente, y Tiffany no podía juzgarlo. Pero sí deseaba con toda su alma que se callase un poco sus prejuicios. Cada mañana, de forma machacona, le repetía lo malos que eran los presos, lo falsos, violentos y despreciables que eran, y cómo ella no debía confiar en ellos bajo ningún concepto. Se conocía tan bien el discurso que podría haberlo recitado de memoria.

Después del fin de semana de Acción de Gracias, ella llegaba a la cárcel con un estado de ánimo muy zen. Había asumido al fin que ese sería su empleo durante unos cuantos meses más, y se alegraba de empezar al fin a tener una buena relación con sus alumnos. Había otras cosas que no tenía ganas de reconocerse a sí misma, como que le apetecía más de lo recomendable ver a Jackson y comprobar cómo era la dinámica entre ellos con sus compañeros de nuevo presentes.

El primer error de Tiffany aquella mañana fue dedicarle una sonrisa de oreja a oreja a Jackson cuando entró en la biblioteca. No es que hubiera sido un gesto muy descarado; ella siempre sonreía a los cuatro alumnos mientras los saludaba al entrar en clase, pero ambos fueron muy conscientes de que, aquel día, ella elevó un poco más la comisura de sus labios en dirección a él que a los demás.

Jackson estuvo a punto de hacerlo. A punto de devolverle la sonrisa. No tenía ni idea de lo que le ocurría, pero ella lo ponía de buen humor. Su simple presencia desde hacía algunas semanas tenía ese efecto en él. Demasiado tiempo encerrado, sin contacto con personas *normales*, personas que no estuvieran infectadas por ese virus contagioso que parecía ser la prisión. A eso achacaba el hecho de tener cada día más ganas de asistir a las clases.

El caso es que Jackson no sonrió. A veces, en la vida, solo se tiene un segundo para tomar una decisión importante. Algo sabía él de eso. Y fue

menos de un segundo, apenas una milésima, el tiempo que Jackson tuvo para decidir si continuar la línea de buen rollo y confianza que se había iniciado el miércoles anterior a las vacaciones de Acción de Gracias o recuperar la distancia y el carácter a veces insufrible que sabía que había mostrado durante meses. Eligió la opción B y penetró a Tiffany con una mirada dura como la piedra, mientras su cara mostraba el rictus más serio que fue capaz de componer.

Fue perfectamente consciente de que ella se quedaba sorprendida. Juraría incluso haber visto un leve sobresalto en su expresión, pero pronto se repuso y comenzó con la clase. Y a él estuvo a punto de escapársele una mueca de orgullo. Tiffany había avanzado muchísimo desde aquella imagen de niña pija asustada que había mostrado el primer día hasta la mujer más o menos segura de sí misma que aparecía ahora ante ellos.

La clase fue aburrida y, encima, Jackson pagó las consecuencias de haberle pedido a Tiffany que le dejara adelantar parte de los ejercicios en la clase anterior. No tenía nada que hacer, se había leído *El guardián entre el centeno* ya dos veces –además de las tres ocasiones anteriores en que lo había leído en la adolescencia– y no quedaban apenas libros en la biblioteca que no hubieran caído en sus manos a lo largo de siete años. Básicamente, no tenía nada que hacer durante aquella clase que, para más inri, trataría sobre la historia del siglo veinte en Estados Unidos, una materia en la que él había obtenido una matrícula de honor en la facultad. ¿Y qué hacen los adolescentes cuando se aburren en clase? Molestar. Aquel lunes, Jackson descubrió que hay pocas diferencias entre un preso de veintiocho años y un insoportable adolescente de trece.

Tiffany hubiera deseado con todas sus fuerzas usar el espray de pimienta contra Jackson aquella mañana. Y no pensaba en rociarle la cara con él, sino, más bien, introducirle el bote por alguna parte de su anatomía; y no precisamente con fines sexuales sino de provocarle dolor. Ese hombre tenía que ser bipolar, no había ninguna otra opción. Estuvo a punto de preguntar un par de veces a los guardas si estaban seguros de que ese era Jackson Higgins y no algún gemelo malvado con el que compartiera módulo. Porque no había ni una sola similitud entre el Jackson que se rio de ella hasta cuatro veces durante la primera hora, el que la corrigió en doce (¡doce!) ocasiones durante su explicación sobre la participación de Estados Unidos en las dos guerras mundiales... y el que se había abierto a ella el viernes anterior.

Cuando ya la oscuridad se cernía sobre el cielo y Tiffany veía al fin

cumplido su objetivo de acabar con una jornada laboral que había resultado ser agotadora, sobre todo emocionalmente, les recordó a los alumnos que, en diez días, tendrían que realizar el examen obligatorio que marcaban las instituciones penitenciarias para evaluar su rendimiento en el curso. Habría tres exámenes trimestrales y sería necesario aprobarlos para poder acceder a los beneficios sobre la condena que la realización de esos estudios supusieran para cada uno de los alumnos. Tendrían dos oportunidades de presentarse a cada uno de ellos: la regular, y una de recuperación un par de semanas después. Los alumnos que aprobaran en la primera convocatoria, se librarían de las clases durante esas dos semanas, que se centrarían en preparar a los que suspendieran para la recuperación.

Todos asintieron después de su explicación sobre el método de evaluación, y ella se permitió una audacia final que podría ser la guinda final al pastel de un día desastroso. Cuando los funcionarios entraron en la biblioteca a llevarse a los alumnos a sus celdas, Tiffany fingió haber olvidado decirle algo a Jackson y le pidió que se acercara a su mesa. No tenía ni idea de lo que quería decirle, así que, cuando lo tuvo delante, se limitó a clavar sus ojos en los de él con una mirada que bien podría haber sido la que Jackson había patentado en la cárcel: fría, dura e inmisericorde.

—¿Qué pasa, Tiff? —Ella supo reconocer en el tono que se aproximaba un golpe, una de esas frases de Jackson que, incomprensiblemente, conseguían hacerle daño. Cerró los ojos, como si fuera de verdad un golpe físico, y esperó a que él siguiera hablando, mientras su cerebro no dejaba de torturarse con un hecho insólito: la forma en que había pronunciado esa palabra, ese «Tiff», le había enviado una oleada de excitación a su vientre—. No me digas que te creíste la imagen de niño bueno que te di el otro día. Madura un poquito, anda.

Y, dicho eso, se dio la vuelta y se marchó.

Tiffany asumió, en el mismo momento en que empezó a recoger sus cosas, que se echaría a llorar al llegar a su apartamento. De frustración, de decepción, de ira. Lo que no imaginaba era que el llanto brotaría de sus ojos en el mismo momento en que se encontró sentada en el asiento de su Mini. Lloraba por muchos motivos; en realidad, por el hecho conjunto de que su vida era un auténtico desastre. En Newport, tenía que intoxicarse con arándanos para evitar tener una cita. En Kentucky, se comportaba como una adolescente a la que le habían roto el corazón por haber confiado, durante el periodo de cuatro días, en alguien a quien la sociedad consideraba escoria.

Aunque, en realidad, había sido Jackson el que había dado en el clavo con el motivo de sus lágrimas: Tiffany lloraba porque sí, se había creído aquella imagen de niño bueno.

Lo que Tiffany no sabía era que, aquella noche, Jackson se torturó en su celda por haberse comportado así con ella. Y tampoco sabía que él, que desde que había entrado en la cárcel había hecho daño a bastante gente que no se lo merecía, por el simple hecho de ganarse el respeto de otros, por primera vez en siete años sentía arrepentimiento. La verdad... se sentía como una puta mierda por haberla tratado así después de que ella confiara en él en la clase anterior.

Después de una noche de mucho helado, algunos lloros y un par de comedias románticas en Netflix, Tiffany llegó el martes a la prisión con una idea muy clara. Ya estaba bien de irse de lista. Seguiría al pie de la letra los consejos de Joe, que para algo él llevaba más de quince años trabajando día a día con presos de máxima seguridad y ella no llegaba a cuatro meses. Incluso ese día la típica charla sobre lo horribles que eran la reconfortó más que molestarla. Pues claro que eran horribles. Si no, no estarían encerrados como animales.

Durante los días que transcurrieron hasta el examen final de trimestre, Jackson continuó alzando los muros que los separaban. Hubo momentos en que Tiffany llegó a pensar que la clase de aquel miércoles de finales de noviembre nunca había existido. Aunque sabía que no era así. Él le había contado detalles sobre su vida familiar, sobre quién era antes de entrar en aquel lugar horrible que convertía a las personas en números. Pero no había ni rastro de aquel Jackson en la persona que se mostraba fría, cuando no desagradable, con ella en las siguientes clases.

La última clase antes del examen fue agrídulce para Tiffany. Por muchas razones. La principal, que los alumnos –excepto Jackson, claro– se mostraban nerviosos. Esa era la parte dulce, aunque pareciera lo contrario. Si estaban nerviosos, era porque realmente les importaba lo que estaban haciendo y porque tenían posibilidades; prefirió mil veces ver esa tensión que haber encontrado apatía. La parte agria, por supuesto, era la sempiterna actitud borde de Jackson.

Era curioso ver cómo cada alumno tenía una forma diferente de lidiar con el nerviosismo. Walter resoplaba, se movía en su silla, golpeaba el suelo con el pie de forma rítmica... Sus compañeros le llamaron la atención varias veces, y Tiffany entendió que ellos también debían de haberse encariñado un

poco con el benjamín de la clase, porque la sangre no llegó al río. José seguía con su actitud pasiva, con su mirada perdida en la mesa y su silencio atronador. Pero sudaba. Copiosamente. Sudaba tanto que Tiffany estaba convencida de que dejaría un charco en el suelo al marcharse. Y Brian... Brian había adoptado una actitud del todo chulesca hacia ella. Como si no tuviera suficiente con Jackson... Incluso por momentos daba la sensación de que quería imitarlo, pero hasta para eso, para ser desagradable, tenía menos gracia.

Cuatro meses tardó en llegar el primer incidente que estuvo a punto de hacer que los guardas tuvieran que entrar en el aula ante un grito de socorro de Tiffany. Aunque ella no había sido la víctima, al menos no del alboroto final.

La clase estaba terminando. Tiffany dedicó las dos últimas horas a explicarles con todo detalle cómo sería el examen, cómo debían responder a las preguntas y qué respuestas se valorarían mejor en la evaluación. Con el paso de las semanas, había empezado a sentirse algo más cómoda dando clase en aquella biblioteca o, al menos, había dejado de tener pánico, y la idea de salir de detrás de la seguridad de su mesa ya no le parecía descabellada. Al fin y al cabo, tampoco es que fuera una mesa blindada.

Así que se paseaba entre el pasillo que separaba las dos hileras de mesas en las que se sentaban los alumnos mientras les decía que un comité externo, perteneciente a la dirección de prisiones, sería quien evaluara sus pruebas, cuando sintió algo a su espalda. Bueno... *a su culo* sería una expresión más apropiada. No llegó a sentir que se lo tocaran o se lo manosearan, pero sí notó una ráfaga de movimiento detrás de su trasero que hizo que se diera media vuelta en una fracción de segundo. Y lo que encontró la dejó boquiabierta.

Jackson apesaba la mano de Brian contra el tablero de madera de su mesa, con una fuerza que hacía que el mayor de sus alumnos ni siquiera fuera capaz de protestar. Ni de desprenderse de su agarre. Estaba demasiado concentrado en tragarse las lágrimas –sin demasiado éxito–, proferir maldiciones en voz baja –una de las primeras cosas que Tiffany aprendió en la cárcel fue que los presos nunca gritaban de dolor, para no alertar a los guardas– y tratar de que los huesos de su muñeca derecha continuaran en su sitio.

—Si vuelves a tocarla, que te rompa la mano te parecerá una bendición.  
—Tiffany escuchó la amenaza entre susurros de Jackson. Walter se había quedado paralizado observando la escena, como ella misma, mientras que

José se había sobresaltado, mostrando, quizá por primera vez en meses, alguna emoción en su cara.

—Yo... yo no la he... no la he tocado —balbuceó Brian.

—Pero lo has intentado, y para mí es suficiente. —Jackson levantó unos milímetros la muñeca de Brian del tablero de madera, para dejarla caer a continuación con lo que parecían todas sus fuerzas. El aullido ahogado de dolor se les clavó a todos en los tímpanos—. Despidete de tu mano de las pajas, a partir de ahora vas a tener que buscar a algún novato que te ayude con eso. Haberlo pensado antes de *intentar* tocarle el culo a la señorita Thownsend.

—¡¡No!! —Tiffany logró reaccionar al fin, después de unos segundos en que habría jurado que lo que ocurría era solo una película reproducida a cámara lenta ante sus ojos. Y le avergonzaría mucho reconocer que su mayor pánico en aquel momento no era que Brian sufriera la fractura de su mano, sino que Jackson pagara, con más cárcel, la suspensión de su privilegio de ir a clase o incluso una bajada al *agujero*, el haber tratado de defenderla—. Jackson, suéltalo inmediatamente.

Cundió el silencio en la biblioteca. Todos parecían estar mirando a todos, a pesar de que era imposible. Para Tiffany y Jackson, solo había una mirada: la que ambos compartían. «Lo he hecho por ti», quería decir la de Jackson. «No compliques las cosas», le respondía Tiffany. Pero fue su voz la que habló con una determinación que no acababa de sentir. Toda su relación con Jackson era demasiado complicada en cualquier aspecto imaginable.

—Ahora.

Jackson aflojó el agarre poco a poco. Walter continuaba observando toda la escena con una cara de sorpresa que Tiffany empezaba a dudar que se le borrara algún día. José volvió a sus tareas y a la aparente impasibilidad de sus gestos, pero no pasaba desapercibido a nadie que se mantenía en estado de alerta; demasiados años en la cárcel como para no prever que en cualquier momento pudiera desatarse una reyerta. Brian se agarró con fuerza la muñeca con su otra mano, entre espasmos de dolor que asustarían a cualquiera. Y Jackson seguía allí, mirándola, sin alterar el gesto.

—¿Estás bien, Brian? —Aunque temblando, Tiffany se acercó a quien había intentado atacarla. Sentía que era su obligación, aunque en el fondo no le diera ninguna pena.

—Sí. —Sus palabras se contradecían con sus gestos, pero Tiffany vio cómo movía en todas las direcciones su muñeca y entendió que no había

ningún hueso roto del que hacerse cargo.

—Bien. —Eché a andar hacia la tarima en la que se situaba su silla y se sentó en ella. Guardó silencio durante tanto tiempo que tres de los alumnos volvieron a su cuadernillo de ejercicios o a la tarea que cada uno estuviera realizando en ese día. Jackson no. Jackson no parecía poder parar de mirarla —. Esto no ha pasado nunca y no volverá a pasar nunca. Brian está bien, los guardas no se han enterado de lo ocurrido y yo no daré parte, ni de lo que ha hecho él ni de la respuesta de Jackson. Espero que todos estéis de acuerdo conmigo en que lo mejor sea que quede como una anécdota lamentable del día de hoy. —Observó como todos asintieron. Bueno, todos menos... quien la miraba fijamente—. Brian, si vuelves a acercarte a mí, a intentar tocarme de forma inapropiada o hacer cualquier gesto que pueda considerar ofensivo, te denunciaré a los funcionarios y perderás todo privilegio penitenciario. Tú sabrás si quieres jugar con eso. Y, con respecto a ti, Jackson... —«Gracias por intentar ayudarme», dijo su mirada—. Espero que no se vuelva a repetir ningún tipo de acto violento hacia tus compañeros. Creo... creo que podemos dar por finalizada la clase de hoy.

## 9

### El resultado del examen

Nunca se volvió a hablar de aquel incidente. El examen final del primer trimestre llegó, y con él, dos días de vacaciones que Tiffany dedicó a poner orden en su apartamento. No tenía ninguna intención de convertir aquel lugar en su hogar, pero llevaba meses viviendo entre cajas y se había hartado de la situación.

Las autoridades penitenciarias dictaban que un comité educativo externo sería el encargado de evaluar los exámenes de sus cuatro alumnos. La ley decía que debía ser así, para evitar que los presos, o sus abogados, sobornaran o extorsionaran de alguna manera a los profesores para conseguir un aprobado. No había que olvidar que estaba en juego una sustancial reducción de la condena asociada a esos resultados.

Tiffany pasó el fin de semana nerviosa. No sabía por qué, aunque podía imaginarlo. Eran esas miradas de Jackson las que la desarmaban. Sus palabras podían ser muy bipolares, y hablar un día de desprecio, otro de admiración y alguna que otra vez incluso de deseo. Pero su mirada siempre era la de aquel chico que una vez, una sola vez, durante la única clase que habían tenido a solas, había confiado en ella. Y era una mirada demasiado azul, demasiado gris, a veces, como para que alguien fuera inmune a ella. Tiffany, desde luego, no lo era.

El altercado con Brian tampoco había ayudado a templar sus ánimos. Había hecho que se sintiera tan vulnerable como en las primeras semanas trabajando en la prisión y, por otra parte, le había demostrado aquello que Walter le había confesado una vez de que Jackson los tenía a todos amenazados para que se comportaran bien con ella. Y eso seguía pareciéndole demasiado extraño.

Entre cajas vacías y muebles repentinamente llenos, películas de serie B que vio tirada en la cama y un par de pizzas a domicilio, a Tiffany se le pasaron los dos días libres. El miembro del comité evaluador con el que había estado en contacto le había prometido que, a lo largo de esos dos días, la llamaría para darle los resultados de los exámenes y que ella misma pudiera transmitírselos a los alumnos en su clase del día siguiente. Pero era ya martes a las siete y media de la tarde, en apenas doce horas tendría que estar en Westmoore y todavía no sabía nada, lo cual no hizo más que incrementar sus

predicciones mentales sobre qué ocurriría. Estaba bastante segura, por desgracia, de que Walter iba a suspender, convencida de que Jackson iba a aprobar, y José y Brian eran una incógnita, aunque, por la actitud que había visto en ellos durante el examen, concentrada y pensativa, no podía evitar que la esperanza anidara en ella.

El timbre de su teléfono móvil cortó todas las especulaciones.

—¿Profesora Thownsend? —Tiffany, por un momento, pensó que preguntaban por otra persona. Todavía no acababa de verse a sí misma con aquel título tan académico.

—Sí, soy yo.

—Soy el profesor Rivera, de la junta de instituciones penitenciarias. Ya tenemos los resultados de los exámenes de sus alumnos.

—Dígame. —Tiffany se sentó en el sofá. Le temblaban las piernas. Ni por un momento de los casi cuatro meses anteriores se había imaginado que le importara tanto lo que ocurriera con sus chicos. Se autoconvenció de que era solo porque quería demostrar que había hecho un buen trabajo con ellos.

—Felicidades. Ha obtenido un setenta y cinco por ciento de aprobados. Es una buena cifra, en estas circunstancias. —Tiffany saltó de alegría por dentro, pero al momento se sintió culpable por el pobre Walter.

—Muchas gracias. A partir de mañana comenzaré las clases de recuperación con el alumno Walter Rodrigues, entonces, ¿no es así?

—Sí. Tendrá los próximos diez días para afianzar los conocimientos en los que ha fallado. En cuanto cuelgue, le remitiré por correo electrónico el examen escaneado para que pueda comprobar... —Se hizo el silencio al otro lado de la línea, y Tiffany apartó un poco su móvil de la cara, para comprobar que no se hubiera cortado—. Un momento... El alumno que ha suspendido no es Walter Rodrigues. Ha obtenido un aprobado raspado, pero aprobado al fin y al cabo.

—¿Entonces? —preguntó Tiffany, aunque el temblor en su voz parecía sospechar ya lo que se avecinaba.

—Es Jackson Higgins. —«Dios mío»—. Ha hecho un examen realmente lamentable. Espero que sea capaz de reconducirlo o será muy difícil que apruebe el curso.

—Por supuesto. Haré todo lo que esté en mi mano.

Tiffany colgó el teléfono temblando, y evaluando mentalmente lo que se le avecinaba. Diez días a solas con Jackson. Diez días a los que no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir. Y menos de doce horas para prepararse para

ello. Que Dios la cogiera confesada.

Jackson no le dio ninguna explicación, a la mañana siguiente, de porqué había respondido que Nueva York era la capital de los Estados Unidos, que John Kennedy había sido un papa de Roma o que cincuenta y seis entre ocho eran doscientos veintitrés. Ella tampoco se las pidió. Quizá porque, en el fondo, sabía que eso era lo que él estaría esperando. Había tenido poco tiempo para preparar la estrategia para enfrentarse a él, pero, en el coche, de camino a la prisión, cuando ya empezaba a desesperarse, se le ocurrió una idea: actuaría como si el alumno al que tuviera delante fuera Walter. Ni más ni menos. Quizá tendría que cerrar los ojos para convencerse, pero... lo haría.

Así que la clase empezó con un repaso en voz alta de las tablas de multiplicar, seguido por un cuadernillo de ejercicios de sumas, restas, multiplicaciones y divisiones. Jackson lo realizó con una media sonrisa dibujada en la cara, que a Tiffany le habría encantado borrarle de un bofetón, pero no lo hizo. Se mantuvo impassible mientras los corregía con su boli rojo y le daba el resultado: cien bien sobre cien posibles. Un resultado difícil de esperar por parte de alguien que había fallado en una división básica en el examen.

El problema de haber planificado su estrategia en el coche fue que no se planteó qué haría con los tiempos muertos. Porque, por mucho que su alma académica intentara convencerse de lo contrario, el hecho objetivo era que Jackson no era Walter. Con Walter, ella habría dedicado cada jornada de las diez que les esperaban juntos a una materia: Matemáticas, Historia, Geografía, Literatura... Primero las explicaciones, luego los ejercicios, después las correcciones, y, por fin, una hora final para la resolución de dudas. El problema era que eso le llevaría aproximadamente seis horas con Walter, lo justo para llenar la jornada académica... pero con Jackson había quedado cerrado en apenas dos. Para cuando volvió del primer descanso en el patio, ya solo quedaba pendiente la resolución de dudas... y cuatro horas por delante.

—¿Tienes novio ahí afuera?

Esa fue la primera pregunta que se le ocurrió a Jackson cuando ella cometió el error de decirle que, puesto que había resultado los ejercicios de forma brillante, podía preguntarle las dudas que tuviera, aunque no fueran estrictamente de Matemáticas. Error, sí. Gravísimo error.

—Creo que eso ni es asunto tuyo ni forma parte del programa de la materia.

—Está bien. Tenía que intentarlo —se rindió él con una sonrisa de oreja a oreja que a Tiffany le recordó demasiado a aquel chico al que le apetecía conocer, y le hizo olvidar —también demasiado— que Jackson era un recluso al que tenía que dar clase. Uno con un carácter que tenía, de vez en cuando, la capacidad de hacerla llorar—. Dado que tenemos cuatro horas por delante sin nada que hacer, propongo que nos miremos fijamente hasta que a uno de los dos le dé la risa.

Tiffany no necesitó empezar a jugar para perder. Se le escapó una carcajada en el momento exacto de la propuesta, y ese fue el pistoletazo de salida para la conversación intrascendente. Aquel día, averiguó que Jackson era, paradójicamente (*muy* paradójicamente), un aficionado devoto de las películas sobre prisiones. Sus favoritas eran *Fuga de Alcatraz* y *La roca*, y había visto más de diez veces la primera temporada de *Prison Break*. Coincidieron en que la serie había perdido todo sentido a partir de la tercera temporada, y ese fue el pie con el que empezaron a comentar sus programas favoritos de la tele. Disentían en la mayoría, aunque consiguieron ponerse de acuerdo en que, sin duda, *Friends* era la mejor serie de la historia de la televisión. Hablaron de música, de cine, de libros... de todo lo que se mantenía dentro de las líneas rojas que se prometieron tácitamente no atravesar.

Las clases siguieron por el mismo camino el resto de la semana. Jackson no aprendió nada de todas las materias que entraban en el programa, más que nada porque ya lo sabía de antes, pero aprendió muchas cosas de Tiffany. Y Tiffany de él. Hablaron sobre sus familias, aunque los dos tuvieron claro que el otro se guardaba información. Sobre sus amigos, los muchos que había tenido Jackson y los pocos que había tenido Tiffany. Se sinceraron sobre algunos de sus miedos: Jackson, sobre el pavor a no volver a tener una vida normal jamás; Tiffany, sobre no encontrar nunca una vocación que la llenase en lo profesional. A esas alturas de la semana, ya los dos habían aparcado la prudencia y se abrían al otro sin tapujos.

El fin de semana cortó la dinámica de confesiones que habían iniciado. Tiffany se pasó el sábado y el domingo metida en su apartamento, dedicando más horas de las saludables a pensar en qué demonios le estaba pasando. No le había contado a Jackson nada que él pudiera usar contra ella, pero no porque quisiera protegerse sino solo porque no había surgido. Pero sí le había hablado de tantos detalles personales, sobre sus aficiones, sus miedos y sus esperanzas, que era probable que a esas alturas Jackson Higgins fuera la

persona del mundo que más supiera sobre su vida. Probable y bastante patético, la verdad.

Quiso dedicar tiempo del fin de semana a idear una estrategia por la cual levantar alguna barrera para evitar que Jackson siguiera colándose en su mente, en su vida, en sus pensamientos y hasta en sus secretos. De verdad que sí quiso hacerlo. Pero la realidad fue que, cada vez que lo intentó, se encontró con que tenía muy claro lo que era Jackson, por mucho que él se esforzara en cubrirse con una coraza delante de los demás o por más actitudes bipolares que tuviera hacia ella. Jackson Higgins solo era un chico normal, al que no le había faltado de nada en la vida, que se encontró metido en una prisión con poco más de veinte años, pagando por haber cometido errores el precio de perderse a sí mismo. De no poder volver a ser él, de no poder mostrar su verdadera personalidad, de tener que fingir que era otro para que los demonios no se comieran al auténtico. Para que hubiera algo intacto, algo que no fuera dañado por los ocho años que pasara allí dentro, sobre lo que reconstruirse si lograba salir de aquel infierno.

Y ella lo comprendía. No sabía por qué ni se había tenido nunca a sí misma por una persona demasiado empática. Pero lo entendía. Entendía que Jackson se había enfrentado a algo que le vino grande, algo en lo que, incomprensiblemente, nunca había pensado cuando se dedicaba a vender coca en el campus. Entendía que, cuando alguien tiene que renunciar a su verdadera personalidad, es difícil encontrar otra que encaje. Las personalidades no son como los zapatos que uno elige cada mañana. Es un calzado que hay que llevar el resto de la vida, o, en su caso, el resto de los ocho años en prisión. Y con la consciencia de que la verdadera personalidad siempre estará en algún lugar, luchando por salir a la superficie. Por eso, Jackson era un día borde, al día siguiente cariñoso, al siguiente protector, al siguiente frío... Porque no sabía ni quién era a esas alturas. Y a Tiffany aquello le rompía el corazón, porque tenía la sensación, cada vez más vívida y tangible, de que el verdadero Jackson era el que realmente merecía la pena. Y ella había conseguido, a saber cómo, despojarlo de muchas de las capas de personalidad falsas.

Cualquiera que hubiera observado sus interacciones durante la semana habría creído que eran dos amigos poniéndose al día después de un tiempo sin verse, con una cerveza en las manos. O dos desconocidos que quedan para su primera cita y conectan de tal manera que el tiempo se les va en horas y horas de conversación. Nadie podría pensar, jamás, que eran una profesora y

un alumno. Y muchísimo menos, en un entorno tan triste y difícil de soportar como una prisión federal. Tiffany prefería pensar que eran, simplemente, Tiffany y Jackson, sin sobrenombres añadidos, sin cargos, sin lastres, sin etiquetas. Sin pasado y sin futuro.

En toda la semana, ella no le preguntó por qué había suspendido el examen a propósito –porque era evidente que así había sido– y él no le contó qué lo había llevado a joderse la vida por el simple placer de ganar un buen dinero extra en la universidad. Podían parecer dos viejos amigos, pero no lo eran. Aún había tabús entre ellos que tardarían tiempo en caer. Tiempo... ¿de verdad tendrían más tiempo? ¿De verdad, de hecho, estaba Tiffany preguntándose si tendría más tiempo con un preso al que, apenas unas semanas antes, creía odiar?

El domingo por la noche se decidió a alejar todos esos pensamientos de la cabeza para conseguir dormir. Sabía que, si no, no lo lograría. Se limitó a meterse en la cama decidida a aprovechar el momento, a disfrutar de esas dos clases que le quedaban con Jackson y que parecían los únicos momentos que disfrutaría de toda aquella primera experiencia laboral de su vida. Y ni siquiera quiso dedicar un segundo a plantearse que «aprovechar el momento» sonaba demasiado esperanzado, demasiado romántico, demasiado... impropio.

Pero, entonces, llegaron esas dos últimas clases... y todo cambió. Incluso la propia definición de ambos de «impropio».

## 10

### La penúltima clase particular

Tiffany lo supo en cuanto entró en la biblioteca. Nunca sabría explicar por qué, qué fue lo que vio distinto aquel día a los anteriores, pero, de alguna manera, supo que no iba a salir indemne de aquel lugar. Ni ella, ni su corazón, ni su dignidad, ni probablemente su profesión. Quizá fue el aire. El ambiente. La tensión. Se podía palpar en el aire una tensión sexual que había ido *in crescendo* desde el primer día que se habían quedado a solas, por más que no hubieran tocado ni un solo tema relacionado con el amor, las relaciones o los más puros instintos carnales.

Pero eran un hombre y una mujer. Un hombre y una mujer demasiado atractivos para pasarlo por alto. Un hombre y una mujer que llevaban mucho tiempo sin disfrutar de algo tan carnal como el sexo. Un hombre peligroso. Y una mujer a la que le encantaba un reto.

El sonido de la puerta cerrándose, dejándolos a solas en la biblioteca, sonó como una bola sobre la superficie metálica de una ruleta, lanzando al aire una sola idea: «La suerte está echada».

Jackson se sentó en su silla, y Tiffany no encontró ni rastro de la pose rígida que solía adoptar en clases anteriores. Aquel lunes se limitó a dejarse caer sobre el asiento, casi como si acabara de llegar a su mesa favorita de su pub favorito para disfrutar de una cerveza después de un duro día de trabajo. Saludó a Tiffany con una sonrisa, sin emitir un solo sonido; ni un saludo, ni una palabra. Ella la correspondió y, aunque no lo hizo en realidad, tuvo la sensación de que había hecho aletear sus pestañas. Quizá solo para que fueran al mismo compás que las mariposas que aleteaban en su estómago.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó ella, tras un leve carraspeo que no logró el objetivo de llevarse con él los nervios que le atenazaban el estómago.

—No quieres que te conteste a eso —respondió él, con una mueca irónica que se convirtió en algo realmente sexy a medio camino.

—¿Disculpa?

—¿Sabes, Tiff? —Jackson guardó silencio durante unos segundos. Unos segundos eternos. Unos segundos que Tiffany dedicó a intentar dilucidar qué demonios había en esa palabra, en ese «Tiff», que la ponía como una moto—. Hoy toca Historia de los Estados Unidos. Podríamos pasar de la patraña de

clase, por una vez. ¿No crees?

—¿Y qué haríamos entonces? —preguntó ella, lanzándose sin red al vacío.

«Hablar, como los buenos amigos que a veces parece que somos». «Déjame que confíe en ti, necesito una amiga después de siete años aquí encerrado». «Cuéntame cosas del exterior, cómo ha cambiado el mundo en estos siete años». Tiffany quiso pensar que una de esas sería la respuesta de Jackson. Pero no lo fue. Porque, en realidad, Jackson respondió exactamente lo que ella quería oír, aunque se lo negara a sí misma.

—Dejar de fingir que aquí —Jackson señaló el espacio entre ambos— no está pasando nada.

—¿Nada...?

—Sería un juego justo. Yo dejaría de fingir que no me he pasado todo el fin de semana masturbándome pensando en ti, y tú dejarías de fingir que nuestras conversaciones de los últimos días no significaron nada.

—Jackson...

—Mírate. —Tiffany obedeció, sin saber por qué. Se echó un vistazo rápido, aunque tenía muy claro cuál era su aspecto, pues se había pasado un buen rato aquella mañana decidiéndolo—. Ahí sentada, tan seria, tan recatada. Con tantas ganas de decirme «Jackson, para».

—Jackson, para... —Se maldijo por haber repetido exactamente las palabras que él había predicho, pero sus neuronas habían echado a volar un buen rato antes.

—Tan obediente... Tan bonita. ¿Te he dicho alguna vez que eres demasiado bonita para entrar en una cárcel?

—Jackson, no creo que esto...

—No, no. Por supuesto que esto no es apropiado, Tiff. Tú lo sabes, yo lo sé, y nadie más lo sabrá porque este será nuestro secreto.

—Continúa. —Y, con esa única palabra, Tiffany se condenó. Pero que la mataran si no deseaba más que nada en este mundo satisfacer su curiosidad por Jackson. Satisfacerlo a él, aunque solo pudiera ser con una conversación.

—Demasiado perfecta para entrar en un lugar tan infame como este. Demasiado, para dedicar un solo segundo de tu tiempo a una escoria como yo.

—Tú no eres...

—Oh, sí, Tiff. Sí que lo soy. Pero eso, aquí y ahora, da igual. Nos da exactamente igual, ¿verdad, nena? —Jackson se recostó en su silla, subió las

piernas a la mesa y cruzó las manos detrás de su nuca. Entrecerraba los ojos mientras hablaba, aunque sus pupilas no dejaron ni por un segundo de mirar a Tiffany.

—Nos da igual —confirmó ella, aunque fue incapaz de relajarse en su asiento. Incapaz de adoptar una postura cómoda, como la de él. Permanecía inmóvil porque la tensión sexual se había apoderado de su cuerpo de una manera que era incapaz de dominar.

—Lo sé. —Jackson soltó una risotada que rebosaba confianza en sí mismo—. Me gusta mirarte, Tiff. Quizá creas que a veces estoy atento a otras cosas, o absorto en mis pensamientos, pero jamás dejo de mirarte. Mirarte durante seis horas cada día es la única puta cosa agradable que he hecho en siete años. Ver cómo hay fuego en tu mirada cuando te cabreas conmigo. Ver cómo envaras la espalda para sentirte poderosa delante de mí. ¿Te cuento un secreto?

—Sí. —Tiffany era incapaz de emitir más palabras que esa. Le estaba gustando que él llevara la voz cantante de lo que fuera que estuviera siendo aquello, y ella se limitaba a emitir monosílabos que parecían en realidad jadeos.

—No hace falta. No necesitas mostrarme superioridad con tu puesto, con la forma en que te mueves o con tus palabras. Porque eres mi puta dueña desde la primera vez que entraste aquí. Desde aquel día me tienes comiendo en tu mano y soñando con comer en otra parte de tu cuerpo.

—Jackson... —Tiffany se sentía húmeda. Casi empapada. Las palabras de Jackson amenazaban con provocarle un orgasmo sin necesidad siquiera de que él la tocara.

—Estás apretando los muslos, ¿verdad? —El rubor subió a las mejillas de ella al comprobar que él había notado ese movimiento involuntario incluso antes que ella—. Da igual lo fuerte que lo hagas, hay algo palpitando entre tus piernas, y antes o después necesitará liberarse. ¿Crees acaso que yo no lo hago? ¿Que no me toco pensando en ti?

—¿Lo haces? —Sí, quería que se lo confirmara. Se sentía tan sexual que quería escucharlo.

—Lo hago. Desde aquel primer día. Desde que me rebatiste con furia el año de publicación de *El Quijote*. Joder, Tiff, nunca pensé que se me pondría dura con *El Quijote*, pero parece que no hay nada que tú no seas capaz de conseguir conmigo.

Los dos se rieron, y fue una noticia agridulce, porque eso disipó un poco

una tensión sexual que era una idea nefasta, pero que los dos estaban disfrutando de un modo que jamás habían imaginado.

Tiffany no dejaba de pensar que Jackson, todo él, era lo más sexual a lo que se había enfrentado en su vida. Su físico era obvio; era el hombre más atractivo que había conocido. Ese cuerpo, esos ojos, esa cara de niño bueno endurecido por la vida... Y su actitud. Esa que emanaba sexo por los cuatro costados. Hablar con Jackson era mejor que follar con otros.

Jackson, por su parte, sabía que estaba jugando con fuego. No quería hacerle daño a Tiffany. Había llegado a encariñarse con ella de una manera que no comprendía, pero que achacaba a los siete años de aislamiento emocional en los que ella había conseguido abrir una rendija. Pero la deseaba de una manera tan dolorosa que se había pasado todo el fin de semana pensando en ella, en cómo mantener una conversación que fuera casi tan buena como un polvo, que le diera más munición para las noches oscuras en que solo su mano era testigo de lo que Tiff hacía en sus instintos.

—Eres la primera cosa real que tengo en siete años.

Se le escapó. Aquella frase se le escapó a Jackson entre los labios, casi como un susurro, como un silbido. En cuanto acabó de pronunciarla, supo que se arrepentía de haberlo hecho y, a la vez, que ella merecía saberlo.

Tiffany creyó que había escuchado mal. Pero sabía que no. Que Jackson se había abierto, de verdad, sin tapujos, sin medias verdades. Y se asustó.

—Tú no me tienes —se defendió.

—Ya lo sé. Y puede que no te tenga nunca. Pero tu imagen es real, tus palabras son reales y el hecho de que he confiado en alguien por primera vez en siete años es una buena prueba de que no me he convertido en un robot.

Y la última defensa de Tiffany cayó porque toda la empatía que había sentido antes por Jackson se confirmó con sus palabras. Con que no respondiera a su ataque con alguna ironía prefabricada. Con que le confirmara que alejar a sus hermanos y a toda la gente a la que quería lo había llegado a hacer dudar de si seguía siendo humano. Con el hecho de que considerara tan real como ella todo lo que habían hablado en las escasas clases en las que no los acompañaban el resto de reclusos.

—Me gusta ser tu amiga —se le escapó a ella, con la boca pequeña, sin saber si estaba diciendo una gran verdad o escondiendo la verdadera naturaleza de su relación. Quizá estaba haciendo las dos cosas a la vez sin darse cuenta siquiera.

—Y a mí ser el tuyo. —Jackson le sonrió. Una sonrisa franca, sincera,

sin dobles sentidos ni afán de seducción. Demasiado pronto confió Tiffany en que aquella sonrisa la haría invulnerable—. Pero también me gusta saber que hoy te vas a ir a casa con las bragas mojadas gracias a mí.

La entrada de Joe para llevarse a Jackson a su primer descanso interrumpió la conversación. Gracias a Dios. A Tiffany no le llegaron a nada los diez minutos de separación en el afán de serenarse. Tuvo que ser Jackson el que pusiera cordura en el asunto —lo cual era, en sí mismo, una auténtica locura—, y dedicaron el siguiente bloque a comentar sus hazañas adolescentes, algunas anécdotas de sus primeras relaciones y pequeños recuerdos de sus familias que a Jackson le dibujaron una sonrisa nostálgica que Tiffany quiso borrar con un beso antes de recordar dónde se encontraba, quién era él y cuánto de inapropiado era todo lo que estaba sucediendo.

Pero su mente estaba bajo una absoluta neblina de sensualidad, y todo le dio igual. En las dos últimas horas recuperaron el interludio sexual. Hablaron de sus experiencias pasadas, aunque Tiffany obvió mencionar que el orgasmo compartido era para ella como Santa Claus o los unicornios: pura ficción. Se contaron cómo habían perdido la virginidad —ella a los dieciséis, él a los quince— y, entre risas y algún que otro jadeo que se les escapaba cuando Jackson elevaba el tono de la conversación, llegó el final de la clase.

Jackson se levantó para acercarse a la mesa de Tiffany. Ella se envaró, en parte porque tenía pánico a que él intentara besarla, y en parte porque tenía un miedo aún más atroz a sus propias ganas de que lo hiciera. Por no hablar de que tenía muy presentes las agujas de un reloj, que decían que los guardas estaban a punto de entrar por la puerta.

—No voy a tocarte. Lo deseo. Lo deseo más que nada en este mundo, pero no lo haré. No lo haré hasta que tú no me lo pidas.

—Eso no va a...

—No digas cosas de las que puedas arrepentirte. —La acalló con una mirada que decía más que todas las palabras del mundo—. Y prométeme algo. —Ella asintió, sin saber siquiera a qué acababa de comprometerse—. Esta noche, cuando llegues a tu casa, grita mi nombre. No te engañes pensando en otro mientras te corres.

Y se fue. Como en una coreografía perfecta, volvió a su silla una milésima de segundo antes de que Joe llamara a la puerta y se lo llevara. Echaba de menos su olor incluso antes de que la puerta se cerrara del todo.

Tiffany no recordaría después cómo había salido de la cárcel, ni todo el tedioso protocolo diario de seguridad, ni cómo había llegado hasta su coche

ni como había conducido hasta su apartamento en la ciudad, aunque apostaría todo lo que tenía a que había sido muy rápido. Lanzó su maletín y su chaqueta, que le había sobrado durante todo el día, sobre el respaldo del sofá. Los pantalones, la camisa, las bragas y el sujetador fueron dejando un rastro de excitación desde el salón hasta su dormitorio. Cayó sobre la cama completamente desnuda, con los pezones erizados aún por todo lo que había ocurrido ese día, y con una humedad entre las piernas que no recordaba haber sentido jamás.

En el primer cajón de su mesilla guardaba un par de vibradores. El primero le había tocado en una rifa en una fiesta de fraternidad y había tardado meses en sentir la curiosidad de usarlo. Y el segundo, lo había comprado en un viaje a Nueva York después de comprobar las bondades del primero y decidir que quería algo más de variedad. Aquella noche no necesitó echar mano de ninguno de ellos. No necesitaba acelerar nada, más bien ralentizarlo.

Pero su intento de hacer durar aquel placer fue en vano. Sus dedos volaron al vértice entre sus muslos, y resbalaron al encontrarse con el nudo de placer que Jackson había ido tejiendo a lo largo de todo el día. Pocos minutos tardó en deshacerse en gemidos, jadeos y hasta gruñidos, antes de que el nombre de Jackson se escapara a gritos entre sus labios, tal como él le había pedido.

Y, entonces, solo quedó la incertidumbre. El arrepentimiento. La culpa. La consciencia absoluta de que había cometido un error. De que quizá todavía le quedaran unos cuantos por cometer. Porque masturbarse pensando en la última persona del mundo por quien debía sentir una atracción sexual era una equivocación de las gordas, pero atreverse a pensar que esa atracción pudiese llegar a convertirse en algo más... eso era, simplemente, una locura.

Intentó ser analítica y pensar que solo había caído en un tópico que había leído en cientos de novelas, visto en miles de películas. El tópico de la niña pija y el chico malo, al que ella se había rendido con todas las de la ley. Se autoconvenció de que con esa única relación sexual, una que no lo era en realidad, sino *en diferido*, por decirlo de alguna manera, se había apagado un fuego que los dos habían permitido, con demasiada negligencia, que ardiera. Pero, al pensar en que ambos eran culpables, no pudo evitar que su mente volara a Jackson. A su celda. A un camastro que imaginaba indigno de alguien como él. Y lo imaginó haciendo lo que ya le había confesado que se había convertido en una actividad habitual: tocarse pensando en ella.

Cuando pensó en aquel cuerpo musculado y lleno de tinta, desnudo sobre unas sábanas, con su mano derecha bombeando el placer que ella misma sentía... su propia excitación regresó. Echó mano, entonces sí, de su vibrador favorito. Lo encendió a la máxima velocidad y dejó que su imaginación volara. La vez anterior no había necesitado pensar en nada para correrse. Solo con lo vivido en la biblioteca había sido suficiente. Pero sentir esa vibración intensa sobre su clítoris mientras pensaba en Jackson, en el Jackson de la sonrisa sincera y la mirada limpia, el que quizá solo ella había conocido en siete años, proporcionándose placer mientras pensaba en ella, la lanzó de nuevo a un orgasmo más lento que el anterior, más goloso, más lánguido. Pero igual de intenso. De suyo. De ella, de él y de los dos. Casi como una relación sexual compartida.

Y, antes de dormir, llegó a una conclusión que no por firme dejaba de ser aterradora: nunca podría haber nada entre Jackson y ella, pero ni esa aplastante realidad sería suficiente para evitar que él protagonizara todas y cada una de sus fantasías.

# 11

## Y la última

Quedaba una clase. Una única clase de Jackson y Tiffany a solas antes de que ella volase a Newport para pasar la Navidad con su familia y él volviera a hundirse en aquel pozo que siempre significaban las fiestas navideñas para alguien que lleva siete años sin ver a la gente que quiere. Una clase a la que ninguno de los dos sabía muy bien cómo enfrentarse después de lo ocurrido en la anterior.

Tiffany temblaba, literalmente, mientras caminaba por el pasillo de camino a la biblioteca. Aún reverberaban en su cabeza los ecos de los dos gloriosos orgasmos que Jackson le había proporcionado, aunque fuera a distancia, la noche anterior. Y la vergüenza y el desasosiego que le provocaba saber que el hombre que más la había excitado en toda su vida era un recluso de una prisión federal. Uno que la estaba esperando tras la puerta de la biblioteca, de su lugar de trabajo.

Pero, cuando Tiffany entró aquella mañana, no fue a Jackson a quien encontró en el aula, sino a José.

—Ha habido un cambio de planes —la informó Joe, justo cuando ella estaba a punto de preguntar qué ocurría—. Han llegado los certificados del trimestre y las normas dictan que debe ser usted quien se los entregue personalmente.

—Ah... de acuerdo —titubeó. Llevaba callada desde que había llegado a la prisión, pues tenía la sensación de que, en cuanto hablara, alguien se daría cuenta de que se sentía atraída por la persona más inapropiada del planeta.

—Jackson vendrá en manos o menos media hora y las clases continuarán de forma normal.

Por mucha experiencia que tuviera Joe como funcionario de prisiones, jamás imaginaría hasta qué punto era impreciso su concepto de «clase normal». Tanto, que ella exhaló el aliento que había estado reteniendo en el momento en que escuchó que Jackson volvería y que podrían disfrutar de casi tanto tiempo a solas como cualquier otro día de los anteriores. Joder. Lo echaba de menos.

—Buenos días, José —lo saludó mientras se dirigía a su mesa para abrir el sobre que le habían enviado desde la comisión educativa—. Voy a entregarte tu certificado de este primer trimestre, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien... —Sacó los tres certificados del sobre acolchado, seleccionó el de José y lo acercó a su mesa—. Aquí lo tienes. Dos más como este y daremos el curso por finalizado. Tendrás ganas ya, ¿no?

—Sí.

Tiffany sentía que, con aquel hombre, cualquier intento de iniciar una conversación era en vano. Sabía que la barrera idiomática existía, pero, por Dios, llevaba más de una década en el país. Era imposible que no pudiera al menos mantener una charla mínima.

—¿Hay algo que quieras preguntarme o decirme? —abrevió, porque la agotaba mentalmente tratar de sacarle las palabras con sacacorchos.

—No. Solo... gracias por todo.

—De nada, José. Lo que necesitéis de mí, solo tenéis que pedirlo.

Le sonrió y lo acompañó a la puerta. Al menos, ese último comentario la había dejado satisfecha. Era bastante fácil de satisfacer, aparentemente. A continuación, entró Brian, con toda esa actitud prepotente que a Tiffany la ponía enferma. A él decidió dedicarle algo menos de tiempo, ya que era, con diferencia, el alumno del que menos se fiaba.

—Brian, tu certificado —le digo, haciéndole entrega del documento—. ¿Hay algo que quieras comentarme sobre las clases?

—Nada importante —respondió él, aunque con una sonrisa que parecía querer decir otra cosa. Tiffany se mordió la lengua para no preguntarle si ocurría algo, porque estaba segura de que no se trataría de ninguna duda académica, sino de algún comentario mordaz que hiciera que se arrepintiera de haber querido saber más. Se limitó a pedirle que saliera e hiciera entrar a Walter.

—Buenos días, profesora Thownsend, la he echado de menos. —Ese fue el saludo de su alumno favorito. Después de Jackson, claro. O puede que antes de él.

—Hola, Walter. —Le dedicó una sonrisa radiante—. Lo mismo digo. Y aquí tienes el certificado del curso. Puedes estar muy orgulloso de cuánto has avanzado.

—Oh, sí, profesora. Lo estoy mucho. Jackson nos hizo trabajar...

Tiffany se quedó paralizada un momento, tratando de procesar lo que acababa de oír, así como el significado implícito en la pausa de Walter, que no quería decir otra cosa que que acababa de meter la pata.

—¿Qué es lo que os hizo Jackson, Walter?

—Eh... No, no... Nada, señorita.

—Walter... —Tiffany pronunció su nombre con tal tono de advertencia que sintió por un momento que le hablaba a un alumno de escuela primaria.

—Él... nos... nos ayudó a aprobar.

—Os ayudó —afirmó Tiffany, invitándolo a continuar. Pero Walter se quedó en silencio, mirando al suelo como si allí se le hubiera perdido algo de crucial importancia—. Walter, voy a averiguarlo de todos modos. Tú decides si prefieres contármelo directamente o que le pida a Jackson que me lo explique.

—¡No le diga que yo se lo he contado! —reaccionó el chico.

—No le diré nada... pero cuéntamelo.

—Jackson nos ha estado dando clases particulares sobre los contenidos del examen.

—¿Y? —preguntó, porque sabía que allí había algo más que altruismo y buenos deseos hacia sus compañeros.

—Nos amenazó a todos. Si no aprobábamos, nos las veríamos con él. Y... bueno, cuando Jackson dice algo así, los demás, simplemente hacemos lo que él quiere.

«Sí, creo que sé algo sobre el poder disuasorio de Jackson», se burló Tiffany de sí misma, antes de tranquilizar de nuevo a Walter, asegurarle que su secreto estaba a salvo —cosa que no tenía del todo clara— y pedirle que abandonara el aula. Y, en cuanto lo hizo, sintió cómo la furia se apoderaba de ella. De nuevo Jackson volvía a burlarse de ella, de todos en realidad. Como si fueran títeres con los que él hacía y deshacía a su antojo.

Solo necesitó cruzar una mirada con él, justo cuando entraba en el aula y Walter salía, para saber que no mantendría su promesa de no desvelar que lo sabía. Que sabía que había jugado con todos para quedarse a solas durante aquellos días. No aguantó ni tres segundos desde el momento en que Joe cerró la puerta. Pero no estalló. Algo había aprendido de él. Se mantuvo seria, seca. Fría por fuera, aunque por dentro le ardía la sangre. Él lo notó en cuanto la vio, pero tampoco mostró sus cartas. Se limitó a sentarse en su asiento y esperar.

—¿Por qué? —Fue lo único que acertó a preguntarle.

—¿Por qué, qué? —la retó él.

—Lo sé.

—¿Qué sabes?

—Deja el puto juego, Jackson. Deja el puto juego porque no sé en qué

jodido momento creíste que tú tenías la sartén por el mango aquí dentro. — Tiffany no solía decir palabrotas, pero... bueno, tampoco solía establecer relaciones de intimidad con alumnos, ni con presos. Debían de estar cambiando muchas cosas dentro de ella.

—No tengo ni idea de qué se supone que estamos hablando.

—¿Por qué suspendiste a propósito el examen? ¿Y por qué les diste clase a los demás para que aprobaran? ¡Los amenazaste para que aprobaran!

Tiffany había estallado al fin. Primero, dejando caer un par de carpetas sobre su mesa con un poco más de fuerza de la necesaria. Sabía que no debía hacer ruido si no quería alertar a los guardas de que allí dentro estaba pasando algo inapropiado, pero tampoco era capaz de aguantarse las ganas de lanzar algo. Mejor unas carpetas sobre la mesa que su puño contra la nariz de Jackson.

—Porque quería estar contigo. A solas. Lo... lo necesitaba.

Otra vez, Jackson la volvía a desarmar. En los segundos que transcurrieron entre la pregunta de Tiffany y su respuesta, ella esperó que lo negara, que adoptara su actitud chulesca y le diera la vuelta a la situación, que intentara burlarse de ella o hasta que hiciera un comentario sexual. Pero jamás imaginó que la desarmaría con su sonrisa franca, sus ojos brillando sinceros y un encogimiento de hombros en el que, por primera vez, lo vio vulnerable... y al mismo tiempo se dio cuenta de que jamás lo había visto tan fuerte. Tan poderoso.

—Jackson...

Echó a andar hacia él. Jackson también se levantó de su asiento. Puede que ninguno de los dos fuera consciente de lo que hacían, pero sus pies lo eran por ellos. Se acercaban, atraídos por una fuerza magnética que ya habían ignorado durante demasiado tiempo.

Y el beso llegó. Como la calma que sigue a una tempestad. Como el silencio que solo se aprecia después de demasiado ruido. Tan potente que los labios de ambos se unieron y los dos tuvieron la sensación de que algo que estaba fuera de lugar encajaba de repente. Como si estuvieran tan destinados a besarse que nadie pudiera comprender por qué habían dedicado tiempo a hacer cualquier otra cosa.

—Tiff...

La voz de Jackson fue un jadeo antes de atraerla por la nuca y volver a besarla. Esta vez más duro, más exigente, más... húmedo. Con su lengua penetrándola hasta que consiguió que sintiera el beso unos cuantos

centímetros más abajo de su boca. Fue como si le estuviera haciendo el amor solo con un beso.

—No solo quería estar contigo a solas... —Jackson sabía que sus palabras podían estropearlo todo, pero que lo mataran si sabía cómo detenerlas—. Quería *follar* contigo a solas. Hasta el final. Oírte gritar mi nombre. Que te deshicieras entre mis brazos. Correrme dentro de ti. O encima de ti. Observarte ruborizada, desnuda... Tan sexy. Tan parecida a cómo sueño contigo cada noche.

—Jackson...

Tiffany quiso pedirle que se callara, porque lo que la estaba haciendo sentir era demasiado intenso. Ya ni siquiera pensaba en si era apropiado o no, solo tenía miedo a que la matara la intensidad de unos sentimientos que no sabía si no serían en realidad solo instintos. Quiso pedírselo, pero no lo hizo. Porque al fin sentía, joder. Después de veinticuatro años castigada a no sentir con un hombre más que apatía y aburrimiento... al fin su cuerpo respondía, al fin le decía que Jackson la podía llevar de la mano a un viaje que no olvidaría jamás.

Y fue precisamente la mano de Jackson la que se aventuró a sacar el pasaporte para ese viaje sin igual. Tiffany se había vestido aquella mañana con una falda de lana con algo de vuelo y unas medias gruesas de color negro. No era un atuendo demasiado sexy, pero el frío de las mañanas en Kentucky obligaba a ello. Quién le iba a decir que unas cuantas horas después no sentiría nada ni mínimamente parecido al frío.

La mano de Jackson se coló bajo su falda y desgarró la costura de sus medias con la suavidad justa para no provocar un descalabro en su atuendo y la agresividad perfecta para que a ella se le escapara el enésimo jadeo consecutivo. Un jadeo de anticipación, de excitación. Un jadeo que era sexo antes incluso de que el sexo lo fuera.

—¿Te masturbaste pensando en mí?

El tono de Jackson había cambiado. A Tiffany le recorrió un escalofrío la columna vertebral cuando se dio cuenta de que nunca había conocido a ese Jackson. Al Jackson sexual. Sexual de verdad. No el que hacía bromas en clase, ni el que intentaba hacer que se ruborizara con comentarios subidos de tono. El real. Y ver la seguridad en sí mismo que desprendía multiplicó por mil lo que le estaban haciendo sentir sus dedos, que descendían por debajo de su ombligo con un destino muy claro. Hasta que se detuvieron.

—Te he hecho una pregunta, Tiff. —Dejó de mover los dedos, dejó de

besarle el cuello y la obligó a enfrentar su mirada gris—. ¿Te masturbaste ayer pensando en mí?

—Jackson...

—Dímelo. Dilo, Tiff.

—Sí —susurró ella, aunque no supo si su tono de voz se debía a la timidez o a la excitación.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Te tocaste aquí?

Con un solo movimiento, Jackson alcanzó el punto exacto en el que las neuronas de Tiffany perdían la cordura. Ahogó un chillido, y la risa sorda de Jackson reverberó en su pecho, en el que ella permanecía apoyada.

—Recuerda que no puedes gritar, nena. Si gritas, los guardas entrarán. ¿Y sabes qué se encontrarán si entran?

—No... —balbuceó Tiffany, sin saber bien ni a qué pregunta estaba respondiendo.

—Mi mano entre tus piernas, y tú corriéndote sobre mis dedos. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que te vean correrte?

—No, no... Sí... —Era incoherente, aunque ni siquiera lo sabía, porque lo que Jackson la estaba haciendo sentir con sus dedos era algo que jamás pensó que se podría llegar a experimentar. Que ni a solas había sabido que existía.

—Córrete para mí, Tiff. Córrete ahora.

Y, como si sus órdenes tuvieran línea directa con el sexo de ella, Tiffany empezó a gemir, a arquearse, a sentir cómo el vello de todo el cuerpo se le erizaba cuando un relámpago de placer la atravesó de la cabeza a los pies. Jackson bebió de sus labios el inevitable grito y siguió acariciando su clítoris hasta que las sacudidas cesaron.

Tiffany se quedó como adormilada contra su pecho, y Jackson supo que debía sostenerla porque sus rodillas no lo hacían. Echó un vistazo rápido al reloj y supo que aún contaban con un rato antes de que los guardas se lo llevaran al descanso.

Ella se separó con timidez, casi sin acabar de asumir lo que acaba de suceder, lo que acababan de hacer. Jackson le regaló una sonrisa satisfecha y un gesto que amenazó con volver a encender la llama que no se había apagado pese al orgasmo. Se llevó sus propios dedos a la boca y los lamió, degustando los fluidos de Tiffany como si se tratara del mejor manjar de su vida. Ella intentó mirar al suelo, pero él no se lo permitió. Y, en el fondo, ella se lo agradecería siempre, porque jamás se había sentido tan sensual como en

aquel instante mágico.

Se recompusieron como pudieron y se prepararon para la irrupción de Joe y para el resto de la jornada. La pasaron como pudieron, alternando bromas inocentes con comentarios maliciosos sobre lo que había sucedido a primera hora. El humor de Jackson se tornó sombrío por momentos, cuando le confesó lo duras que se volvían aquellas fiestas cuando se pasaban allí dentro.

Faltaban veinte minutos para la hora de la despedida, cuando Tiffany decidió hacerla un poco más memorable. Ella no podría evitar que Jackson pasara en aquel lugar unos días tan especiales, pero al menos podría dejarle un buen recuerdo. Se acercó a él intentando fingir tranquilidad, aunque no estaba muy segura de sus dotes de seducción, y eso la ponía nerviosa. Jackson la acogió entre sus brazos, pero mantuvo aferrado el brazo que ella dirigía con seguridad hacia su entrepierna.

—¿No...? ¿No quieres? —preguntó ella, con una decepción imposible de disimular en la voz.

—Claro que quiero. —A él se le escapó una carcajada socarrona, y ella no pudo evitar contagiarse—. Pero hoy no. Hoy quiero quedarme con el recuerdo de ti corriéndote en mis brazos. Y que tú te lleves eso contigo también.

—Pero no es justo, tú...

—Esto no va de justicia, nena... —La calló, posando dos de sus dedos sobre los labios de ella, que habría jurado que aún le sabían a su propio placer—. Si de verdad soy el cabrón afortunado que parezco ser últimamente, ya habrá ocasión de que me devuelvas el favor.

—Bien.

—Bien.

Tiffany se dio la vuelta, dispuesta a regresar a su mesa, pero, a mitad del pasillo, cambió de idea. Se acercó a él, enredó los dedos en su pelo, un poco más largo y ondulado en las últimas semanas, y lo acercó con fuerza a sus labios. Se dejó todas las inseguridades y los nervios en aquel beso. Los olvidó. Porque, cuando su boca y la de Jackson conectaban, no había lugar para ninguna otra cosa. Para ningún pensamiento. Solo estaban ellos dos, sus sentimientos, que aún no tenían nombre, y unas ganas inmensas de tener toda la eternidad en libertad para saborearse.

—Feliz Navidad, Jackson.

—Feliz Navidad, Tiff.

Lo último que Tiffany vio de él antes de que los guardas lo devolvieran a su celda fue una sonrisa que decía mucho más que todas las palabras del mundo.

## 12

### A casa por Navidad

Lo primero que haría en cuanto regresara a Kentucky sería dejar el trabajo. Estaba más que decidido. No podría volver a entrar jamás en un aula en la que se había dejado masturbar por un alumno, recluso de máxima seguridad para más señas.

Así pensaba Tiffany mientras arrastraba su maleta de mano por los interminables pasillos del aeropuerto de Newport. Llevaba con esas ideas en la cabeza desde que había despertado en mitad de la madrugada y su mente había sido, al fin, consciente de lo sucedido en la última clase con Jackson.

Después de besarlo y de abandonar su puesto de trabajo, se había pasado un par de horas presa de una ensoñación que ahora le parecía un síntoma de que se había vuelto loca del todo. Había llegado a su casa canturreando (;canturreando!) como una adolescente que acaba de recibir su primer beso. Se había quedado dormida en el sofá con música francesa (;música francesa!) de fondo. Y no había sido hasta las cuatro de la madrugada cuando había despertado y había conseguido ver de forma objetiva la barbaridad que había hecho el día anterior.

Ella era una rica heredera de Rhode Island, con un título universitario en Lengua y Literatura Inglesa y su primer trabajo como mujer independiente, como profesora en una prisión federal. Y, en poco más de cuatro meses, había acabado teniendo un orgasmo a manos, nunca mejor dicho, de uno de los presos más temidos del módulo de máxima seguridad de Westmoore Fields. Quizá debería buscar un psiquiatra que colocara en su cabeza las piezas que, sin duda, se habían extraviado.

Cuando llegó a su casa, sufrió el mismo ataque de pereza que siempre la asediaba cuando visitaba Newport. Le apetecían muy poco todas las reuniones sociales que sus padres tendrían preparadas para las fiestas navideñas, pero se las impuso a sí misma como penitencia por haber perdido el juicio durante su estancia en Kentucky. Es más, de camino a su cuarto, a donde su madre la había enviado de inmediato a cambiarse de ropa porque, para variar, su atuendo no le parecía apropiado, decidió que aceptaría lo que sus padres le propusieran, citas prematrimoniales incluidas, con tal de adquirir una normalidad que era obvio que ella, por sí misma, era incapaz de encontrar.

Había que reconocer que su madre tenía buen gusto para la ropa. Dio un par de vueltas a su vestidor examinando las prendas que su progenitora había seleccionado para los distintos eventos sociales a los que acudirían y les dio el visto bueno a todas.

Esa noche, la de su llegada, sería la última en la que disfrutaría (o sufriría) una cena informal solo con sus padres, si se puede llamar informal a una reunión a la que acudió con un vestido de cóctel, su padre con pajarita y sobre la mesa había tres copas y cuatro cubiertos por cabeza.

Apenas recordaría después ninguno de los temas de conversación que se trataron aquella noche. Un poco de los negocios de su padre, algo sobre su trabajo en la falsa academia para señoritas de Kentucky y suponía que un mucho sobre el mercado matrimonial de Newport. Llevaba casi veinticuatro horas despierta y al agotamiento físico se sumaba el de una cabeza que no había dejado de dar vueltas desde las cuatro de la madrugada del día anterior.

Cuando se fue a la cama, supo que la adicción que sufría por Jackson era más grave de lo que pensaba. De hecho, nunca se le había ocurrido catalogarla como adicción, pero ya no había otro término óptimo para ello. Porque, aunque sabía que al día siguiente se odiaría por ello, lo último que hizo Tiffany antes de dormir fue introducir su mano bajo los pantalones del pijama rosa de Victoria's Secret que su madre acababa de regalarle y darse un homenaje por todo lo alto con los ojos grises de un preso de máxima seguridad fijos en su cabeza.

La Navidad pasó como una exhalación, después de una cena familiar a la que acudieron tantos primos de Tiffany que ni con un árbol genealógico impreso en la mano habría sido capaz de recordar sus nombres.

El día veintiséis se celebraba en el club de yates un acto benéfico organizado por su madre y sufragado en gran medida por las empresas de su padre. A nadie parecía importarle demasiado quiénes serían los beneficiarios del dinero recaudado, pero todo el mundo parecía tener muy claro que sería el gran acto social de la temporada. La ocasión perfecta para que los cachorros ricos de la alta sociedad de Newport se olfatearan el culo unos a otros. Tiffany, como penitencia por lo ocurrido en Kentucky y por los sueños húmedos que llevaba teniendo todas las noches desde que había vuelto a casa, les dijo a sus padres a todo que sí.

Incluso al increíble vestido de Dior que su madre le había regalado para la ocasión, a pesar de que Tiffany lo consideraba una extravagancia, además de algo no demasiado coherente con el hecho de ir a recaudar fondos para los

pobres. Era rojo, con una sola manga, ajustado a su cuerpo como un guante (un guante muy muy ajustado) y largo hasta los pies. Se había peinado el pelo con unas ondas de estilo años cincuenta y, por más que su modestia la animara a negárselo a sí misma, sabía que estaba espectacular.

Su entrada en el salón de baile del club de yates fue recibida con murmullos. Prefirió atribuirlos a su aspecto antes que plantearse que, probablemente, las amigas de su madre estarían cotilleando sobre cuál de los solteros disponibles sería el más apropiado para ella. Echó un vistazo general y encontró más de lo mismo. Más de lo que llevaba viendo en fiestas de sociedad desde que había empezado el instituto: chicos guapos con *smoking* de Armani, chicas guapas con vestidos muy parecidos al suyo y padres ansiosos por forjar alianzas a través de los matrimonios de sus hijos. Podría haberse caído por un agujero del tiempo y haber despertado en la Europa medieval y nada habría sido demasiado diferente.

Después de una cena anodina, como siempre lo eran en ese tipo de actos, dio comienzo el baile. Tiffany le cumplió a su padre el capricho de inaugurar con él el evento, pero pronto quiso refugiarse en su mesa de nuevo, pero solo porque el dolor que le estaban infligiendo los tacones era superior al dolor de cabeza que, sin duda, le provocaría su madre con la conversación. Se dio cuenta demasiado tarde de que su madre ya había preparado un cepo en el que ella caería como la presa fácil que era.

—¡Tiffany, cariño! —Su madre se dirigió a ella con su voz impostada de nivel tres. La señora Thownsend, por descontado, siempre hablaba con voz impostada, pero solo alcanzaba el nivel que tenía en aquel momento cuando estaba muy nerviosa o quería aparentar algo que no era—. Qué bien que hayas vuelto. ¿Te acuerdas de que en Acción de Gracias te dije que quería presentarte a Dylan Crawford?

—Sí, madre —respondió ella con una voz cansina por la que se reprendió al instante—. Disculpad, papá me ha pisado durante el vals y no estoy muy segura de que mis pies vayan a sobrevivir a ello.

—¡Por favor, Tiffany! ¡Qué tonterías dices! —Su madre elevó aún más el tono. Sí, era posible que eso ocurriera, por muy difícil que pudiera parecer para quienes la escuchaban.

—Soy Dylan Crawford —se presentó, al fin, el hombre que la acompañaba.

Tiffany no había reparado en él, distraída por su madre y su dolor de pies, pero entonces lo hizo. Vaya si lo hizo. Dylan Crawford podía ser un

multimillonario más de los muchos que poblaban Newport, pero su físico era el de una estrella de rock disfrazada con un *smoking* que le sentaba demasiado bien para la salud mental de Tiffany. Su madre lo había elegido como pretendiente por su fortuna, de eso no le cabía duda, pero recordaría hacerle un buen regalo si aquella cita que había quedado pospuesta en Acción de Gracias tenía un final feliz con aquel hombre que esperaba que le hiciera olvidar a cierto preso de ojos grises. Tiffany estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva cuando se dio cuenta de que Dylan, maldito fuera, tenía un color de ojos muy parecido al de Jackson, maldito fuera él también, y eso había activado su alarma mental de excitación. Que todo le recordara al jodido Jackson Higgins tendría que empezar a catalogarse como enfermedad mental en algún momento.

—¿Por qué no salís a dar un paseo? Hace una noche magnífica en los jardines.

Tiffany se limitó a asentir y Dylan se despidió de la señora Thownsend con sus modales perfectos. Salieron al exterior en silencio, pero, en cuanto la fría brisa del mar tocó la piel de Tiffany, Dylan se apresuró a echarle por encima la americana de su traje. Ella agradeció el gesto y decidió romper el silencio algo incómodo en el que se encontraban.

—Mi madre tiene un concepto algo extraño de «noche magnífica».

Dylan se rio, aunque no contribuyó mucho más a la conversación. Tiffany recopiló lo que sabía de él: rico heredero por cortesía de unas cuantas empresas tecnológicas que habían fundado sus padres y por la desgracia de haberlos perdido demasiado joven. Atractivo, mucho, eso saltaba a la vista. Poseedor de unas de las mansiones más impresionantes de Newport, donde pasaba las vacaciones, aunque residía la mayor parte de su tiempo en Nueva York, en un apartamento —decían las malas lenguas que impresionante— en pleno Park Avenue. Y... aburrido.

Tiffany quería darle una oportunidad, de verdad que sí, pero... se aburría. No dejaba de darle vueltas en su cabeza a qué diablos le pasaba cuando conocía a un hombre adecuado, a uno que no tuviera una condena de ocho años por tráfico de cocaína a sus espaldas, vaya. Siempre le parecían aburridos. Pero es que, en el caso de Dylan, había dedicado la media hora de paseo por los jardines a preguntarle por la arquitectura típica de Newport, por su trabajo en la falsa escuela femenina de Kentucky y a hablarle de un par de grupos de música que a ella ni le sonaban. Al menos no había alardeado de su fortuna, así que eso podía ponerlo dentro de los puntos a su favor. Lo peor de

todo era que, como siempre le ocurría, Tiffany ni siquiera era capaz de saber si los temas de conversación eran tan aburridos porque los chicos con los que la citaban lo eran, o porque hablaban solo de aquello que era socialmente aceptable, temerosos de que ella se asustara si se salían del guion. En el fondo, hasta le apetecía decirle a alguno de ellos cuánto, cuantísimo, se había salido de cualquier guion aceptable en las últimas semanas.

Al volver al salón de baile, Dylan y Tiffany compartieron un poco más de conversación y algunos pasos sobre la pista. Tiffany estaba segura de que le había gustado a aquel chico, porque... bueno, porque esas cosas las sabía alguien como ella, que llevaba gustándole a sus compañeros de clase desde que estaba en el jardín de infancia. Imaginó que, en algún momento, él le preguntaría si quería que se vieran de nuevo, así que dedicó un rato a hacerse un test mental para averiguar qué responderle.

¿Le parecía atractivo Dylan Crawford? «Sí».

¿Le parecía divertido? «En absoluto».

¿Sentía alguna atracción sexual hacia él? «No».

En igualdad de condiciones, ¿saldría con Dylan o con Jackson? «Por Dios santo, cerebro, ¿por qué se te ocurren esas preguntas? Nunca habrá igualdad de condiciones entre ellos. Uno es un pijo multimillonario de Newport y el otro un preso de la cárcel de Westmoore Fields».

—Tiffany. —Dylan interrumpió sus cavilaciones.

—Dime, Dylan.

—Tengo la sensación de que esta noche lo he hecho todo mal contigo. — Sonrió, y a ella le dio una ternura infinita su manera de expresarse—. Pero... me preguntaba...

—¿Sí?

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda invitarte a salir otro día? Aunque solo sea para demostrarte que soy un tío normal cuando me saco el *smoking*.

Un tío normal. Un tío *normal*. Es más... un tío normal que se mostró humilde antes de pedirle una cita y que prometió ser algo un poco más ameno de lo que había sido aquella noche. Que le insinuó con sus palabras que aquel tipo de evento social le gustaba tan poco como a ella. Aunque solo fuera por eso... se lo había ganado.

—Claro.

—¿Te parece bien mañana? Creo que, milagrosamente, no hay ningún evento en menos de cincuenta kilómetros a la redonda.

—Mañana me parece perfecto. —Tiffany le sonrió y el pacto quedó sellado.

Todo habría ido bien en el camino de Tiffany por recuperar la normalidad que había perdido el mismo día en que había atravesado por primera vez los muros de Westmoore Fields si dentro de ella, en un lugar muy profundo con el que prefería no contactar demasiado, no hubiera sentido que aceptar la cita con Dylan suponía traicionar a Jackson.

## 13

### Saliendo con Dylan

Tiffany vio cómo comenzaba el nuevo año enfundada en un vestido de lamé dorado de Ralph Lauren, con una copa de champán rosado en una mano... y Dylan Crawford en la otra. No tenía muy claro cómo había ocurrido, pero un par de llamadas en el momento oportuno se habían unido a su propia necesidad de airearse del ambiente asfixiante de la casa de sus padres en Newport... y se había encontrado quedando con Dylan para recibir el nuevo año en la fiesta de gala para jóvenes del club de golf de la ciudad.

Tiffany no le confesaría a nadie que, en realidad, habría aceptado cualquier cita disponible con tal de no tener que inaugurar un año más en la gala para *no tan jóvenes* que se celebraba en otro de los edificios del club, y en la cual sus padres se encargarían de que el aburrimiento fuera el único sentimiento reinante en su mesa. Bueno, el aburrimiento y la sensación constante de que los estaba decepcionando con su incapacidad para encontrar un marido adecuado. O, ya puestos, cualquier marido más o menos decente.

Dylan no era precisamente el colmo de la diversión, pero, al menos, la trataba bien y no la atosigaba demasiado. Era evidente que estaba interesado en ella, pero no era pesado, ni insistente ni del todo aburrido. Disfrutaba de los silencios, y aquella misma noche de Fin de Año le había confesado que una de las cosas que más le gustaban de ella era que los respetaba. Que no era una de esas chicas charlatanas con las que es imposible compartir un momento tranquilo y silencioso. Tiffany se había sorprendido con su confesión por dos motivos: el primero, que jamás se había considerado a sí misma una chica poco habladora, así que quizá lo que le ocurría era, simplemente, que no tenía el suficiente interés en Dylan como para entablar conversaciones demasiado profundas. Y, el segundo, que no había sentido nada cuando él había dicho «una de las cosas que más me gustan de ti». Eso implicaba que le gustaban más cosas. La autoestima de Tiffany debía de estar gloriosamente satisfecha. Le gustaban varias cosas de ella a un hombre guapo, triunfador, educado, atento... Y nada. Ni media mariposa revoloteando en su estómago. Nada.

Estallaban en el cielo los fuegos artificiales que daban la bienvenida al nuevo año mientras Tiffany se daba cuenta de que ambos hechos respondían a una posible causa: Jackson Higgins. Puede que, si él nunca se hubiera

cruzado en su camino, hubiera caído rendida a los pies de Dylan. Puede que, si no se hubiera derretido en sus manos de la manera en que lo había hecho la última vez que se habían visto, ni siquiera hubiera aceptado una cita con Dylan porque no tendría que huir de nada. Jackson era a su vez la causa de que llevara una semana saliendo con otro hombre y la razón por la que había sido incapaz de darle siquiera un beso durante aquellas citas.

—¿En qué piensas? —le susurró Dylan. No había que ser un genio para darse cuenta de que Tiffany tenía la cabeza en otra parte.

—En... —Nada. No se le ocurría una sola excusa para haberse pasado más de media hora en silencio, con la cabeza en otro lugar, en otra persona, en otra vida—. En que, dentro de dos días, tengo que volver a Kentucky.

—¿Y esa es una buena o una mala noticia? —le preguntó él, sin duda con segundas intenciones.

—No lo sé. —Y ella fue arrolladoramente sincera, aunque él no pudiera siquiera imaginar la causa de sus desvelos.

—Tiffany, yo... —Ahí llegaba. La declaración de Dylan. La que Tiffany no quería oír porque no estaba preparada para ella—. Me gustaría saber si querrías salir conmigo.

—Ya hemos salido, ¿no? —intentó bromear, aunque el comentario sonó más bien borde.

—Creo que ya sabes a qué me refiero. Yo volveré mañana a Nueva York para estar con mi familia, y tú tienes que regresar a Kentucky, pero podríamos vernos algún fin de semana, yo podría acercarme a tu ciudad... Y, mientras tanto, mantenernos en contacto por teléfono, FaceTime... Ya sabes.

La voz de Dylan fue perdiendo fuerza a medida que se daba cuenta de que Tiffany no mostraba excesivo entusiasmo por la idea. Pero esperó paciente su respuesta, porque aquella chica había llegado a gustarle bastante en los pocos días que hacía que se habían conocido.

—No sé si estoy preparada para eso, Dylan —se disculpó ella con una sonrisa—. En realidad... es que no lo estoy. Me gustas y me lo he pasado muy bien contigo estos días —fue una pequeña mentira piadosa—, pero necesito más tiempo. Pensar con calma qué es lo que quiero y si hay un lugar para ti en ello.

—Pero ¿puedo llamarte de vez en cuando?

—Claro. Es solo que, ahora mismo, no me quiero comprometer a nada demasiado estable.

No solo era que no quisiera. Es que tampoco podía. Lo más estable que

había en aquel momento en su vida era una atracción física evidente por una persona con quien ni siquiera debería haber desarrollado una relación de amistad. Ni hablar de algo más profundo. No quería decirle que no a Dylan porque no era tonta, y sabía que él podía convertirse en el novio perfecto, no solo a ojos de sus padres, que también, sino a los suyos propios. Pero antes tendría que deshacerse de esa atracción por Jackson. Y pensaba poner todo su empeño en conseguirlo.

Era bien entrada la madrugada cuando Dylan la acompañó, cortés, hasta su casa. La despedida en la puerta pareció más propia de una pareja en ciernes de quince años que de dos personas que rondaban los veinticinco. Hubo un silencio incómodo, dedos que se rozaban sin tener intención de evitarlo y, al final, un beso un poco absurdo que Dylan pretendió que fuera en los labios, Tiffany que se desviara a la mejilla y que acabó depositado en la comisura. Sin más palabras, aunque con una sonrisa un poco tirante de disculpa por ambas partes, separaron sus caminos. Tiffany estaba convencida de que no volvería a saber de él nunca más.

Después de dormir durante el primer día del año y de evitar con la excusa de una migraña a sus padres, llegó el día de la despedida. Tiffany tuvo muy claro a qué dedicaría la mañana, así que se la pasó delante del ordenador portátil redactando el documento que acabaría con su vida anterior y daría paso a una nueva. La renuncia a su trabajo como profesora de los reclusos del penal de Westmoore Fields. Tendría que entregarla en persona, y esperaba tener la oportunidad de despedirse de sus alumnos, aunque solo fuera para darle un abrazo a Walter y desearle lo mejor en el futuro. En cómo resultaría la despedida de Jackson, prefería ni pensar.

Era lo mejor, lo tenía muy claro. Dejar atrás aquella locura que había vivido en Kentucky y volver a casa. Se había acostumbrado, en menos de cinco meses, a las mieles de la independencia, así que buscaría un apartamento en la ciudad y, por supuesto, un trabajo. Seguro que, con los contactos de sus padres, no le resultaría complicado conseguir algo que ayudara a mantenerla durante una buena temporada. Se tomaría unas semanas de reflexión tras su regreso y, después, llamaría a Dylan y se disculparía por haber estado tan renuente a él durante las Navidades. Ese era el plan.

Pulsó el botón imprimir de la carta de renuncia justo en el momento en que su madre entró en su cuarto. Sin llamar, para variar. A veces, se arrepentía de no haber sido una adolescente horrible que hubiera dejado claro en el pasado que lo de no llamar a la puerta no era una opción válida.

—¿Ocurre algo?

—Tu padre y yo queremos hablar contigo. ¿Puedes bajar al salón, por favor?

El tono de su madre, a juego con su gesto serio y enjuto, no daba pie a pensar en nada bueno. Tiffany hizo un repaso mental de por qué podría haberlos decepcionado esa vez, pero nada acudió a su mente. Recordaba haber sido una hija ejemplar durante los nueve días que llevaba en casa, pero seguro que algo se le había escapado. Era una sensación habitual.

—Toma asiento, por favor —le pidió su padre, con la misma cara de funeral que su madre había mostrado minutos antes.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sintiendo que se hacía muy pequeña en aquel enorme salón. Como si tuviera cinco años y sus padres la hubieran descubierto comiendo más golosinas de lo permitido.

—Hemos invitado a Dylan a comer con nosotros cuando regrese de Nueva York de visitar a su familia y...

—¿Por qué habéis hecho eso? —De todas las decisiones precipitadas que sus padres había tomado cuando ella había tenido algo parecido a una pareja, esa le parecía la más desequilibrada. Por Dios santo, ¡si ni siquiera había besado a aquel hombre!

—Porque creíamos que era tu novio. —Su padre la interrumpió con un gesto de su mano—. Tranquila, no hace falta que digas nada, ya nos ha aclarado él mismo que no es así.

—Hija... —Su madre intentó fingir paciencia, pero en realidad su tono destilaba todo lo contrario—. No entendemos qué es lo que te ocurre. Dylan es un chico fantástico, el heredero más cotizado de...

—¡Basta! —estalló Tiffany—. No os importa lo más mínimo el tipo de hombre con el que decida casarme. Vuestra única preocupación es que tengo al alcance de mi mano al soltero de oro de Newport. Bien podría ser un asesino en serie que me lanzaríais de todos modos a sus brazos. Y al altar.

—Pero se da la circunstancia de que no es ningún asesino en serie. —Su padre le habló despacio, como si ella fuera una idiota que no alcanzaba a comprender las cosas verdaderamente importantes de la vida—. Es un chico educado, encantador, que se ha hecho cargo de su familia y sus negocios tras la muerte de su padre... y según dicen todas las chicas de por aquí, incluso parece que es muy guapo.

—Vale, papá. Pues te propongo algo... Cásate tú con él.

—¡No seas impertinente, Tiffany! —Su padre se levantó de su sillón

como un resorte, y ella se arrepintió por un momento de haber sido tan hiriente, pero no podía evitar una enorme sonrisa mental al ver que los había dejado descolocados.

—Ya te hemos consentido mucho más de lo que te mereces —intervino su madre—. Dylan puede ser tu última oportunidad de conseguir un matrimonio en condiciones.

—Mamá, por Dios... Tengo veinticuatro años. Me quedan siglos para pensar en casarme.

—Bajo ningún concepto. —Su madre no pensaba dar su brazo a torcer. Tiffany la conocía demasiado como para plantearse siquiera que fuera a hacerlo—. Si no llamas a Dylan y le dices que te lo has pensado mejor...

—¿Qué?

—Se acabó.

—¿Qué se acabó, mamá?

—Todos tus privilegios como hija nuestra.

—Mis privilegios... —Tiffany no quería llorar, porque no era algo económico lo que hacía que le temblaran los párpados. Era el dolor de comprobar, una vez más, que sus padres no la respetaban—. ¿Qué privilegios, mamá? Me *cortasteis el grifo*, como tanto os gusta repetir, hace cinco meses. He vivido de mi sueldo todo este tiempo.

—¿Ah, sí? ¿Puede tu sueldo pagar el vestido que llevaste en Nochevieja o los pendientes de brillantes que cuelgan ahora mismo de tus orejas?

—No, mamá. —Tiffany comenzó a desenroscar la tuerca de uno de los pendientes que le habían dado como regalo de Navidad—. Aquí os quedan los pendientes. Los vestidos, como verás, ni siquiera me los llevo a Kentucky. Si quieres, puedo enviarte toda la ropa que tengo allí y que compré antes de que dejarais de pasarme la asignación. No tendré problema en comprarme ropa nueva, aunque sea en el Wal-Mart, con tal de no deberos nada más. Esos son los únicos privilegios que quiero. Los que me da mi trabajo. *Mi* trabajo.

—Un trabajo de mierda en un colegio de mierda —dijo su padre, con desdén, y fue ese comentario el que prendió la mecha de las lágrimas que llevaban tanto rato esperando ser derramadas.

—Pensaba que respetabais lo que hacía.

—Sí, claro. ¡Claro! Lo respetamos mucho. —Su padre primero se alteró, pero fue mucho peor cuando clavó en ella sus ojos y habló en un tono pausado—. Respetamos muchísimo que nuestra hija dé clase de lengua a

unas niñas de Kentucky, después de haberla educado para que fuera la mujer más respetada de Newport.

—No mientas —consiguió tragarse algunas lágrimas y responder—. Me educasteis para que fuera la esposa más apetecible de Newport. Y lo siento mucho, pero habéis fracasado estrepitosamente.

Eso fue todo lo que se sintió capaz de decir antes de que las lágrimas empezaran a caer a borbotones por sus mejillas. No quiso darles a sus padres el gustazo de verla derrumbada, así que subió a la carrera las escaleras de camino a su cuarto. Y, una vez allí, rompió en mil pedazos el documento que reposaba sobre la bandeja de salida de su impresora. Abrió con fuerza la tapa de su Mac y borró todo el contenido de su carta de renuncia.

Estaba más orgullosa de su trabajo en Westmoore Fields de lo que lo había estado en los cinco meses anteriores. Incluso en un breve momento de debilidad durante las vacaciones había estado a punto de confesarles a sus padres a qué se dedicaba en realidad. Pensaba que ellos tendrían algún breve atisbo de orgullo al ver que se había atrevido a valerse por sí misma a pesar de un entorno laboral hostil. Pero ahora entendía que jamás sería así. Que sus padres solo le habían dicho lo que ella había querido oír durante meses, y que no había sido hasta esa mañana cuando habían desvelado sus verdaderos pensamientos. La habían dejado jugar a ser mayor e independiente, a ver si con un poco de suerte se le pasaba la tontería en cuanto viera lo que era trabajar duro, y así volvería con el rabo entre las piernas a Newport y aceptaría casarse con el primer candidato adecuado que se le cruzara en el camino.

Empezó a meter la ropa en su maleta y se dio cuenta de que, aunque quedaban casi seis horas para su vuelo de regreso a Kentucky, prefería pasarlas dando vueltas por la terminal del aeropuerto que quedarse un solo minuto más en aquella casa que sentía que no le pertenecía. Miró los pedazos desgarrados de su carta de renuncia y se sintió bien, se sintió jodidamente bien por haber sido capaz de seguir con su proyecto durante lo que quedaba de curso. No iba a renunciar a su trabajo. Seguiría en él con la cabeza bien alta.

Solo cuando, horas después, el avión despegó del aeropuerto de Newport, una pregunta comenzó a flotar en su cabeza: ¿había roto la carta de renuncia de verdad por el orgullo de regresar a su trabajo o tenían algo que ver en ello las ganas que flotaban en su mente de volver a encontrarse con Jackson?

## 14

### ¿Y ahora, qué?

Jackson no sabía cómo actuar con Tiffany tras dos semanas separados, especialmente después de lo que había ocurrido en la última clase. O, al menos, esa era la sensación que daba en su celda, minutos antes de que pasaran a recogerlo para ir a la primera clase del nuevo año, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro, pasándose la mano por el pelo y, en general, destilando nerviosismo.

Cuando entró en la biblioteca y sus ojos se cruzaron, la cosa no mejoró. Lo único que alivió un poco a Jackson fue saber que, al menos, ella estaba tan nerviosa como él. Cuando sus miradas se enredaban, algo las mantenía unidas durante un momento; algo muy parecido al deseo irrefrenable de desnudarse y juntar sus cuerpos. Pero, casi al momento, uno de los dos separaba la vista, como si el simple hecho de mirarse hiciera que ambos recordaran lo que había ocurrido antes de Navidad. Y, al menos en el caso de Jackson, así era.

Sería imposible hacer un recuento de las veces que había rememorado en la soledad de su celda el modo en que Tiffany se había derretido entre sus dedos. Su cara de placer, sus gemidos, sus jadeos. El rubor sonrosado de sus mejillas, la marca de sus dientes al morderse el labio para evitar gritar... Todas esas imágenes se repetían día tras día en su cabeza, y a veces creía que iba a volverse loco si no lograba olvidarlas durante un rato. O... si no obtenía algo parecido a cambio.

Pasaron dos, tres semanas... Jackson había pasado de vivir cada día como en una cuenta atrás hacia el final de su condena a aplicarse una especie de *carpe diem* en el que lo único que importaba era la clase del día siguiente, en que los viernes eran peores que los lunes porque implicaban dos días sin verla y en que la tensión sexual que sentía oscilaba a ratos entre el sueño y la pesadilla.

No sabía si alguna vez volvería a tocarla de aquella manera. Fantaseaba a menudo con Tiffany devolviéndole el *favor* de aquella primera vez. Y con muchas cosas más. Con sus labios alrededor de su polla, con sus uñas arañándole la piel del pecho, con sus dientes clavándose en su cuello. Hasta que, un día, decidió que ya no quería fantasear más y prefería pasar a la acción.

—Buenos días —la saludó, con el matiz justo en su voz para hacer que

ella se diera la vuelta al intuir que algo raro pasaba, pero sin que el funcionario que lo custodiaba hasta la biblioteca pudiera sospechar nada.

—Eh... Hola, Jackson. Y... ¿y tus compañeros?

Tiffany se alarmó. Y supo que sus ojos le habían dicho a Jackson que lo había hecho. Él se sentó en su asiento como si no ocurriera nada, ignorando su pregunta, aunque al final se decidió a responderla.

—No han podido venir hoy.

—¿Ninguno? —Tiffany arqueó una ceja en un gesto que hizo que la sonrisa de Jackson se ensanchara un poco más.

—Ya ves... Un brote repentino de gripe, creo.

—¿Otra vez?

—Vaya... ¿Ya había usado antes esa mentira?

—¿A qué estás jugando Jackson? —El tono de Tiffany era insondable. Algo a medio camino entre la burla, la reprimenda y el miedo. Sí, Tiffany tenía un miedo atroz a que las pulsaciones se le siguieran desbocando y, sobre todo, a que él lo notara.

—A nada. —Hizo una pausa en la que no apartó un segundo los ojos de ella. Ni siquiera parpadeó—. Aún.

—Bueno... —Tiffany tuvo que carraspear para conseguir que su voz saliera en un tono normal—. Vamos a empezar con la clase.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me vas a explicar? —se burló él, consiguiendo que ella se enfadara—. No me mires así, sabes que me sé el contenido de esos temarios de memoria.

—Muy bien, ¿y qué propones, entonces? —contraatacó Tiffany, aunque al instante se dio cuenta de su error. De que le había servido en bandeja la respuesta. Y de que no se arrepentía de haberlo hecho.

—Creo que sabes de sobra lo que tengo en mente.

—Jackson, no... —se negó ella, con más convicción en la voz de la que sentía por dentro.

—¿No? —Él se mostró sorprendido, aunque más lo había sorprendido ella cuando sí había estado dispuesta. Al contrario de lo que dejaba traslucir con su actitud chulesca, Jackson andaba algo escaso de seguridad en sí mismo en los últimos siete años.

—No podemos...

Jackson sintió que podía cantar victoria. Ella no le había dicho que no quisiera, que no le apeteciera, que él no la atrajera... Solo le decía que no podían, algo que los dos sabían perfectamente, pero que nunca les había

importado demasiado.

—Ven aquí —le pidió, con una mirada tan peligrosa que Tiffany se hubiera estremecido si todo su cuerpo no estuviera tan caliente como si atravesara un proceso febril.

—No.

—Lo estás deseando.

—No vas a conseguir nada de mí, Jackson. —Él se levantó para dirigirse hacia el estrado desde donde ella impartía la clase, y Tiffany se asustó. No de él, sino de las ganas que tenía—. Gritaré si te acercas.

—Oh, sí. Por supuesto que gritarás. Haré lo posible por que sea así.

—No bromees.

—Está bien. —Jackson se encogió de hombros y reemprendió el camino hacia su mesa—. Nunca he presionado a una chica para que hiciera nada conmigo, no es mi estilo.

—Gracias. —Tiffany tomó un par de libros en sus manos e intentó pensar en algo con lo que pasar las seis horas de jornada laboral que no fuera una sesión de sexo descontrolado con su alumno—. Vamos con la clase, ahora sí.

—Será lo mejor. Antes de que no puedas más y seas tú la que vengas a buscarme.

Tiffany tuvo que apretar los muslos después de escuchar esa soberbia de labios de Jackson. Porque no podía negar que le gustaba cuando se ponía un poco chulito, sobre todo porque significaba que estaba recuperando poco a poco esa autoestima que parecía sobrarle en la coraza, pero que ella ya sabía que no era real en absoluto.

La clase continuó. Y al día siguiente regresaron Brian, Walter y José. Y siguieron transcurriendo los días en un ambiente pausado en el que Tiffany tenía que reconocer que Jackson había respetado su decisión. Estaba encantador, más que nunca, educado, como si en cierto modo hubiera dejado caer aquella fachada inicial incluso delante de sus compañeros. Ignoraba a Brian, pero se esforzaba en ayudar a Walter, por el que era evidente que los dos sentían debilidad, y a José, que hablaba con él con algo más de confianza que con la propia Tiffany.

Tiffany se alegraba de que él respetara la distancia que era cuerdo mantener entre ellos. Se alegraba porque no tenía nada claro que ella fuera capaz de hacerlo. Su vida transcurría en una bipolaridad constante. Quería ver a Jackson, pero no quería querer. Los fines de semana se le hacían eternos,

como si se hubieran convertido en una espera eterna de un lunes que, en el fondo, no debería querer que llegara.

Las semanas iban pasando, y Tiffany encontró una distracción que impidió que pensara en Jackson durante las horas que pasaba en su apartamento los fines de semana, y también de lunes a viernes entre jornada y jornada laboral. Su amistad con Dylan. Poco a poco, a través de mensajes de texto y de alguna llamada ocasional, se habían ido acercando. Tiffany se preguntaba muchas veces si había algo que funcionara mal en su cerebro, o en su corazón, o sabe Dios en dónde, para que no consiguiera sentirse atraída por él. Pero sí le caía bien. Muy bien. Sentía que, en cierto modo, compartían muchas visiones sobre la vida en Newport y de lo que no les gustaba del ambiente de alta sociedad.

Así que hablaban. Hablaban mucho, casi siempre por escrito. Hasta que, una tarde, Dylan la llamó y, sin que él pudiera imaginarlo, esa conversación desencadenó una reacción que conduciría a Tiffany al lugar exacto donde, al mismo tiempo, quería estar y no estar.

—Me encontré a tu madre en el centro hace un par de días —le dijo él a mitad de la conversación, que Tiffany había pasado retocando su manicura. Pero esa mención de su madre, de la que no tenía noticia desde su desagradable marcha de Newport a comienzo de año, hizo que prestara más atención a lo que Dylan le contaba.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me invitó a tomar el té.

—¿En casa? —Tiffany se alarmó ante la posibilidad de que sus padres siguieran con la operación «casar a Tiffany» incluso en su ausencia.

—No. En el Hilton.

—¿Y qué se cuenta *mamá*? No me dirige la palabra desde Navidad. Ni mi padre tampoco.

—Pues... hablamos bastante de ti. Me dijo... Bueno, ella habló...

—Dylan, por favor, deja los tartamudeos. Creo que estoy preparada para cualquier barbaridad que mi madre te haya podido decir sobre mí —le dijo Tiffany, aunque ella sabía que era mentira. Que nunca estaría del todo preparada para los rechazos de sus padres. Que no quería estarlo.

—Habló de una posible boda entre tú y yo —le respondió él, finalmente, con una calma en su tono que no era demasiado comprensible, dado el tema que habían tratado.

—¿Disculpa?

—Me comentó que... Bueno, que nunca habías tenido una relación demasiado estable y que lo más lógico, dada su situación económica, era que te casaras pronto y bien.

—Ajá. Sí, eso llevo oyendo años. ¿Y casarme contigo es *pronto y bien*?

—Sí, al parecer.

—Dylan... —Tiffany dudó si hacer aquella pregunta, pero le quemaba por dentro y sabía que ni podría dormir si no la hacía—. ¿Por qué coño no pareces escandalizado por esa conversación?

—Porque no lo estoy —contestó él con firmeza.

—¿En serio? —Tiffany se horrorizó—. ¿No te parece terrible que mi madre se atreva a hablar de mi futuro matrimonio, de *tu* futuro matrimonio, de hecho, cuando ni siquiera hay nada entre tú y yo?

—Pero podría haberlo.

—Dylan...

—No hablo de un enamoramiento de locos, Tiffany, pero piénsalo. Por desgracia, los dos deberíamos casarnos con alguien de nuestra posición económica.

—Mi posición económica es la que me dan los mil trescientos dólares que gano de profesora en la... —estuvo a punto de meter la pata, pero se corrigió a tiempo— ...en la escuela en la que trabajo.

—Sabes a qué me refiero. Eres una de las herederas más ricas de Newport.

—¿Y? ¿Me he despistado y estamos en la Inglaterra victoriana, donde los herederos tienen que casarse entre sí para perpetuar la especie?

—No. Pero yo jamás me fiaré de que una mujer no se acerque a mí por mi dinero —suspiró—. No soy muy bueno confiando en la gente.

—¿Y eso es todo lo que buscas en una esposa, Dylan? ¿Solo la certeza de que no se va a quedar con la mitad de tu fortuna?

—¿Te parece poco?

—Sí, poquísimos, la verdad —le respondió ella con sinceridad.

—Tú y yo nos llevamos bien, ya lo ves. Hablamos mucho, nos entendemos. ¿Dónde estaría el problema?

—Pues no sé, Dylan... —le habló con todo el sarcasmo que fue capaz de reunir, porque aquella conversación la estaba cabreando más de la cuenta—. ¿Quizá en que me gustaría casarme con alguien a quien realmente quiera? ¿De quien esté enamorada?

—Eres una soñadora, Tiffany.

—Quizá. —«Y pienso seguir siéndolo», añadió para sí misma.

—Mi oferta está encima de la mesa. Piénsatelo.

—Sí, sí, lo haré. —Por supuesto que no lo haría.

—Hablamos esta semana.

—Sí, ok. Un beso, Dylan.

—Un beso.

Tiffany no colgó el teléfono. Lo lanzó. Con fuerza. Contra la mesa. No se rompió de puñetero milagro. No sabía ya qué demonios tenía que hacer para dejar de ser la niña rica a la que todos querían ver vestida de novia caminando hacia un altar. Se había independizado, llevaba meses sin aceptar un dólar de sus padres, había tomado decisiones por sí misma, entre ellas, no empezar a salir con Dylan Crawford y continuar en un trabajo que sus padres desaprobaban al instante. Como algunas de las cosas que había hecho en él, y que poco tenían que ver con sus tareas como profesora. Como muchas de las cosas que tenía pensado hacer.

Un momento... ¿Qué tenía pensado hacer?

Solo necesitó un instante para darse cuenta. La conversación con Dylan había sido el detonante de la explosión que sentía por dentro. La que le decía que no, que no tenía por qué ser esa niña pija vestida de blanco que todo Newport esperaba que fuera. Que podría serlo en la cabeza de toda esa gente que le era ajena, sus padres incluidos, pero que ella ya nunca más se sentiría así. Quería sentirse como la mujer que era, la que llevaba las riendas de su vida y de sus sentimientos.

Y había una única persona en el mundo que podía darle el pasaporte hacia esa liberación mental que tanto necesitaba en aquel momento.

Al día siguiente, en cuanto atravesó el control de seguridad de la prisión de Westmoore Fields y se encontró con Joe, le dijo una frase y, con ella, sentenció su destino:

—Jackson Higgins está flaqueando este trimestre y tengo serias dudas de que vaya a aprobar el examen. Si no quieren que vuelva a suspender, necesitaré una clase particular con él para explicarle las dudas que tiene sin tener que estar pendiente de sus compañeros.

Y Joe se la concedió.

## 15

### Al fin tuya

No sabía por qué lo había hecho. Pedir ese día a solas con Jackson era, con diferencia, la locura más grande que había cometido en toda su vida. No es que no se le ocurrieran motivos para haber caído en la tentación de faltar a su profesionalidad. El detonante había sido la conversación del día anterior con Dylan, la demostración plausible por vía telefónica de que nadie la consideraría jamás algo más que una niña pija casadera. O quizá sí había alguien que la veía como algo más. Y, aunque ese alguien fuera la persona más inapropiada del mundo, ella quería probarlo. Porque sí, el detonante podía haber sido esa llamada, pero la razón real era que la atracción por Jackson había ido creciendo dentro de ella a lo largo de los meses. Había comenzado como apenas un poco de agua en el fondo de una olla al fuego, pero se había ido calentando hasta hervir, desbordarse y quemarla.

Lo quería para ella.

Lo quería dentro de ella.

Ni siquiera titubeó en su camino entre el aparcamiento y la biblioteca. Todo lo que durante las horas anteriores pensó que serían nervios y dudas se convirtió al verse ante los muros de Westmoore Fields en una certeza tan aplastante que la hizo caminar con paso seguro. Sintióse poderosa, sensual, sexual. Sintióse mujer, quizá por primera vez en su vida.

Esperó en la biblioteca de espaldas a la puerta, hasta que escuchó cómo se cerraba. Estaban solos. No pudo evitar echar un último vistazo al atuendo que había elegido con todo cuidado aquella mañana: falda lápiz negra muy ajustada, camisa blanca entallada, tacones negros con suela roja... y un conjunto de encaje blanco que no dejaba demasiado a la imaginación.

—Qué paradoja, ¿no? —La voz de Jackson se coló por cada poro de su piel, la recorrió entera y le dejó en el cuerpo la sensación de que él la había acariciado al hablar—. Me dicen que consideras que estoy flaqueando en las clases. Y juraría que la que está flaqueando eres tú.

Se giró para enfrentarse a él. Su aspecto, para cualquier otro que lo observara, podía parecer el de todos los días. El pelo corto, los ojos grises, el torso moldeado bajo aquel horrible traje naranja, la postura en un equilibrio perfecto entre tensión y seguridad en sí mismo. Pero ella sabía que algo había cambiado. Que él lo había entendido todo en el momento en que, sin motivo

real, ella había pedido una clase a solas con él. Y su mirada desprendía un fuego que era solo para ella. Y eso le gustó.

Jackson no se sentó en su silla; se quedó de pie junto al lugar que ocupaba cada día. Fue Tiffany quien se acercó. Recorrió la escasa distancia que los separaba con paso firme, haciendo restallar sus tacones contra el suelo de linóleo de la biblioteca, mientras se soltaba la melena que había mantenido firmemente sujeta en una coleta alta.

Jackson pensó que iba a volverse loco. Si aquello era algún tipo de broma, si Tiffany no pensaba terminar lo que, sin duda, acababa de empezar, o si algo externo impedía que se rindieran a sus instintos más primarios, perdería la cabeza de forma definitiva. Hizo un repaso mental y no recordó haber deseado nunca a nadie de la manera en que la deseaba a ella. Ciertamente era que llevaba siete años bloqueando todo pensamiento relacionado con el sexo, más que nada para mantener la salud mental, pero se había acostado con muchas chicas antes de entrar en la cárcel y no recordaba siquiera haberse excitado en la cama tanto como lo hacía con el simple hecho de observar a Tiffany. Estaba bien jodido. Bueno... esperaba estarlo.

—Sabía que acabarías viniendo a buscarme —le dijo él, con un gesto de arrogancia que pronto se convirtió en una burla que se llevó parte de la tensión que flotaba en el ambiente.

—Dime que puedo confiar en ti —le susurró ella, tan cerca ya de sus labios que Jackson sintió que estaban respirando el mismo oxígeno.

—Si conocieras mi verdad... —La mirada de él se desvió un segundo de la suya, pero se obligó a volver a mirarla a los ojos antes de decirle lo máximo que estaba dispuesto a desvelar por el momento—. Si conocieras mi verdad, sabrías hasta qué punto puedes confiar en mí.

—¿Quieres contármela?

—Hoy no.

—¿Y qué quieres hacer hoy? —Fue un coqueteo en toda regla. Los dos lo sabían. Y a los dos les gustó.

—Ya lo sabes.

—Quizá quiero oírtelo decir.

—Sin embargo, yo prefiero que seas tú quien lo pida.

—Engreído. —Tiffany se rio en voz alta, aunque su carcajada sonó enronquecida por la excitación.

—Dilo.

—Fóllame, Jackson. Fóllame hasta que se nos olvide donde estamos.

Sus labios chocaron con fuerza, casi con violencia. Las lenguas se enredaron. Las manos volaron por el cuerpo del otro. Jackson mordió el labio inferior de Tiffany y ella le respondió con el mismo gesto hasta hacerle sangre. El sabor metálico en la boca espoleó a Jackson para clavar las yemas de sus dedos en los muslos de Tiffany hasta el punto de que ella supo que al día siguiente tendría un moratón. Y no le importó. Le encantó.

Llevaban un buen rato besándose y tocándose con la lujuria instalada en cada uno de sus actos cuando Jackson posó una mano en la espalda de Tiffany para ayudarla a mantener el equilibrio y la empujó con fuerza hasta que ambos chocaron con la pared del fondo de la biblioteca, en el espacio entre las dos grandes estanterías de libros. Jackson había querido follársela en aquel preciso lugar casi desde la primera vez que la había visto. Era una especie de punto ciego si la puerta se abría de repente; aunque nada impediría que fueran descubiertos en faena apenas unos segundos después, si eso llegaba a ocurrir, al menos quería tener la efímera sensación de disfrutar de algo de intimidad.

La espalda de Tiffany se arqueó cuando sus hombros chocaron contra aquella pared. Dejó sus pechos expuestos a la mirada de Jackson, que los devoró con los ojos antes de hacerlo con los labios, la lengua, los dientes. Su mirada voló por un instante al perchero del aula y vio que Tiffany había traído un jersey aquella mañana, aunque ya no lo tenía puesto cuando él había entrado. Chica lista. Esa elección de vestuario le permitió hacer algo que deseaba con toda su alma: arrancarle la camisa sin importarle que los botones volaran por toda la biblioteca y que la tela se desgarrara por un par de lugares.

—Lo siento —se disculpó.

—Mentiroso. No lo sientes en absoluto.

—Tienes razón. No lo siento para nada.

Los dos se rieron, pero las carcajadas quedaron ahogadas en gemidos en el momento en que los dientes de Jackson se clavaron en uno de sus pechos, sin apartar siquiera el sujetador. Dibujó su contorno con la lengua, primero muy despacio, provocando que Tiffany deseara con toda su alma que el contacto fuera más cercano, más profundo; a continuación, con toda la superficie de la lengua, dejándole el pecho tan empapado como tenía ya lo que había bajo sus bragas.

Jackson metió la mano entre la pared y el cuerpo de Tiffany y, en un movimiento rápido, bajó la cremallera de su falda. Ella hizo unos

movimientos de cadera que a él se le antojaron deliciosos para hacer que cayera al suelo. Y allí la tenía. Desnuda ante él. Envuelta en encaje blanco. Con un sujetador que ya lucía algo descolocado y un tanga de encaje transparente. Odió corresponderle con el espantoso traje naranja de presidiario, así que se deshizo de él con rapidez y cayó de rodillas ante ella porque no pudo hacer otra cosa que postrarse ante la mujer más perfecta que había visto en toda su vida.

Tiffany creía que no podía estar más excitada. Hasta que Jackson se desnudó y pudo atisbar su cuerpo esculpido a cincel. Hasta que Jackson se arrodilló ante ella y sintió que, en cierto sentido, estaba a su merced. Hasta que Jackson acarició su clítoris con la punta de la nariz y tuvo pánico a correrse con ese único movimiento. Hasta que Jackson utilizó la lengua para confirmarle que estaba más cerca del clímax de lo que deseaba.

—No. Para.

—¿Paro? —le preguntó él, despeinado entre sus piernas, con una sonrisa socarrona.

—Te quiero dentro de mí. Y lo quiero ya.

Él se levantó emitiendo un gruñido gutural y, en un movimiento perfecto, se introdujo dentro de ella de una sólida y potente embestida. Las manos de él volaron a su culo y la auparon hasta que quedó suspendida en el aire, con las piernas enlazadas en torno a su cintura y las pelvis de ambos encajadas en una posición tan expuesta que el placer aumentó exponencialmente.

—No tengo un condón —susurró él, con expresión torturada, mirándola a los ojos e intentando hacerle entender que podía confiar en él tanto como le había confesado al comienzo de esa clase que nunca estuvo previsto impartir.

—Tomo la píldora. Y confío en ti.

Algún día Jackson le diría cuánto habían significado para él esas palabras, pero en aquel momento tenía algo más importante que hacer. Aumentó el ritmo de sus embestidas y se excitó más, si es que eso era posible, al escuchar los gemidos ahogados de Tiffany.

Ella se sentía ligera como una pluma en sus brazos, pero no pudo evitar fijarse en cómo los brazos de él se tensaban en cada embestida. Todo el cuerpo de Jackson la volvía loca, mucho más cuando se mostraba en una espléndida desnudez, como aquel día, pero sus partes favoritas eran esos brazos y ese torso fuertes y completamente cubiertos de tatuajes. Adelantó la cabeza, aunque la postura fuera poco natural, y los lamió. Lamió la rosa que había sobre su pecho, lamió dibujos que hablaban de un hombre torturado

que había pasado un infierno, lamió una figura que representaba la justicia con un puñal clavado en el pecho... Lamió cada centímetro cuadrado de su piel y, cuando terminó, ya tenía ganas de empezar de nuevo.

—Quiero ver cómo te corres, nena. Quiero que te corras para mí.

Fueron sus palabras las que comenzaron a deshacer el nudo de placer que se había alojado entre sus piernas. Y fueron sus potentes penetraciones las que acabaron el trabajo. Tiffany nunca, hasta ese día, había logrado correrse manteniendo relaciones sexuales con un hombre, pero tenía pocas dudas de que esa tónica estaba a punto de romperse.

Gritó. Jadeó. Gimió. Hasta gruñó. Y todo acabó con un orgasmo glorioso, húmedo y caliente que no olvidaría jamás. O quizá no. Quizá no había acabado allí. Quizá solo acababa de comenzar la aventura más loca de toda su vida.

Jackson la siguió poco después, y ella volvió a excitarse solo con sentir el semen de él descendiendo por sus muslos en cuanto la posó en el suelo para intentar recuperar el aliento. Los dos sudaban, jadeaban... Estaban agotados y pletóricos a la vez.

Había sido sexo salvaje, sucio. Sexo del mejor.

Los dos odiaron el descanso de diez minutos que siguió a esas primeras dos horas de placer que habían completado con una sesión de caricias tan sexuales que habían conseguido que Tiffany volviera a correrse y él estuviera a punto.

Las siguientes dos horas no fueron salvajes ni sucias. Fueron sexo lento, relajado, suave. Fueron caricias que decían cosas que ellos todavía no se atrevían a expresar en voz alta. Fueron besos blandos, tiernos. Fueron orgasmos con sordina. Fueron dos horas en las que no hizo falta hablar; ni para decirse con palabras fuertes cuánto se deseaban ni para confesar con palabras prudentes el miedo que empezaban a tener a lo que sentían.

Se besaron mucho.

Se besaron mucho más de lo que deberían hacer dos personas que solo están teniendo sexo para deshacerse de una tensión sexual que los ahoga.

El segundo descanso entre clases llegó y el tercer bloque fue diferente. Ninguno de los dos se engañaba ya cuando Jackson volvió a entrar en la biblioteca. No habría Matemáticas, ni Inglés, ni Geografía ni Literatura en aquellas dos últimas horas. Quizá las dos últimas que tendrían a solas en mucho tiempo. No habría clase... y no habría ropa de por medio.

—¿Qué estamos haciendo, Jackson? —le preguntó Tiffany en cuanto Joe

salió de la biblioteca y él se acercó a besarla. Se había vuelto adicto a aquellos besos. Y ella no preguntó porque dudara, sino porque... no sabía por qué. Quizá porque quería oír alguna explicación por parte de él que no fuera una locura.

—No lo sé. Pero creo que «follar como campeones» es una definición que se aproxima bastante a lo que estamos haciendo.

—Eres único haciendo a una chica sentir especial —se quejó ella, aunque estaba de broma. Dejó de estarlo cuando las manos de él se colaron entre sus piernas y comenzaron a acariciar ese punto que parecía agotado, pero que no dejaba de producirle placer.

—Tú no necesitas que nadie te haga sentir especial. Tú eres especial. Y me decepcionaría que no lo supieras.

Tiffany sintió que todo el calor que sentía entre las piernas se le trasladaba al corazón al escuchar aquellas palabras. Y las que vinieron a continuación.

—Me gustas, Tiff. Me gustas mucho. Me gusta que confíes en mí. Me gusta que parezcas una niña pija, pero que te hayas manchado las manos viniendo a enseñar a la cárcel. —Mientras hablaba, la yema de su dedo corazón hacía pasadas lentas y deliciosas por el clítoris de Tiffany—. Me gusta cómo le demuestras a Brian que nunca se va a poder reír de ti. Me gusta cómo intentas que José salga de esa cárcel interior que va a acabar terminando con él. Me gusta cómo te esfuerzas para que Walter tenga la vida que se merezca.

—¿Y a ti? —consiguió preguntar ella entre jadeos—. ¿Cómo te trato a ti?

—Como si quisieras follarme. Desde el primer día, como si te murieras de las ganas por que te follara.

—Engreído.

—Mucho. Y realista. Vamos, Tiff... —Ella no se cansaba nunca de escuchar ese diminutivo que sonaba a puro sexo en la voz de Jackson—. No me niegues que esto se veía venir. Nos teníamos ganas.

—Muchas —le confirmó ella.

La última vez que sus cuerpos se unieron, Jackson y Tiffany ya no sabían si estaban follando o haciendo el amor. Quizá ambos preferían ni pensar en ello. Era demasiado complicado, demasiado problemático, demasiado... intenso. Arriesgaron hasta el final y solo se adecentaron cuando quedaban apenas diez minutos para que los guardas entraran para devolver a Jackson a aquella celda que cada día se le hacía más insoportable. Ahora que había

vuelto a probar las mieles de la libertad, que había catado durante unas pocas horas a la semana algo parecido a la vida de una persona normal... la idea de estar encerrado en aquellos pocos metros cuadrados le parecía más insoportable que nunca.

Cuando Tiffany ya se había acabado de vestir y nadie podría averiguar por su aspecto todo lo que había ocurrido en aquellas horas que habían dado un vuelco a su existencia, Jackson se acercó a despedirse. Todos los días se despedía de ella, aunque solo fuera dentro de su cabeza. Ni un solo día de los que había pasado en la cárcel había olvidado que podía ser el último. Y, si algo le ocurría, tenía muy claro que quería que ella fuera la última imagen que reprodujera su recuerdo. Ella desnuda, entregada a él, haciéndole olvidar durante los segundos que duraba un orgasmo que aquello era una cárcel y él un preso. Haciéndolo sentir normal.

Le apartó un mechón de pelo que se resistía a permanecer atado en la coleta. Lo dejó detrás de su oreja y, por el camino, le acarició el lóbulo. Los dos se dieron cuenta de que fue un gesto más cariñoso que sexual. Ella se ruborizó, le sonrió y se puso de puntillas para dejar un beso corto pero sentido sobre sus labios.

—Gracias —se le escapó a él.

—Ay. ¿Gracias por... esto? —Sus mejillas adquirieron un color púrpura al pensar que Jackson estaba dándole las gracias por una sesión de sexo. De primera categoría, eso sí.

—¡No! —Se carcajeó él, y ella se contagi—. Gracias por... por confiar en mí. Supongo que no es fácil.

—¿Sabes, Jackson? No me preguntes por qué, pero... confiar en ti ha sido increíblemente fácil.

Joe entró en ese momento, y ellos fueron rápidos. Fingieron que Tiffany estaba dando un repaso a aquellos contenidos en los que Jackson supuestamente flaqueaba, y se despidieron con fórmulas vacías hasta el día siguiente. La verdadera despedida había quedado entre ellos... y ya lo único en lo que ambos podían pensar era en cuándo volverían a tener una oportunidad de estar solos.

## 16

### No lo dejes

Jackson no apareció en clase al día siguiente. A Tiffany le extrañó, pero decidió no hacer preguntas que pudieran levantar más sospechas de las que ya podían flotar en el ambiente después del día anterior.

El problema fue que Jackson no apareció tampoco el siguiente día. Ni el que vino después. Una ausencia de un día era algo relativamente habitual entre sus alumnos, pero tres días, sin venir acompañados de ninguna explicación y sin que sus compañeros supieran tampoco a qué se debía – Tiffany tardó día y medio en preguntarles, pero al fin se atrevió a hacerlo... era demasiado. Además, tardó justo esos tres días en darse cuenta de que no preguntar por una ausencia tan reiterada de uno de sus alumnos podía ser precisamente más sospechoso que sí hacerlo.

La conversación que mantuvo con Joe la dejó desolada. Quizá incluso ese adjetivo se quedara corto. Jackson había decidido dejar las clases, le comunicó el guarda entre comentarios despectivos sobre la falta de constancia de los reclusos, su ausencia de gratitud hacia unos privilegios que, si de él dependiera, no tendrían, y otros muchos insultos que Tiffany ni siquiera escuchó porque lo único que había en sus oídos era el eco de su propio corazón rebotando contra su caja torácica. Sabía que la decisión de Jackson tenía que ver con ella. Con ella y con lo que había ocurrido durante la última clase. Y a la añoranza de él que sentía desde hacía tres días se acababa de unir la culpabilidad insoportable de pensar que él acababa de echar por tierra sus posibilidades de acortar su condena. La nube a la que la había subido todo lo ocurrido a comienzos de semana se había diluido y amenazaba con descargar un diluvio de lágrimas.

—¿Y por qué no se me ha comunicado antes? —acertó a preguntar, tratando de rescatar el mínimo de profesionalidad que le quedaba.

—El asistente social de su módulo está tratando de convencerlo. Le ha dado una semana para que se lo piense, aunque, si de mí dependiera...

—Sí, sí, ya me imagino —lo interrumpió, porque no podía aguantar ni un solo comentario más de alguien que, en realidad, ni siquiera se enteraba de lo que estaba ocurriendo con uno de los presos a quien debía vigilar.

Tiffany se apresuró a marcharse a su casa, pero, en el último momento, reculó y le pidió a Joe que le proporcionara una manera de ponerse en

contacto con el asistente social. Con algo de renuencia, le dio un correo electrónico en el que podría contactar con él. De camino a su apartamento, rogó a todos los dioses, y a las autoridades del estado de Kentucky, que no hubiera un control de velocidad en la carretera, porque entonces quizá también ella daría con sus huesos en Westmoore Fields, y no precisamente como profesora. Era tal la ansiedad que tenía por llegar a casa y ponerse en contacto con ese asistente social que era, en aquel momento, su único hilo de unión con Jackson, que su pie derecho adquirió vida propia sobre el acelerador.

No sabía muy bien por qué, pero el asistente social le cayó bien de inmediato. Quizá porque respondió a su correo a los pocos minutos de que ella se lo enviara. O tal vez la causa definitiva fue que aceptó, sin oponer demasiada resistencia, que ella misma intentara hablar en privado con Jackson para convencerlo de que volviera al curso. La cita sería al día siguiente, después de sus clases, en una sala de terapia habilitada para los presos que acudían a citas con asistentes sociales, orientadores laborales o psicólogos.

Tiffany ni siquiera supo qué contenidos había impartido durante seis horas. Se limitó a intentar hacer su trabajo lo mejor posible y a responder a las dudas de los alumnos. Bueno, solo de Walter, que era el único que parecía de verdad interesado en aprobar aquellas clases que lo acercarían un poco más a la libertad. Su mente estaba demasiado puesta en la cita con Jackson, y en el hecho de que, si no lograba convencerlo de que regresara al curso, aquella podía ser la última vez que lo viera.

En cuanto acabó con su horario habitual, la trasladaron a una sala que parecía más un pequeño despacho que otra cosa. Cuando la puerta se abrió, el impacto que sufrió fue tremendo, más de lo que le habría gustado, porque estaba segura de que Jackson había sabido leerlo en sus ojos. A las clases que impartía habitualmente, los reclusos asistían custodiados por los guardas, pero sin esposar. Sin embargo, en aquella ocasión, Jackson se presentaba frente a ella con las manos y los pies encadenados, el mono naranja que ya era la triste imagen que ella asociaba con él y, lo peor de todo, con la vergüenza pintada en sus preciosos ojos grises. Se le rompió el corazón en cuanto hicieron contacto con los suyos, pero tuvo que esperar a demostrarlo hasta que el asistente social salió por la puerta y se quedaron solos. Frente a frente con sus sentimientos.

—Jackson... —Tiffany se sentó y alargó su mano sobre el tablero de la

mesa para tocar la de él. Jackson hizo amago de apartarla, pero la tentación de seguir sintiendo tu tacto fue más fuerte que él y la mantuvo firme.

—Hola, Tiffany. No tenías que haber hecho esto. No hacía falta que...

—¿Qué ha pasado, Jackson?

—Nada, yo... Me queda menos de un año de condena, y con las clases solo la recortaría en unos pocos meses. Es absurdo que siga con unas clases que sabes que no me hacen falta.

—Jackson, ¿de verdad? ¿Me sigues considerando tan tonta como cuando nos conocimos?

—No. —Le sonrió, aunque había más amargura que humor en el gesto—. Claro que no.

—Pues entonces sabrás que no me creo ni una palabra de esa mentira de mierda que acabas de decirme.

Jackson guardó silencio. Las palabras le quemaban dentro, pero no quería pronunciarlas. Llevaba cuatro días viviendo una continua agonía en la que sus deseos chocaban frontalmente con lo que sabía que era correcto.

—La verdad, Jackson. ¿Por qué quieres dejar las clases?

—Porque no quiero que te mezcles con gente como yo. —Su sinceridad fue rotunda.

—¿Con gente como tú? ¿Qué tipo de gente eres tú?

—Soy escoria, Tiffany.

—¿Y por qué será que yo creo que no lo eres?

—Puede que antes no lo fuera.

—Cuéntame tu historia, Jackson.

—No puedo. Aún no —se le escapó a él en un susurro.

—¿Te das cuenta de lo que me dices? —Tiffany lo obligó a enfrentar su mirada y le sonrió, llena de esperanza por primera vez en días—. Dices que no quieres verme, pero me dices que «aún» no me quieres contar tu historia. Hablas de futuro sin darte cuenta siquiera.

—No puede haber ningún futuro entre tú y yo, Tiffany.

—¿Por qué? —le preguntó ella, llena de valentía, y se dio cuenta en ese preciso instante de que, aun sin saberlo, ya soñaba con un futuro al lado de Jackson.

—Porque ocho años aquí destrozan a cualquiera. Yo era un buen tío... —Suspiró, y le ofreció a Tiffany una mirada desolada que hizo que ella creyera escuchar cómo se le resquebrajaba un poco más el corazón—. Joder, Tiffany, te juro que yo era un buen tío antes de entrar aquí. Era... un chico normal.

—A mí me sigues pareciendo un buen chico. —La voz de Tiffany sonó entrecortada, como lo había hecho la de Jackson con su última frase. Ninguno de los dos lloraría ese día, pero las palabras de ambos eran más tristes que las lágrimas.

—No sabes todas las cosas que he hecho aquí dentro. He pegado palizas, he roto huesos, he amenazado de muerte, he aterrorizado a otros presos...

—¿Por qué?

—Porque no tardé en darme cuenta de que, aquí dentro, las únicas opciones son dar o recibir. Si fueras lista, debería darte miedo, joder.

—No me das ningún miedo. Tú... tú no.

—Entonces, ¿quién?

—Yo misma. Esto. Nosotros. Estoy muerta de miedo, pero no a quién eres o lo que hayas hecho aquí dentro. Tengo un miedo atroz a lo que siento, Jackson. A que no me quiero siquiera imaginar la idea de salir de este despacho y no volver a verte nunca.

—Ahora entiendo por qué no tienes miedo.

—¿Qué?

—No tienes miedo porque eres mucho más valiente que yo. Has dicho exactamente las palabras que yo no me he atrevido a decirte a ti. Pero ten claro que las siento. Las siento igual que tú.

—Vuelve a las clases, Jackson —le suplicó ella. Sabía que, si no aceptaba regresar en aquel momento, nunca lo haría.

—Volveré. —Tiffany sonrió, al tiempo que suspiraba aliviada, aunque aún le quedaba algo por escuchar—. Pero con una condición.

—La que quieras.

—Tienes que mantenerte alejada de mí.

—¿Qué?

—Lo que has oído, Tiffany. Se acabaron las clases a solas, las excusas, las miradas, los roces... Se acabó.

—De acuerdo.

—¿Sí? —le preguntó él, feliz por que ella hubiera aceptado sin oponer resistencia, porque estaba demasiado agotado emocionalmente para discutir.

—Sí, Jackson. Aquí está en juego algo mucho más grande que los sentimientos. Tú me lo dijiste un día: siete años y medio aquí son un infierno, pero ocho... ocho años son un infierno seis meses mayor.

Jackson le reconoció la sabiduría que encerraba esa frase con un leve asentimiento de cabeza, aunque le habría gustado decirle muchas cosas.

Gracias, para empezar. Y que quizá no había estado acertada al decir que su situación en la cárcel era algo más importante que los sentimientos porque, por momentos, a Jackson le parecía imposible que hubiera algo más grande que esa sensación que se le instalaba en el pecho cada vez que la tenía delante.

No se despidieron de ninguna forma especial. Ya no tenía sentido. Los dos sabían que habían tomado la decisión más adulta, la más responsable, pero eso no impedía que un halo de tristeza los sobrevolara y no tuvieran muy claro si estaban deseando que llegara la siguiente clase o no.

Pero llegó. Y, con ella, el nuevo estatus de la relación profesora-alumno entre Jackson y Tiffany. Habían dado tantas vueltas en los meses que habían transcurrido desde aquel diez de agosto que había dado el pistoletazo de salida a todo que era un milagro que no se hubieran vuelto locos.

Cumplieron su palabra y se mantuvieron alejados. Tan alejados que, a veces, sus miradas se rebelaban contra esa distancia y los mantenía unos segundos atados, unidos. Hasta que alguno de los dos se daba cuenta de lo que habían pactado y apartaba la vista. Era una tortura. Una dulce tortura.

Habían pasado algunas semanas y Tiffany se dio cuenta de que no podía más. Que una parte de ella era feliz, muy feliz, por poder seguir viendo a Jackson cada día. Prefería no preguntarse de qué sentimiento surgía esa necesidad de tenerlo cerca. Pero el problema era que no lo tenía cerca. Que era insano desear tanto a alguien, tener tantas ganas de compartir con él un momento íntimo –y no pensaba solo en sexo–, y que fuera imposible porque los dos habían decidido que lo fuera. Era como estar a dieta y vivir permanentemente dentro de una pastelería repleta de delicias cubiertas de chocolate.

Una noche, una más de aquellas noches de insomnio provocado por el mal cuerpo que siempre le dejaban las clases, tomó una decisión. Su relación –o lo que fuera– con Jackson sería imposible mientras él siguiera siendo un preso y ella su profesora. Pero en pocos meses Jackson saldría de Westmoore y no había ninguna ley, norma o pacto que impidiera que se dieran una oportunidad. Aunque solo fuera de conocerse en igualdad de condiciones.

Y, para conocer a Jackson, Tiffany necesitaba conocer las circunstancias exactas que lo habían llevado a la cárcel. Entre las confesiones que él había dejado caer a muy pequeñas dosis y la realidad de cómo Tiffany había llegado a conocerlo, estaba ya convencida de que había mucho más de lo que parecía tras aquella sentencia que le había destrozado la vida. Quizá ocho

años en la cárcel fueran solo la punta de un iceberg más profundo, cuyo alcance ella era incapaz de prever.

Tendría que contárselo él. Y solo se le ocurría una forma de que lo hiciera.

—Podéis guardar los libros y los cuadernillos de ejercicios. —Fue lo primero que les dijo a la mañana siguiente, en cuanto los cuatro alumnos estuvieron sentados en sus lugares en la biblioteca—. Hoy vamos a dedicar la jornada a algo diferente. —Notó los ojos de los cuatro reclusos fijos en ella. Tres pares la miraban con curiosidad, porque una novedad dentro de la cárcel era casi siempre una buena noticia. Los de Jackson, en cambio, la escrutaban con sospecha—. Quiero evaluar vuestra capacidad para expresaros por escrito, será algo importante en vuestro futuro fuera de aquí y quiero que lo trabajemos.

—¿Tenemos que escribir una redacción? ¿Sobre nuestras últimas vacaciones de verano, por ejemplo? —se burló Brian.

—Pues algo así. Quiero que escribáis algo real, verdadero, no unas pocas frases hechas para cubrir el expediente. Sabéis que yo no os pongo las notas finales, así que no os voy a mentir: si no lo hacéis, no tendréis penalización. Pero, si decidís hacerlo, quiero que seáis sinceros. Es lo único que importa.

—¿Sobre qué tenemos que escribir? —preguntó Walter, algo preocupado por aquella tarea que probablemente consideraría muy lejos de sus posibilidades académicas.

—El tema es libre. Podéis escribir una carta, una redacción... lo que queráis. Como si le estuvierais escribiendo a alguien cercano. —Sus ojos se posaron sobre Jackson con la esperanza de que él entendiera hasta qué punto aquella actividad iba dirigida a él—. Una carta a alguien a quien echéis de menos, una protesta a la dirección de la cárcel sobre algún tema que consideréis injusto, un poema, una canción, una confesión... Lo que os salga de dentro.

—¿Y cuánto de larga tiene que ser? —Walter parecía el único interesado en la tarea, aunque Tiffany podía leer cierto interés en otra mirada.

—La extensión mínima es de medio folio. La máxima... el infinito. No quiero que un límite os condicione. Y, por descontado, todo lo que escribáis será confidencial. En cuanto las corrija y os comente qué podéis mejorar en ellas, las destruiré. —Paseó su mirada sobre aquel variopinto grupo de alumnos—. ¿Preparados?

Nadie protestó y Tiffany repartió unos folios para que se encomendaran a

la tarea. Ella dedicaría la clase de ese día a corregir unos cuantos cuadernillos de actividades que se le habían quedado atrasados. Observó cómo Walter ponía su *cara de pensar* y no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa. José y Brian no parecían estar poniendo demasiado empeño en la tarea, y la sorprendió ver a Jackson escribir y tachar de forma casi continua. Solo esperaba que estuviera haciendo lo que ella esperaba.

—¿Puedo...? ¿Puedo entregarlo mañana? —le preguntó Jackson cuando la clase estaba llegando a su fin.

—¿No te han llegado seis horas para escribir? ¿Qué estás contando, Jackson? —Brian se la estaba jugando con ese atrevimiento, pero Jackson ya solo podía pensar en lo que estaba escribiendo, no en la actitud del más insolente de sus compañeros—. ¿Dónde guardas el dinero que ganaste vendiendo toda esa coca?

—Brian, silencio —ordenó Tiffany—. Sí, Jackson, no hay ningún problema con que lo entregues mañana.

Recogió sus cosas, guardó las tres redacciones que sí le habían entregado en su maletín y se marchó a su casa.

Al mismo tiempo, en su celda, Jackson exorcizaba todos sus demonios. Nunca le había contado a nadie su verdad. Jamás. Solo había una persona en el mundo que conociera el verdadero motivo por el que había pasado los últimos siete años de su vida entre los muros de una prisión de máxima seguridad. Y esa persona lo sabía porque lo había vivido a su lado, no porque él se lo hubiera contado. Desde que había entrado en la cárcel, había convertido la realidad en ficción y la ficción en realidad. Era la única opción que tendría para sobrevivir.

Se recostó en su camastro con los folios apoyados sobre sus muslos y el lápiz entre los dedos. Su compañero de celda, para variar, le dejó intimidad y silencio, justo lo que no había tenido durante toda la clase. No había sido capaz de escribir la verdad allí, rodeado por sus tres compañeros y con Tiffany a dos pasos de distancia.

Tiffany... ella era el motivo de aquella tortura que suponía sacar a los demonios del armario y recordar los días que habían cambiado su vida. Los que lo habían destrozado. El momento en que había tenido que tomar una decisión que cambiaría el resto de su existencia, por el simple hecho de que no había encontrado otra opción. Aún hoy creía que no la había. Quizá esa certeza fuera lo único que lo había mantenido cuerdo.

Escribió y escribió porque necesitaba que Tiffany supiera la verdad. Su

verdad. Sabía que había un punto de orgullo en esa necesidad. Quería que ella, la única persona que lo había hecho sentir algo en lo que le parecía una eternidad de tiempo, supiera que él no era un delincuente. No el delincuente que parecía, al menos. Pero también se dio cuenta, cuando llevaba ya un par de folios escritos, de que sacarse de dentro aquello era algo que venía necesitando desde hacía demasiado tiempo.

La noche empezaba a caer sobre Kentucky cuando afrontó la parte más dura de aquella carta. La verdad. La confesión. No pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas, y agradeció la intimidad que le proporcionaba el exiguo espacio de su litera.

La acabó. No la firmó porque, en el fondo de su alma, aún era un paranoico, y tuvo pánico a que alguien la interceptara. Por eso tampoco había usado nombres reales, solo iniciales, en su relato.

Al fin Tiffany sabría toda la verdad.

Al fin podría juzgarlo por quién era en realidad.

Dobló los folios, los custodió bajo su almohada y apenas fue capaz de conciliar el sueño en toda la noche. Estaba impaciente por que llegara la clase del día siguiente. Impaciente por que ella leyera lo que había tenido que decirle. Impaciente por demostrarle que su experimento –porque estaba seguro de que esa había sido la intención de ella– había funcionado. Que se había abierto con ella como con nadie en toda su vida. Porque sentía algo. Y quería que ella también lo sintiera por él.

Al día siguiente... la suerte estaría echada.

## La confesión de Jackson

*Había una vez una familia perfecta. Un padre y una madre que se habían conocido en la universidad y que habían trabajado duro durante años para sacar adelante su empresa. Dedicaron a ello los años de su juventud, codo con codo, como las personas enamoradas que eran. Se querían tanto que cualquier proyecto común se convertía en una ilusión por la que no les importaba redoblar esfuerzos.*

*Cuando rozaban la treintena, se dieron cuenta de que el trabajo no lo era todo. Habían llegado alto, mucho más alto de lo que nadie habría podido imaginar con su empresa, que había estado en el lugar adecuado en la década en la que la tecnología había cambiado el mundo. Pero para ellos ya no era suficiente poder comprarse cada año un coche nuevo y cada lustro una casa más grande. Querían una familia de verdad con la que llenar esa casa. Niños, muchos niños.*

*El mayor se llamó J y nació un día de verano. Su madre dijo entonces que ese siempre sería su ojito derecho, el primogénito, el que le había regalado el día más feliz de su vida hasta la fecha. Cuando J tenía poco más de un año, volvió a quedarse embarazada y, nueve meses después, nació D. La historia se repitió un par de años después, y llegó C. Tres niños en poco más de cuatro años, que llenaron la casa familiar de juegos, gritos, pañales y mucha, muchísima, felicidad. La dicha de los padres era inmensa, pero la madre tenía un capricho que el padre nunca le quiso negar. Se había cansado del color azul, de los juegos de chicos, de las peleas y los balones de fútbol. Quería una princesa, un cuarto de color rosa y poner lazos en el pelo. Así que fueron a por la niña. De nuevo a los dos años del último nacimiento, los padres se dirigieron ilusionados a una sala de partos. Entraron dos personas y deberían haber salido tres, pero las matemáticas fallaron. No fue una niña la que nació, sino el cuarto chico, B. Pero nadie se decepcionó por aquello porque una pena mucho más inmensa cubrió de luto a la familia. Una hemorragia no controlada durante el parto se había llevado a la madre.*

*J fue el único de los niños consciente de lo que había pasado, de lo que habían perdido. El padre estaba desolado, había perdido al amor de su vida y no era capaz de prestar demasiada atención a sus hijos. Un par de niñeras se encargaban de los aspectos prácticos, pero J notaba en la cara de D y C*

que les faltaba afecto. Que ya no tenían una madre que los arropara cada noche y les recordara lo muchísimo que los quería. Y no volverían a tenerla jamás. Así que J tomó la única decisión que supo, cuando solo tenía seis años y estaba tan triste como todos los demás: se convertiría en el protector de sus hermanos, en la persona que les daría todo el cariño que necesitaran, en el summum del concepto ‘hermano mayor’.

La tristeza se fue aplacando a medida que iban creciendo. Y se fue convirtiendo en un vínculo tan fuerte que parecía que nada lo rompería jamás. Su padre nunca había vuelto a ser el mismo que antes de perder a su mujer, así que los hermanos tuvieron que aprender a arreglárselas solos en eso de buscar amor familiar. Y lo hicieron muy bien. Crecieron convertidos en una gran pandilla de amigos, a pesar de sus diferentes edades. D siempre había sido el más intrépido y arrastraba a los demás a cometer travesuras por las que sus cuidadoras los castigaron más veces de las que podían recordar. C quería imitar a toda costa a sus dos hermanos mayores, así que aprendió a nadar, a montar en bicicleta o a jugar al fútbol antes que ningún niño de su edad, y eso lo convirtió en el deportista de la familia. Y a B todos lo protegían. J no podía evitar que se le rompiera el corazón cada vez que pensaba que él sería el único que jamás atesoraría un solo recuerdo de su madre, aunque eso también lo había librado de la pena que él siempre llevaría consigo al pensar en cuánto la echaba de menos.

J estaba orgulloso, desde muy niño, de haber conseguido su objetivo: sus hermanos siempre lo tuvieron como referente y no había un solo problema para el que no contaran con él. Por afinidad de edades o quizá porque los polos opuestos se atraen, y ellos no podían ser más diferentes, J y D siempre tuvieron una relación especial. Hay quien llama ‘hermano’ a su mejor amigo, pero J se enorgullecía de poder llamar ‘mejor amigo’ a su hermano. A pesar de que no se parecían demasiado, había gente que pensaba que eran gemelos, porque pasaban juntos todo el tiempo del mundo. Practicaban los mismos deportes, leían los mismos libros, salían con los mismos amigos y hasta les gustaban las mismas chicas. Eso precisamente, las chicas, provocó las únicas disputas entre ellos en la adolescencia, aunque siempre se solucionaban rápido y sin que la sangre llegara al río.

Las cosas empezaron a cambiar cuando J se fue a la universidad al otro lado del país. Acababa de cumplir dieciocho años y, aunque le dolía en el alma separarse de sus hermanos, sabía que la vida continuaría y que nada podría hacer que perdieran ese vínculo tan especial que tenían desde la

infancia. B lloró al decirle adiós en el aeropuerto, C quiso meterse en el papel de líder del grupo que quedaba vacante diciéndole que cuidaría de los otros dos y D se derrumbó un poco al decirle que no tenía ni idea de qué iba a hacer sin él.

Cuando J volvió a casa para pasar la Navidad, se dio cuenta de que algo le ocurría a D. Tenía dieciséis años y estaba un poco más descontrolado de lo que se podía esperar. J no se iba a asustar; él también se había emborrachado cuando estaba en el instituto, había probado la marihuana y se había escapado a fiestas en las que no tenía edad para entrar. Pero notaba algo raro en D, sobre todo en la manera en que le rehuía la mirada cuando le preguntaba qué tal iba todo. Incluso le preguntó a C qué opinaba del tema, pero el tercero de los hermanos era aún demasiado pequeño para analizar bien la situación.

J volvió a la universidad con el comienzo de año y no pudo regresar a su casa hasta el siguiente verano. Pensaba hacerlo en las vacaciones de Pascua, pero sus compañeros planificaron un viaje de desfase universitario y él no dudó en unirse a ellos. Las cosas le iban de maravilla en la universidad: estudiaba, sí, pero sobre todo se divertía. Había hecho nuevos amigos, se había acostado con decenas de chicas y no había una sola fiesta en el campus que no contara con su presencia. Seguía hablando con sus hermanos casi a diario y, aunque sentía que algunas cosas no iban del todo bien, había decidido no darles demasiada importancia. Si hubiera algún problema realmente importante, D se lo diría.

Pero no lo hizo. Fue C el que lo informó, al volver a casa aquel verano, de que D estaba un poco descontrolado. Salía todos los fines de semana, llegaba a casa de madrugada, había empezado a fumar y su ropa olía a alcohol y a marihuana incluso en días de semana. Su padre viajaba mucho y las cuidadoras estaban más afanadas en los dos pequeños que en él, que, con diecisiete años cumplidos, se consideraba muy autosuficiente.

J pasó aquel verano más tiempo que nunca con D, si es que aquello era posible. Él también era un adolescente, así que no tuvo problema en irse con su hermano de fiesta, compartir con él algunas cervezas robadas del frigorífico de casa o fumarse algún cigarrillo a medias en el balcón que comunicaba sus habitaciones. Pero siempre lo advirtió de que debía ser un divertimento ocasional y no algo que se convirtiera en el centro de su vida. Que salir estaba muy bien, pero que ya tendría tiempo de experimentarlo todo cuando estuviera en la universidad. Que si se enteraba de que estaba

*bebiendo demasiado o tonteando con las drogas se plantaría en casa en lo que tardara en coger un avión y lo delataría delante de su padre.*

*Pero J solo tenía diecinueve años y ninguna experiencia en cómo educar a un adolescente rebelde. Y sabía que amenazar a D con delatarlo ante su padre serviría de bien poco; D sabía que jamás lo haría. Además, no habría nada que su padre pudiera hacer si J no lo conseguía. Todos los hermanos lo respetaban más a él que al cabeza de familia.*

*J volvió a la universidad más tranquilo de lo que había llegado. El verano había sido fantástico y, si bien reconocía que D estaba un poco más desfasado de lo que sería conveniente a los diecisiete, no había nada que indicara que hubiera dejado de ser el hermano al que siempre había adorado por encima de todas las cosas.*

*Pero se equivocaba.*

*El último año de instituto de D fue un infierno. No sé si para él, pero, sin duda, sí lo fue para J. C, pese a sus quince años, había madurado muchísimo, y mantenía a J informado de todo lo que lo preocupaba de la vida de D. Según su hermano pequeño, D bebía demasiado, fumaba como un carretero y escondía porros en casa. En el instituto se rumoreaba que andaba con malas compañías y sus notas empezaban a caer en picado. J hizo lo que pudo para que confesara sus problemas en las visitas, cada vez más frecuentes que realizaba a su casa. Pero estar en la otra costa impedía que pudiera hacer el seguimiento que querría de la vida de su hermano.*

*La gota que colmó el vaso llegó cuando el curso estaba casi terminando. C lo llamó una noche, con la voz entrecortada, para contarle que unos amigos suyos habían intentado conseguir marihuana y que quien siempre había sido el camello del instituto los había remitido a D, que era quien controlaba entonces toda la venta de droga dentro del centro. J hizo el último examen de su segundo curso en la universidad con el pensamiento puesto en el avión que lo llevaría esa misma tarde a casa, a hacerse cargo de la situación como el hermano mayor protector que un día se había jurado ser.*

*Aquel verano fue muy diferente al anterior. D tardó una eternidad en confesarle que sí, que estaba trapicheando con marihuana en el instituto, y J tuvo la sensación de que callaba más de lo que contaba. Pero tuvo una sensación aun peor. Cada vez tenía más clara en la cabeza la idea de que D mantenía ese negocio para sostener su propia adicción. No se le escapaban los temblores en las manos de su hermano, ni cuánto había bajado de peso ni*

*el nulo interés que mostraba en cualquier actividad que no fuera salir por la noche y llegar a casa después del amanecer. Sus sospechas se acrecentaron cuando C le contó que lo escuchaba muchas noches vagar por la casa, sin ser capaz de dormir, y la confirmación definitiva llegó en una noche de fiesta en que lo encontró en el cuarto de baño de una discoteca metiéndose un par de rayas de coca.*

*J lo hizo todo mal. Debería haber llamado a su padre y pedirle que internaran a D en algún lugar donde se pudiera deshacer de sus adicciones. Pero lo cegó esa lealtad mal entendida que se habían tenido todos los hermanos desde niños y que hablaba de encubrirse unos a otros ante el padre. Así que hizo lo único que supo en aquel momento: convencer a D de que se matriculara en la misma universidad que él, llamar a su residencia de estudiantes y pedir una habitación doble para los dos y ponerse al mando de la terapia para desintoxicarlo de toda aquella mierda que llevaba metiéndose más tiempo del que J imaginaba.*

*A finales de agosto, volaron ambos juntos a la universidad. D era incapaz de mantenerse quieto en el asiento del avión, y J lo miraba con la preocupación reflejada en la cara. D intentó convencerlo de que era solo el mono que tenía de fumar, quizá porque esa era la única adicción que se atrevía a confesar delante de su hermano.*

*Las cosas no hicieron más que empeorar. J tardó años en darse cuenta de que un campus universitario no es, ni de lejos, el mejor lugar para mantener a un adolescente apartado del alcohol y las drogas. Por más deportes a los que se apuntaron juntos, por más charlas que tuvieron antes de dormir, por más esfuerzo que J puso en la tarea... él mismo se daba cuenta de que D estaba cada vez más enganchado. Hasta que, una noche, se derrumbó.*

*J no podría olvidar jamás cómo su hermano pequeño, el mejor amigo que había tenido en toda su vida, había llorado durante horas entre sus brazos, incapaz de controlar una adicción que había empezado como todas, como un tonteo, y se había convertido en la peor pesadilla de su vida. Le contó todo: que consumía a diario; que fumaba porros para relajarse de la euforia de la coca y tomaba coca para subir del bajón de los porros; que había entrado así en una espiral de inestabilidad emocional que sabía que le provocaban las drogas pero que, al mismo tiempo, solo sabía controlar recurriendo a ellas; que se había dedicado a vender marihuana en el instituto, pero que en la universidad había dado un salto de nivel y era el*

suministrador habitual de cocaína en las fiestas universitarias de un par de fraternidades.

J decidió que hablaría con su padre durante las vacaciones de Navidad y, aunque aterrado, D estuvo de acuerdo. Faltaban solo unos días, y lo único que podía hacer J era cruzar los dedos para que D sobreviviera hasta volver a casa. Cada día eran más evidentes los síntomas: las ojeras, el temblor, la pérdida de peso, los tics, la ansiedad, la angustia... Cada noche volvía a la habitación que compartían colocado, y siempre le pedía perdón a J antes de dormir. Y J no sabía cuál de esos dos hechos le rompía más el corazón.

El día anterior al regreso a casa, y de lo que J esperaba que fuera el comienzo de la solución al problema más grave al que había tenido que enfrentarse en toda su vida, un vendaval asoló su dormitorio en la residencia universitaria. Un vendaval en forma de seis policías, armados con pistolas y dos perros de detección de drogas. D estaba en clase, o eso había dicho, aunque J sospechaba que, probablemente, se estaría pegando un último homenaje con el puto polvo blanco que lo había convertido en un fantasma.

La policía encontró medio kilo de cocaína en aquel dormitorio, y J se encontró esposado antes de poder decir nada. Durante el traslado en el asiento trasero de un mugriento coche de policía, tuvo tiempo de evaluar la situación con mucha más frialdad de la que la situación requería. No había tiempo de lloros, de gritos ni de lamentos. Tampoco de una llamada a casa para que su padre solucionara la situación. Alguien tendría que pagar con muchos años de cárcel por el delito de vender droga en el campus universitario, a alumnos que en algunos casos serían menores de edad. Y J sabía, incluso antes de conocer la realidad de una cárcel, que su hermano no sobreviviría allí dentro. La adicción lo mataría, o acabaría degradándose a hacer cualquier cosa para conseguir una dosis de aquella droga que todo el mundo sabía que estaba prohibidísima dentro de las prisiones, pero que también todo el mundo sabía que vagaba por ellas como Pedro por su casa.

J había logrado comprender, después de leer algunos libros, que su hermano no era un cabrón vicioso. Que era un enfermo. Y la cárcel era el peor lugar del mundo para curar una enfermedad como aquella. Recibiera la sentencia que recibiera, para D sería una pena de muerte. No saldría con vida de allí, y J estaba dispuesto a cualquier cosa para salvar la vida de uno de sus hermanos. Se habría dejado matar sin dudar por salvar a cualquiera de ellos. Quizá más a D que a ninguno. Quizá más en aquel momento que en ninguno.

*La culpabilidad por no haber sabido encontrar una solución mejor al problema de su hermano y la promesa que hizo el día que había muerto su madre de proteger a sus hermanos siempre, a cualquier precio, hizo que J tomara la decisión que marcaría el resto de su vida. Que marcaría a su familia para siempre. Cuando la policía le preguntó a quién pertenecía esa droga que había aparecido en su dormitorio, contestó sin titubear que era suya.*

*Aquel día murió J, el chico despreocupado y feliz que quería a sus hermanos sobre todas las cosas y que soñaba con dirigir las empresas de su familia mano a mano con su padre. Aquel día nació J, el presidiario que iba a perder los mejores años de su vida para salvar a la única persona a la que quería más que a sí mismo.*

*Y el resto... es historia.*

## Nuestra semana de ¿amor?

Jackson había llorado escribiendo esa carta, y Tiffany no pudo dejar de hacerlo cuando la leyó. Agradeció haberlo hecho en su casa, a donde se llevaba a veces trabajo por terminar, en lugar de en la propia biblioteca, en la que habría dado un espectáculo lacrimógeno sin precedentes. Porque aquella carta —no era una redacción, ella sabía que era una carta, dirigida a ella, además— era la verdad de Jackson. Toda. Sin tapujos y sin medias tintas. La historia de un hombre con la vida truncada por la lealtad y el amor hacia su hermano.

A medianoche, ya había perdido la cuenta de cuántas veces la había releído, pero sí sabía que, en cada una de ellas, se había ido enamorando un poco más de Jackson, por más que aquella palabra todavía le diera vértigo.

Las vacaciones de Pascua estaban próximas y, antes de ellas, llegaría el examen del segundo trimestre. Era casi el examen definitivo, ya que el último bloque del curso sería tan corto que apenas daría tiempo de evaluar nada nuevo. Y Tiffany necesitaba que Jackson hiciera una locura, aunque algo le decía que él estaría de acuerdo con sus propósitos.

En cuanto llegó a la cárcel al día siguiente, se lo pidió.

—¿Quieres que suspenda el examen a propósito? —le dijo él, entre susurros, aunque su tono delataba tanta sorpresa que bien podría haber gritado.

—Vamos, Jackson... Ni que fuera la primera vez —se burló ella.

—Pero... ¿por qué?

—¿En serio necesitas que te responda a eso? —El tono de voz de Tiffany fue una mezcla de coqueteo, autoafirmación y una certeza tan profunda que Jackson ni siquiera se planteó negarse.

Pasó el examen y tres de los alumnos aprobaron. Tiffany se alegró sinceramente de que Brian, Walter y José estuvieran tan cerca de conseguir su objetivo, y no pudo evitar que le diera un poco la risa al ver las absurdas respuestas de Jackson a aquel examen. Había suspendido y también se había burlado un poco del comité educativo. Los dos lo habían hecho, en realidad.

El primer día que Jackson entró solo en la biblioteca, Tiffany creyó que su corazón iba a salirsele del cuerpo. Lo notaba palpitar en el pecho, pero también en la garganta, en las palmas de las manos, en la tripa... y un poco

más abajo. Ni siquiera se saludaron, después de que los guardas cerraran la puerta y los dejaran a solas. Solo se abalanzaron el uno sobre el otro, en un beso que no era el primero, pero pareció que inauguraba una nueva era entre ellos. Una en la que ya no habría secretos, ni medias verdades ni... nada. Jackson se había desnudado en esa carta, ella lo había hecho en el momento en el que le había pedido que se quedaran solos una semana.

Fue difícil para ambos cuantificar el tiempo que habían pasado besándose. Podría haber sido un mes, que se les habría hecho corto. Cuando sus lenguas se desenredaron, no se separaron. Tiffany abrió los ojos, pero Jackson no lo hizo. Se quedó allí, pegado a ella, con la frente apoyada sobre la suya, una expresión entre torturada y de alivio, y la respiración errática.

—Lo siento, Jackson —le dijo ella, entre susurros—. Siento muchísimo lo que te pasó. Siento muchísimo haber creído alguna vez que eras culpable. Siento... siento que el mundo te haya considerado culpable.

Él no supo qué responderle, así que se limitó a encogerse de hombros, antes de abrazarla con una intensidad que sorprendió a Tiffany, especialmente al sentir que Jackson temblaba y su pecho subía y bajaba a toda velocidad con una respiración jadeante.

—Esa carta... esa carta a ti... —logró decir entre jadeos. Parecía a punto de derrumbarse, de llorar, de que la coraza que llevaba siete años construyéndose desapareciera como un velo llevado por el viento—. Esa carta es lo más cerca que he estado de un ser humano en siete años.

Tiffany se emocionó al escuchar sus palabras, y se separó un poco de él para acariciar sus mejillas con el dorso de la mano. Él pareció estremecerse al contacto. Se sentaron en la mesa que solía ocupar él y, simplemente, hablaron.

Hablaron de todo y de nada. Descubrieron detalles absurdos el uno del otro, como que a Tiffany le encantaban las aceitunas o que a Jackson le daban pánico las películas de terror. Ella le contó toda la frustración que le provocaba no haber sido tomada en serio nunca por sus padres, y él se sintió afortunado, dentro de su desgracia, por la relación que había construido con sus hermanos a lo largo de los años. Su ausencia le dolía de una forma casi física, como si, al despedirse de ellos en aquella fría sala de un juzgado, se le hubiera abierto un agujero en el pecho que, lejos de cicatrizar con el tiempo, se había ido haciendo más profundo, más doloroso, más infectado.

El primer descanso llegó casi sin que se dieran cuenta y fue un pequeño milagro que los guardas no los encontraran en una posición que desprendía

familiaridad en lugar de una relación profesora-alumno. En el segundo bloque de clases, Jackson le habló a Tiffany de sus miedos. A no ser capaz de reintegrarse en una vida normal, a llevar para siempre la etiqueta de expresidiario y, el más fuerte de todos, a no poder recuperar a sus hermanos. A que no estuvieran bien. A que hubieran dejado de quererlo.

Tiffany, llegado ese punto, ya solo tenía un miedo: no vivir junto a él todo lo que el futuro les tuviera preparado.

Llegó otro descanso, otro bloque de clases, más confesiones y besos robados. Nada estaba yendo como Tiffany había imaginado que iría. No había habido cuerpos desnudos, tangas arrancados, palabras obscenas susurradas que la hicieran temblar... pero no cambiaba nada de lo que habían vivido por un rato de sexo, por mucho que le apeteciera.

—¿A dónde irías ahora mismo si pudieras? —se atrevió a preguntarle ella después de un silencio cómodo, más cómodo de lo que imaginaron que podría ser en aquel lugar y aquellas circunstancias.

—Si pudiera... —Jackson suspiró, como si el aliento pudiera llevarse el peso que la falta de libertad le cargaba sobre los hombros—. Si pudiera, te llevaría a ver las estrellas. Es un topicazo, ya lo sé, pero... no sabes cuánto se echa de menos ver el cielo cuando estás aquí encerrado. Nos iríamos en mi coche lejos, muy lejos. Eso también es porque me muero por volver a conducir. —Le sonrió, y ella le imitó el gesto, aunque con una mueca triste, porque cada día era más consciente de que actos tan cotidianos como conducir, ver el cielo o comer lo que quisiera cuando quisiera, por ejemplo, eran sueños inalcanzables para Jackson desde hacía años—. Iríamos a donde la luz artificial no nos impidiera ver las estrellas en todo su esplendor. Y nos pasaríamos horas mirándolas, en silencio.

—¿Y qué más?

—Y te besaría. Todo el rato, sin preocuparme por que alguien pudiera descubrirnos o por el tiempo que nos quedara. Te besaría sin parar, en todas partes. En *todas* —enfaticó, con una sonrisa hambrienta que a Tiffany la dejó casi sin habla.

—Eso podrías haberlo hecho hoy.

—Ya. —Él se puso en pie de un salto e hizo un gesto hacia el reloj de la biblioteca—. Pero, aunque muy lejos de lo que soñaría si tuviera libertad, esta es nuestra primera cita. Y, aunque puede que esta noche me torture por ello, me apetecía más hablar contigo que...

—¿Que...? —Tiffany se burló con una risita socarrona.

—Que follarte hasta que pierdas la cabeza —le susurró al oído.

Tiffany no tuvo tiempo de contestarle, porque justo entonces entró Joe para llevárselo a su celda. Ya lo echaba de menos cuando aún sus pasos resonaban por el pasillo.

El segundo día las palabras quedaron aparcadas durante un rato. En cuanto Jackson se aseguró de que los funcionarios ya no podían verlos, se acercó a Tiffany como una exhalación y la besó como si se le fuera el alma en ello. Porque... se le iba el alma en ello.

—Me arrepentí durante horas de haberte dejado escapar ayer.

Esa declaración de intenciones fue lo único que Tiffany escuchó antes de que Jackson la alzara un poco en brazos y la sentara en la mesa de la tarima del aula. Deslizó las yemas de sus dedos desde los tobillos de Tiffany hasta sus muslos, y ella sintió que un reguero de llamas ardía en las zonas que él había tocado. Le dio un beso breve, un beso que era una promesa de lo que estaba por venir, antes de caer de rodillas ante ella y hundir la cabeza entre sus piernas.

Tiffany creyó que moriría en un jadeo. La lengua de Jackson la torturaba de la manera más dulce que conocía. Sus dedos se curvaron alrededor del borde de la mesa, como si aquel lugar pudiera darle la estabilidad mental que el mejor envite de sexo oral de la historia le estaba robando. Cuando estaba a punto de correrse, Jackson pareció pensárselo mejor y se acercó a besarla. Sus bocas se unieron y Tiffany notó su propio sabor salado en la lengua de Jackson. Echó de menos sentirla entre sus piernas, pero apenas le dio tiempo a lamentarse porque Jackson la penetró tan fuerte que sintió ese placer intenso que llega acompañado del dolor.

—No voy a durar mucho porque... joder, podría correrme solo con mirarte —confesó Jackson.

Tiffany no fue capaz de contestarle con palabras. Lo hizo aferrándose fuerte a sus hombros, clavándole las uñas en un movimiento que no hizo más que espolear a Jackson, y derretirse entre sus brazos como la primera vez. Como la segunda. Como todas. No sabía cuántas veces más tendrían la oportunidad de hacerlo, pero no le cabía duda de que todas serían mejores que la anterior. Estuvo a punto de echarse a reír cuando pensó en que había existido un día en que pensó que jamás compartiría un orgasmo con otra persona.

Se corrieron juntos, entre gemidos que controlaron contra su voluntad para impedir que los descubrieran, y se quedaron unidos tanto tiempo que

creyeron haberse fundido en un solo ser.

El primer día había sido solo palabras, y el segundo fue todo acción.

El tercero... fue una buena mezcla de ambos.

Jackson y Tiffany parecían haberse tomado la medida mutuamente, hasta el punto de que los dos se preguntaban qué habían hecho con sus vidas hasta que se habían encontrado. Encajaban a la perfección, en todos los sentidos posibles del término, y sabían que jamás se cansarían de hacerlo. Pero incluso Jackson, que siempre había sido aficionado a las huidas rápidas después del sexo, encontraba toda la comodidad del mundo en quedarse charlando con ella durante horas. Y Tiffany, que no había encontrado apenas empatía en toda su vida entre la gente con la que se había criado y con la que compartía origen, aficiones, edad, ciudad y estudios, sentía que había encontrado a su alma gemela en el lugar más insospechado.

Llegó el viernes y, con él, el sabor amargo de la despedida. De la incertidumbre, mejor dicho. La de no saber cuándo volverían a tener una oportunidad de estar a solas. Tiffany echaba cuentas de los meses que le quedaban a Jackson de condena, que serían muchos menos si aprobaba el curso, cosa que no cabía duda de que haría. Quizá en tres o cuatro meses él pudiera estar en libertad. Quizá podrían esperar con los brazos abiertos lo que la vida les tuviera preparado.

—Deja de hacer planes de futuro —la reprendió él, aunque con una sonrisa cariñosa, cuando fue evidente lo que ocupaba su cabeza, tras unas cuantas preguntas sobre la sentencia exacta, las fechas de entrada en prisión y el calendario de instituciones penitenciarias.

—¿Por qué? —Ella ni siquiera se molestó en preguntarle cómo lo había adivinado. A esas alturas ya sabía que Jackson estaba dentro de su cabeza. Como de su corazón o de su piel.

—Porque el futuro es incierto aquí dentro. Siempre te lo he dicho. La vida y la muerte en este lugar están separadas por líneas muy finas y muy frágiles.

—¿Y ahí afuera?

—¿Cómo?

—¿Es incierto el futuro ahí afuera?

—Supongo... Quizá para alguien como yo siempre lo será —aceptó él con pesadumbre.

—O quizá alguien como tú tenga más herramientas que nadie para hacer frente a cualquier adversidad.

Jackson la abrazó, agradeciéndole sus palabras de consuelo. Él sabía que la vida fuera no era fácil, pero estaba deseando tener la oportunidad de aferrarse a ella. Y soñaba con hacerlo con Tiffany de la mano, aunque jamás le pediría a ella que renunciara a nada por estar junto a él. Tal como había aprendido a lo largo de siete interminables años, lo mejor era no hacer planes, no pensar en el futuro; solo dejar que transcurrieran los días, las semanas, los meses...

—Me gustas, Tiffany —se le escapó, en un susurro. Con todo lo que habían vivido esa semana, y también en los meses anteriores, la declaración se quedaba algo corta, pero para Jackson significaba un mundo.

—Y tú a mí —suspiró ella—. Mucho.

—En mi caso...

—¿Sí? —lo animó a hablar, después de un silencio eterno.

—En mi caso, «me gustas» es un eufemismo bastante grande de que creo que me he enamorado de ti.

—Menos mal.

—¿Por qué?

—Porque yo estoy tan loca por ti que no sé qué voy a hacer para solucionarlo.

Se besaron. Durante más tiempo y con más intensidad que nunca. Se dijeron con besos lo que las palabras no alcanzaban. Porque Westmoore Fields era un lugar extraño para vivir una historia de amor, pero Jackson y Tiffany no tenían ninguna duda de que lo que había empezado entre ellos era exactamente eso: amor del bueno.

—No queda nada, Jackson.

—Lo sé. —Asintió, con un gesto de fastidio y los ojos fijos en el reloj de la pared.

—No. No me has entendido. No queda nada para que salgas de aquí.

—Queda un mundo, Tiff...

—Y yo te estaré esperando —lo ignoró, y le hizo la promesa que llevaba dentro desde hacía semanas.

—No. No quiero que me esperes. Quiero que seas feliz y que hagas tu vida, y que todas las promesas empiecen, si tienen que hacerlo, el día que salga de aquí. Nadie sabe lo que puede ocurrir antes de que salga, y yo no pienso condicionar tu vida.

Tiffany no le dijo que ya lo había hecho. Les quedaba apenas media hora antes de que los guardas aparecieran para llevarse a Jackson, y prefirió

aprovecharlos para seguir besándolo. Las cosas se les fueron un poco de las manos y acabaron enredados en una última sesión de sexo. Rápida, dura, un poco salvaje.

Y Tiffany supo que era amor al darse cuenta de que, con Jackson, el sexo no solo era perfecto, sino que era romántico incluso cuando los instintos tomaban el mando.

## 19

### El descubrimiento

Enamorada de Jackson Higgins. Así se sentía Tiffany aquel viernes en que se encontraba de nuevo en un avión de camino a Newport. Siempre había sido una blanda en la relación con sus padres y, cuando después de tres meses sin dirigirse la palabra, le habían enviado un billete para que pasara *en casa* las vacaciones de Pascua, ella lo había aceptado. Aunque, en realidad, ella ya no sintiera como su casa aquella mansión en la que se había criado. Aunque sus padres ni se hubieran dignado a llamarla y hubiera sido una secretaria quien le había enviado aquella invitación a volver. Aunque supiera que todo seguiría formando parte de sus artimañas para verla casada con Dylan Crawford o con cualquier otro soltero *adecuado*.

Le daba todo igual.

Se había enamorado de Jackson Higgins. Y le subían tantas mariposas por la boca del estómago que ni siquiera quería pensar en que esa relación en ciernes hacía aguas por demasiados lugares. Que él seguía en la cárcel, ella siendo su profesora y los dos recibirían una sanción si llegaba a descubrirse su romance. Que no podrían volver a verse a solas excepto si Jackson volvía a tirar de artimañas poco éticas para propiciarlo. Que a él le quedaban por delante todavía unos cuantos meses de prisión. Que ni siquiera sabían cómo sería la reincorporación de Jackson a una vida *normal* después de su salida de la cárcel. Y, como él siempre decía, nada podía garantizarles que el futuro no se truncara en un mal movimiento en las duchas.

Pero ¿qué importaba la realidad cuando el amor la hacía volar?

Sabía que, a su llegada a Newport, Dylan la estaría esperando. Su relación con él había ido mutando a lo largo de los meses anteriores, después del fiasco de sus citas en Navidad y de aquella locura de propuesta matrimonial que había conseguido el efecto contrario al pretendido por Dylan y había empujado a Tiffany a los brazos de Jackson. Y la relación había ido mutando porque Tiffany y Dylan se habían convertido en buenos amigos. Él le había asegurado que no estaba enamorado de ella, lo cual había hecho que Tiffany respirara tranquila. Ella había acabado diciéndole que había otra persona en su vida, aunque no se sentía todavía preparada para hablarle del estatus de su relación con Jackson; Dylan ni siquiera sabía que ella trabajaba en la cárcel, en lugar de en un colegio femenino. Iba a darle un infarto cuando

se enterara.

Al final, ambos habían sido sinceros en lo referente a su no-relación, como a ellos les gustaba llamarla: Dylan le había confesado que no creía demasiado en el amor y que casarse con ella habría sido una forma interesante de sacarse de encima a las solteras de Newport que se lanzaban sobre él como si fuera una presa durante una partida de caza; a Tiffany le rompía el corazón pensar en el amor de una manera tan fría. Mucho más desde que había descubierto sus propios sentimientos hacia Jackson. Una noche, en una conversación amena que se les prolongó hasta la madrugada, habían acabado llegando a un pacto: saldrían juntos siempre que Tiffany viajara a Newport, aunque no confirmarían ni desmentirían nada acerca de su no-relación. Tiffany no tendría que aguantar más reprimendas absurdas de sus padres y Dylan se libraría un poco de la presión que tenía en Newport con los actos sociales. A veces se arrepentía mucho de haber comprado una casa en aquel lugar, atraído por la única afición que aún le quedaba: navegar.

Y eso precisamente, surcar las aguas que bañaban Nueva Inglaterra, fue lo que hicieron Tiffany y Dylan la mayor parte de aquellos días de las vacaciones de Pascua. Tal como ambos habían previsto, el hecho de que quedaran con frecuencia hizo que los señores Thownsend aflojaran la presión sobre Tiffany y sus perspectivas matrimoniales, así que pudo entrar y salir todo lo que quiso sin dar explicaciones. Con que fuera el BMW gris plata de Dylan el que la recogiera ante la puerta de la mansión familiar, era suficiente.

Una sorprendente ola de calor llegó a Rhode Island en aquellos días. Bueno, todo lo «ola de calor» que aquella zona del norte del país permite. Pero, al menos, pudieron disfrutar del sol a bordo del Catherine, el velero de doce metros que Dylan había comprado unos años antes y que había bautizado con el nombre de su madre, fallecida años atrás. Se bañaron en un océano Atlántico que no había entendido bien lo de la ola de calor y mostraba sus temperaturas más gélidas a los pocos intrépidos que se decidían a internarse en él. Tomaron el sol distraídos, sin pensar demasiado, sin hablar apenas, pero sintiéndose cómodos con sus silencios. Incluso un día a Tiffany se le fueron de las manos unas cervezas con las que brindó por su no-relación y acabó tan borracha que apenas podía mantenerse en pie al llegar al embarcadero donde Dylan atracaba su barco.

Tiffany sentía que, por primera vez en su vida, tenía un amigo. Dios mío, estaba enamorada de un hombre maravilloso y tenía a otro por mejor amigo. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

La última noche antes de volver a Kentucky, Tiffany estaba doblemente impaciente. Como cada día, su cerebro estaba inmerso en una cuenta atrás mental hacia el momento en que se reencontraría con Jackson. Los dos tenían muy claro que ella no podría llamarlo a la prisión y que su relación tendría que seguir limitándose a las clases. Llamaría demasiado la atención entre los funcionarios que, después de siete años negándose a ello, Jackson comenzara a recibir llamadas. Y, si a alguien se le ocurría averiguar de quién procedían, los dos estarían metidos en un enorme lío. Así que tocaba aguantarse, echarse de menos. Y Tiffany, que nunca había destacado por poseer una gran seguridad en sí misma, sentía que él la estaría echando de menos tanto como ella a él. Una punzada de culpabilidad se le clavaba en el pecho al pensar que, mientras ella aliviaba la añoranza pasándoselo de miedo con su nuevo mejor amigo a bordo de un velero, Jackson seguía sufriendo las miserias de la cárcel.

La otra razón por la que Tiffany estaba impaciente era que Dylan la había invitado a una cena especial en su casa. A ella habían estado a punto de salirse los ojos de las órbitas cuando se lo había propuesto, pero él se había apresurado a aclararle, entre risas, que no había ningún interés romántico en aquella cena, sino simplemente una despedida por todo lo alto de una semana en la que se habían descubierto el uno al otro como grandes amigos. Así que allí se encontraba, ataviada con un vestido rosa de corte *skater* que le encantaba y con unas zapatillas deportivas blancas. Su madre habría desaprobado el atuendo si hubiera dedicado un segundo a observarlo, pero Tiffany sabía que en su cabeza solo había vestidos de dama de honor, altares decorados con peonías y una cuenta corriente en régimen de bienes gananciales.

—Me encanta. —Dylan se echó a reír en cuanto ella subió al coche, y ella no comprendió el porqué, así que arqueó una ceja pretendiendo que él se lo explicara—. Estás más buena con esas zapatillas que todas las pijas que he ido conociendo en estos meses con sus taconazos. Debería enamorarme de ti y dejarme de gilipolces.

—Que no se te vaya a pasar por la cabeza, Dylan Crawford. Si se te ocurre enamorarte de mí, te dejo sin herederos de una patada en la entrepierna.

Los dos se rieron, y Dylan arrancó el coche. Tiffany lo observó en la semipenumbra del interior del vehículo y se dio cuenta de que, ahora que toda posibilidad de enamoramiento con él había quedado fuera de la

ecuación, lo veía mucho más atractivo. Dylan Crawford era guapo a rabiar, con esos aires de tipo seguro de sí mismo y una mirada de ojos fríos que podría haber sido la perdición de Tiffany si lo hubiera conocido en otro momento de su vida. En un momento en que no estuviera perdidamente enamorada de Jackson Higgins, para ser más exacta.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó, después de un escrutinio que duró algo más de lo que ella hubiera deseado y del que estaba segura de que Dylan había sido muy consciente.

—A mi casa.

—¿A tu casa? ¿Estás seguro de que has descartado la opción de seducirme?

—No seas engreída, bonita. Me saco a las chicas de encima como puedo, no tengo ninguna necesidad de seducirte a ti.

—Mira quién fue a hablar de ser un engreído.

Hicieron el resto del camino en silencio, con la música de una emisora de radio al azar de fondo, hasta que llegaron a una casa que, no por haberla visto cientos de veces en su vida, impresionaba menos a Tiffany. Era una construcción típica de Nueva Inglaterra, a la que se accedía por un camino flanqueado por grandes árboles, que finalizaba en una rotonda con una fuente que podría haber estado en la plaza principal de cualquier ciudad del mundo. La casa tenía tres plantas y una superficie difícil de abarcar de un solo vistazo.

—Prométeme que no me pedirás que te la enseñe.

—Juro no hacer tal cosa, pedazo de cerdo.

—¡Habla de la casa! —Los dos estallaron en carcajadas.

—No se me ocurriría. Supongo que la visita guiada dura unas tres horas.

—O cuatro.

Entraron y a Tiffany le sorprendieron varias cosas. La primera, que no hubiera personal de servicio. Estaba claro que era imposible que Dylan se hiciera cargo él solo del mantenimiento de la casa, pero tampoco parecía contar con un mayordomo ni nada por el estilo. La segunda, que no parecía especialmente orgulloso de aquella casa, lo que hizo que se preguntara por qué había abonado una suma escandalosa de dinero por ella. Y la tercera, que daba la sensación de que Dylan hacía vida en apenas tres estancias de la planta baja: un dormitorio bastante sobrio, comparado con el resto de decoración barroca de la vivienda; una cocina moderna y muy bien equipada; y un salón pequeño, más acogedor que el de la mansión de los Thownsend.

—Es el *office* destinado al servicio —le aclaró Dylan, antes de que ella se atreviera a preguntar—. La casa es demasiado grande para una persona sola, así que prefiero vivir aquí.

—¿Y por qué la compraste?

—Es una larga historia... Pretendo convertirla en la casa familiar, aunque esa es una larga historia.

—¿Cuántos hijos piensas tener? —bromeó Tiffany, aunque había algo de verdad en su pregunta.

—No, no. No de *esa* familia. De la que ya tengo. Mis hermanos, que andan un poco desperdigados por el mundo.

—No me habías contado nada.

—Tampoco tú me has contado demasiado de ese chico que te tiene tan cautivada. —Él esbozó su sonrisa marca de la casa y se dirigió al frigorífico para servir las bebidas—. ¿Un refresco?

—Si pretendes que te cuente mi extraña historia de amor... —suspiró Tiffany—. Creo que será mejor un *gin tonic*.

—No tengo alcohol en casa. Pero siéntate en el sofá, que enseguida llego con la cena y con algún tipo de cóctel muy sano que te encantará.

Tiffany se acomodó en un sofá no demasiado grande pero muy cómodo. Se fijó en que las baldas del mueble en el que se ubicaba el televisor estaban llenas de fotos, en las que reconoció a dos chicos algo más jóvenes que Dylan, y muy parecidos físicamente a él.

—Aquí está la cena. La ha dejado preparada la señora que viene a ayudarme de vez en cuando, no tenía intención de envenenarte en nuestra primera cena formal.

—¿Qué es?

—Arroz con almejas, ¿te gusta?

—Me encanta.

Comieron casi en silencio, ensimismados en la música que sonaba procedente de un pequeño equipo de sonido y en breves comentarios sobre la comida.

—¿Me lo vas a contar? —le preguntó al fin Dylan, cuando regresó de la cocina con una tarrina de helado y dos cucharas—. Si somos lo suficientemente amigos para compartir el helado directo de la tarrina, lo seremos también para que me cuentes qué pasa con ese gran amor que mantienes oculto.

—Es complicado... —Tiffany estaba deseando contárselo, porque Dylan

se lo merecía, sí, pero sobre todo porque necesitaba hablar de Jackson con alguien antes de que todo lo que sentía por él le explotara en el pecho.

—Siempre lo es, ¿no?

—¿Por qué no crees en el amor? —cambió ella de tema, porque de repente ese tema le pareció mucho más importante de tratar.

—Porque no dejaría jamás mi vida y mis sentimientos en las manos de otra persona con el riesgo de que pudiera destrozarme.

—Eso me suena a que alguien te hizo mucho daño en el pasado.

—No. No es eso.

—¿Y qué es? —susurró ella, porque sintió que la conversación había adquirido de repente una intensidad mucho mayor y que Dylan estaba pasando un tormento.

—Que fui yo quien le hizo mucho daño a alguien en el pasado. A la persona que más quería en el mundo. Le... le destrocé la vida. Y daría cualquier cosa por poder dar marcha atrás en lo que ocurrió.

Dylan se pasó una mano por la cara, como queriendo ahuyentar el fantasma que fuera que se le acababa de aparecer. Tiffany corrió a sentarse más cerca de él y le pasó un brazo por el hombro.

—No seas tan duro contigo mismo.

—No tienes ni puta idea, Tiffany. —La miró fijamente, y a ella le asustó ver el maremágnum de sentimientos que flotaba en los ojos de Dylan—. Fui un verdadero hijo de puta en otra vida.

—Pero ya no lo eres —afirmó ella, e incluso se sorprendió a sí misma con la convicción que desprendían sus palabras.

—Intento cada día no serlo, pero... es difícil. —Dylan exhaló un profundo suspiro y sonrió. Tiffany se dio cuenta, entonces, de que había echado de menos ver esa sonrisa siempre presente en su cara—. Cuéntame lo tuyo, anda. Mi drama personal, en la siguiente no-cita de nuestra no-relación.

—Estoy... estoy enamorada. Por momentos temo que *muy* enamorada.

—¿Y quién es el afortunado?

—La persona más jodidamente inadecuada de todo el planeta Tierra.

—¿Es una mujer? —preguntó Dylan, sin darle mayor importancia a su comentario.

—¡No! Es un hombre. Y qué hombre... —se le escapó, y se tapó la boca con la mano, como si no hubiera podido evitar que esa afirmación escapara de sus labios.

—Vale, vale, me queda claro que no habría sido rival para él —bromeó

Dylan.

—¡No! ¡No digas eso! Es solo que... eso, joder, que estoy muy enamorada de él.

—¿Y por qué es tan inapropiado?

—Por... —De repente, Tiffany se acobardó. Se dio cuenta de que aún no le había contado a Dylan que no trabajaba donde él creía, así que dio un rodeo para evitar explicarle toda la verdad—. Digamos que no es, ni de lejos, lo que mis padres esperarían para mí.

—Que no es rico, vaya.

—No. Definitivamente no es rico. Pero... hay mucho más. Sé que estar con él acabaría con mi relación con mi familia y, aunque eso me duele, no me importaría empezar una vida de cero con él. Joder, si en algún momento eso es posible... estaría como loca por empezar una nueva vida con él.

—No será eso lo que te atrae de él, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Desde que te conozco, te he visto muy rebelde con tus padres. No te habrás enamorado de alguien que ellos no aprobarían solo por darles en la cabeza, ¿verdad?

Tiffany reflexionó sobre las palabras de Dylan. ¿Se habría enamorado de Jackson como parte de su proceso de emanciparse económica y emocionalmente de sus padres? ¿Sería él otro punto de su camino hacia hacerse mayor, fuerte e independiente, como aprender a pagar las facturas o a vivir sin lujos? Una sonrisa se extendió en su cara cuando se dio cuenta de que no. De que se había enamorado de Jackson de verdad, con todo lo que tenía. Hasta la médula.

—No. Estoy enamorada de él, del hombre que era, del que es y del que sé que será. Estoy enamorada de cómo me cuida, cómo me protege. De cómo me desea. Estoy enamorada de él porque es la mejor persona que he conocido en mi vida, aunque por momento haya querido hacerme creer que era la peor. Estoy enamorada de él porque adora a su familia, porque daría la vida por cualquiera de sus hermanos. Porque ya ha dado buena parte de su vida por ellos. Y porque no he conocido nunca a nadie capaz de hacer algo así.

Dylan se quedó en silencio, mirándola fijamente. Tiffany se arrepintió un poco de sus palabras, de haber hablado tanto, tan sincera, tan de corazón. No entendía por qué sus palabras habían afectado tanto a Dylan... porque eso es lo que parecía estar. Afectado. Casi conmocionado. No fue hasta que habló cuando Tiffany empezó a comprender el porqué.

—Yo sí conocí a alguien así.

—¿Sí? —balbuceó ella, sin entender a qué se refería, mientras él se acercaba a la estantería que había sobre el televisor y rescataba un marco de fotos que permanecía algo escondido.

Puso la foto delante de ella y Tiffany creyó escuchar que empezaba a contarle una historia. Una historia que hablaba de los cuatro protagonistas de esa imagen. Una foto de cuatro chicos guapos, jóvenes, vestidos con trajes negros idénticos. Una foto que conmocionó todo su mundo. Que lo puso del revés. Le dio la vuelta. Lo dinamitó.

Porque, junto a Dylan y a otros dos chicos más jóvenes que ellos, encontró los ojos color gris de los que estaba enamorada clavados en la cámara que los fotografiaba.

Porque, en aquella foto familiar, Tiffany encontró a Jackson junto a sus hermanos.

Y el mundo dejó de girar.

## Un secreto más que guardar

Tiffany exigió una clase a solas con Jackson en cuanto atravesó las puertas de Westmoore Fields. A la mierda la discreción. A la mierda la privacidad. A la mierda todo.

Hacía apenas treinta y seis horas que había descubierto que Jackson era el hermano de Dylan. Que Jackson Higgins era una ficción, y que la realidad hablaba de Jackson Crawford, el heredero de una de las mayores fortunas de la costa este. Un pequeño detalle que había obviado comentarle.

Estaba furiosa contra él, a pesar de que, en realidad, en el fondo de su alma, sabía que él no le había ocultado gran cosa. Ella sabía, por la carta que le había escrito, que su familia tenía una buena posición económica. Eran de Nueva York, eso lo había averiguado en una de las muchas conversaciones que habían tenido, así que era imposible que él la relacionara con Newport. Y Jackson llevaba años sin tener relación con sus hermanos, así que no podía saber que Dylan había recalado en la ciudad en la que ella se había criado.

El último día y medio era como un eco sordo en su cabeza. Había salido corriendo de casa de Dylan sin darle ninguna explicación. Él debía de haberse quedado alucinado, pero a Tiffany le dio igual. Apagó su móvil en el momento en que recibió la primera llamada de él y no había vuelto a encenderlo. Ni siquiera había pasado por la casa de sus padres. Se había limitado a coger un taxi de camino al aeropuerto y allí había pasado la noche, esperando su vuelo de regreso a Kentucky, a casa.

Lo primero que había hecho al entrar en su apartamento había sido releer la carta que Jackson le había escrito confesándole toda la verdad sobre su pasado. Por fin pudo poner nombres a aquellas iniciales de la carta. O al menos cara. Y, sobre todo, entendió la enorme farsa en la que había vivido los últimos meses. Dylan, el encantador y perfecto futuro marido de cualquier muchacha casadera de Newport, había sido en realidad un traficante de drogas en la universidad al que poco parecía haberle importado que su hermano mayor pagara por él con casi una década de su vida. Y Jackson, el preso de máxima seguridad al que se suponía que debía temer, era en realidad la persona que había expiado su culpa. Por si alguien se atrevía a afirmar alguna vez en la historia que las apariencias no engañan.

Fue Joe quien, con una mueca de sospecha en la cara, se llevó a José, a

Walter y a Brian al patio. Y la dejó cara a cara con Jackson, con la verdad y, sobre todo, con la certeza absoluta de que estaba enamorada de ese hombre hasta lo más profundo de su ser.

—Tiffany, joder, no puedes volver a hacer esto. Yo también me moría de ganas por estar contigo a solas, pero la gente puede empezar a sospechar...

—¿Eres Jackson Crawford? —lo interrumpió ella. Jackson se quedó paralizado en medio de su discurso, casi como si alguien hubiera pulsado el botón de «pausa» de su vida. O, mejor dicho, el de «retroceso». Hacía más de siete años que nadie lo llamaba por su apellido real.

—¿Tú cómo sabes eso?

—Contéstame.

—¡No! Contéstame tú a la razón por la que lo sabes.

—Todos tus papeles dicen que eres Jackson Higgins. ¿Por qué?

—No pienso darte ninguna explicación si tú no me dices cómo lo has sabido. —Se acercó a ella y la mirada que le dirigió le produjo a Tiffany un escalofrío que no sabría catalogar—. Puede haber gente en peligro si se llega a saber aquí dentro.

—No estás en posición de exigirme nada, Jackson. Creí que todo había quedado muy claro entre nosotros en las últimas semanas. Y resulta que ni siquiera sabía tu apellido real.

Él la miró durante tanto rato que Tiffany llegó a convencerse de que no iba a hablar. Pero lo hizo. Lo hizo cuando ella ya estaba a punto de derrumbarse. Después de diez días soñando con reencontrarse con él, aquello no se parecía en nada a lo que tenía en mente.

—Mi abogado solicitó mi cambio de apellido al entrar en la cárcel. Es algo que suele concederse a algunos presos *especiales*. —A Tiffany no le pasó desapercibida su mueca ante esa palabra—. Como mi familia era muy rica, había riesgo de que otros presos pudieran extorsionarlos. Ya sabes... «Si no me pagas, a tu hijo le puede pasar cualquier cosa en la cárcel».

—Qué horror.

—Sí. Como casi todo aquí. —Jackson se acercó a ella y puso sus manos sobre sus hombros. No se tocaban desde hacía días y ambos sintieron una descarga eléctrica con ese simple contacto—. Necesito saber cómo te has enterado, Tiff. Es importante.

—No ha sido aquí. Ha sido... en Newport.

—¿En tu casa?

—Sí.

—Tiffany, me estoy poniendo muy nervioso. ¿Qué es lo que ha ocurrido en Newport?

—He conocido a alguien.

—¿Qué?

—Conocí... conocí a un chico allí hace unos meses.

—Tiff... —Había un rastro de amenaza en su voz. ¿O era miedo?

—No, no. No hay nada de lo que te puedas estar imaginando. Simplemente... nos hicimos amigos. Mis padres están obsesionados con que me case con algún multimillonario de los muchos que hay en Newport, y él les pareció la opción ideal.

—¿Y?

—Y he estado saliendo con él.

—De puta madre... —Jackson habría dado encantado un puñetazo contra una pared, pero no quería asustarla, a pesar de que la ira ardía dentro de su cuerpo como un volcán en erupción.

—Como amigos. Jackson... —Consiguió que él fijara sus ojos en ella antes de continuar hablando—. Para mí, eres el único, ¿de acuerdo? El único. Desde que apareciste no ha habido ni una rendija para que se colara nadie más.

—¿Entonces?

—A los dos nos convenía que nos vieran juntos. Yo me sacaba de encima a mis padres y él a varias chicas interesadas en convertirse en su novia.

—Perdona que te interrumpa, Tiff, pero ¿qué cojones tiene todo esto que ver con que hayas descubierto mi verdadero apellido?

—Ese chico es Dylan Crawford.

Jackson se tambaleó. Literalmente. Sintió cómo todo su cuerpo se convulsionaba y tenía que apoyarse en una de las paredes de la biblioteca para evitar caer al suelo.

—Jackson...

—No, no, Tiff... No.

—Jackson, por favor, hálame. Mírame —suplicó.

—¿Dylan está bien? —le preguntó, al fin, con los ojos empañados de unas lágrimas que a Tiffany no tardaron en contagiársele.

—Sí. —Sonrió. Al fin tenía un motivo para sonreír. De todas las cosas que se le habían pasado por la cabeza desde que había descubierto quién era en realidad Jackson, quién era en realidad Dylan... no había reparado en que Jackson ni siquiera sabía si su hermano se había recuperado de su adicción a

las drogas—. Está muy bien. No bebe ni... Bueno, que está bien, vaya.

—Gracias a Dios.

Jackson notó cómo la alegría, el inmenso alivio que había sentido al escuchar que su hermano, la persona más importante de su vida hasta el momento, estaba sano, estaba vivo... se iba convirtiendo en ira.

—¡Joder! —chilló, de frustración, y maldijo encontrarse entre aquellas cuatro putas paredes. Necesitaba más que nunca en toda su vida salir corriendo, respirar aire fresco, sacarse de dentro el dolor que lo mataba en vida.

—¿Qué pasa?

—A veces ya no sé si lo quiero o lo odio, Tiff. Me robó la vida. Mi hermano me robó la vida y ha estado a punto de robarme a la mujer que quiero.

—¿Qué?

—Tú lo sabes, sabes lo que sacrifiqué por él, y la idea de que él haya estado por ahí, saliendo contigo, llevándote seguro a sitios a los que yo querría...

—No, Jackson. Que qué has dicho antes.

—Que ha estado a punto de... ¿Que te quiero? ¿Eso es lo que te ha extrañado oír?

—¿Me quieres? —preguntó ella, con el hilo de voz que le quedaba.

—¿Te acabas de dar cuenta ahora?

La conversación se convirtió en sonrisa, y la sonrisa en un beso que se prolongó más de lo que esperaban. Arriesgaban mucho, sabiendo que los funcionarios podían aparecer en cualquier momento, pero no tenían ni idea de cómo ponerle freno. Ni querían hacerlo. Las caricias y los susurros exorcizaron el dolor anterior. Jackson se recordó a sí mismo un mantra que llevaba repitiendo meses: la cárcel era un infierno, sí, pero le había dado la oportunidad de conocer al amor de su vida. Porque no le cabía ya ninguna duda de que Tiffany era exactamente eso para él. Y Tiffany... ella se limitó a reconciliarse con todo, con Jackson, consigo misma y hasta con Dylan. El pasado era doloroso y el presente incierto, así que tendrían que ir pensando en el futuro. Y el futuro... ese era esperanzador.

Tiffany pidió a Joe que hiciera entrar de nuevo al resto de alumnos, y se disculpó, no supo si de forma demasiado convincente, diciendo que había tenido que comentar con Jackson un tema de máxima urgencia académica. Brian les dirigió una sonrisa burlona, que indicaba que tenía sus sospechas de

lo que se estaba cocinando —o se había cocido ya— entre los muros de la biblioteca, pero Jackson solo necesitó una de sus miradas de hielo para hacerlo callar.

La clase transcurrió como siempre, al menos en apariencia. Comenzaba el tercer trimestre, aunque en realidad sería más corto que los demás. En apenas un mes, los presos podrían tener entre sus manos el certificado que los acercaría un poco más a la libertad, siempre y cuando hicieran un último esfuerzo final. Tiffany se había enterado a mediados del trimestre anterior de que Jackson seguía dándoles clases particulares a Walter, José y Brian, ya no para conseguir esos beneficios de quedarse de vez en cuando a solas con ella, sino, al menos en el caso de los dos primeros, porque estaba realmente interesado en que pudieran salir de allí cuanto antes. Nadie mejor que otro recluso para entender cuánto pesaba la cárcel, y la diferencia crucial que podían significar unos meses menos allí dentro.

La clase solo fue normal en apariencia, claro. Por dentro, Jackson sentía la felicidad inmensa de saber que Dylan y él estaban sobreviviendo cada uno a su infierno. A la cárcel. A las drogas. Tenía la sensación de que algo los unía, aún en la distancia de los siete años sin saber el uno del otro. El instinto de supervivencia. De mantenerse vivos, sanos y cuerdos por el otro. Pero no podía evitar un rastro de rencor. De miedo. De incertidumbre. Demasiados sentimientos condensados en un solo cuerpo, uno que, además, latía y respiraba solo para Tiffany.

Tiffany, por su parte, se pasó las horas explicando contenidos de forma autómatas, aunque supuso que nadie, excepto Jackson, se habría dado cuenta. En su interior, trataba de buscar una solución al enorme embrollo en que se había convertido su vida. Una vida en la que era una profesora de presos en una cárcel de máxima seguridad, mantenía un romance con uno de ellos, que en realidad era inocente, porque estaba pagando la pena que le habría correspondido a su hermano; hermano que era una especie de falso novio de ella fuera de los muros de Westmoore Fields. Alguien con dos dedos de frente debería escribir un culebrón sobre esa historia.

Cuando quedaban apenas veinte minutos para el final de la clase, Tiffany les dio permiso a los reclusos para abandonarla, siempre y cuando se llevaran a sus celdas alguno de los libros de lectura que ella les había recomendado a principio de curso. José, Walter y Brian eligieron el suyo, mientras Jackson la miraba con ojos interrogantes.

—Quédate un segundo. Quiero hablar contigo —le susurró.

—Tengo unas dudas sobre el tema que ha explicado hoy —dijo él, en voz suficientemente alta para que la escucharan los funcionarios. No estaba de más trabajarse un poco las coartadas; el amor los estaba haciendo descuidados—. ¿Qué pasa?

—He estado pensando...

—Ya. Eso ha sido evidente. Si estos tres no fueran tan imbéciles, se habrían dado cuenta de que te has equivocado en unas ciento ochenta y dos cosas.

—Qué gilipollas eres —le dijo, pero no puedo evitar reírse.

—Pero me quieres —se atrevió a aventurar él, a pesar de que ella no se lo había dicho aún con todas las letras.

—Te quiero. —Lo miró a los ojos y los dos se estremecieron un poco. El tono era demasiado solemne, y temieron que sonara a despedida, a miedo o a dudas—. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti. —Él le dedicó una sonrisa triste. Triste, porque odiaba tener que reprimirse de lo que más le apetecía en el mundo: cogerla entre sus brazos y devorarla en un beso que no se acabara nunca—. ¿Qué querías decirme?

—No te asustes si no me ves por aquí en un par de días.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, alarmado.

—Voy a pedir unos días de asuntos propios para volar a Newport.

—¿Qué?

—Voy a hablar con Dylan. Le contaré que te conozco, lo que hay entre nosotros... y él podrá contar la verdad de lo que ocurrió hace siete años. No me ha contado lo que pasó, pero sí sé que está muy arrepentido de...

—No, Tiff... ¡No! —gritó él, aunque pronto se dio cuenta de que podían descubrirlos y bajó de nuevo el tono—. No quiero que se te pase siquiera por la cabeza que Dylan confiese.

—Pero, Jackson, no es justo...

—¡No! ¡Cállate! —Tiffany dio un paso atrás. Jamás Jackson, ni en los peores momentos de las primeras clases, le había hablado así—. No quiero que Dylan sepa nada. Confesaría, ya lo sé. ¿Crees que no conozco a mi hermano?

—Pues entonces...

—Ya te lo dije una vez, Tiffany. Madura, joder.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Te voy a decir una cosa. Y te la voy a decir solo una vez. —La mirada

que clavó en sus ojos fue aterradora—. Si se te ocurre hacer algo de lo que se te está pasando por la cabeza, haré que me maten en el patio. Te lo juro por la memoria de mi madre.

Tiffany se quedó paralizada ante aquella amenaza, pero pronto unos gritos la despertaron del ensimismamiento espantoso que la había invadido.

—¡Guardas! Ya hemos terminado por aquí. —Jackson se dio la vuelta, le sonrió y se dirigió a ella como si nada hubiera ocurrido—. Muchas gracias por la explicación, profesora Thownsend, me ha quedado muy claro.

Y fingió tan bien una normalidad que estaban muy lejos de sentir que Tiffany solo pudo rezar para que la amenaza que le había dirigido a ella también hubiera sido fingida. Porque pensaba volar a Newport al día siguiente y no pararía hasta que el nombre de Jackson quedara libre de toda mancha y el verdadero culpable de lo ocurrido en el pasado sufriera alguna consecuencia por haberle robado la vida a su hermano.

## ¿Cómo pudiste?

Tiffany ignoró la petición de Jackson y reservó un billete con destino Newport en cuanto llegó a su apartamento aquella tarde. Había pedido tres días de permiso en el trabajo y se los habían concedido sin dudar, ya que había sido una trabajadora muy cumplidora en los meses que llevaba en Westmoore... al menos en lo referente al horario laboral y a la petición de días libres. Ya no le preocupaba lo más mínimo lo surrealista de la situación que estaba viviendo, sino que en su cabeza solo se repetía constantemente una única palabra. Injusticia. Injusticia. Injusticia.

Dios... Odiaba a Dylan Crawford como jamás pensó que podría odiar a alguien. Ella no tenía hermanos; en realidad, nunca había tenido una relación demasiado cercana con nadie, al menos hasta que Jackson apareció en su vida. Pero era incapaz de componerse la imagen mental de una situación en la que una persona permitiera que su hermano mayor, su mejor amigo, pasara ocho años en la cárcel en su lugar. Aunque estuviera enganchado a las drogas. Aunque estuviera muy perdido en la vida. Seguía siendo injusto. Infame.

Alquiló un coche en cuanto puso un pie en la terminal de llegadas del aeropuerto de Newport. No había avisado a sus padres de que iría a la ciudad, porque no sabía ni cómo explicarles el motivo de su visita. Se limitó a meterse en el modelo más económico que ofrecía aquella agencia de alquiler y conducir, a mucha más velocidad de la permitida, hasta la casa de Dylan Crawford. La misma casa de la que había salido huyendo escopetada dos días antes y a la que no pensó que regresaría tan pronto.

Encontró abierta la verja del jardín y condujo sobre la gravilla hasta alcanzar el gran portón de madera de la vivienda. Ni siquiera le hizo falta llamar. Supuso que el ruido del motor del coche había alertado a Dylan, porque él abrió la puerta en el mismo momento en que ella, rauda como una exhalación, llegaba a la parte alta de la escalinata de piedra.

—¡¡Tiffany!! Te he llamado cientos de veces en los dos últimos días y tu teléfono sigue apagado. No sé qué pasó el otro día, pero...

A Dylan no le dio tiempo a acabar la frase. Y no le dio tiempo porque en su camino se interpuso la palma de la mano de Tiffany, que abofeteó su mejilla con una fuerza que hizo que le ardiesen los dedos. Dylan se tambaleó

y la miró como si hubiera perdido la cabeza. Pero no. Tiffany nunca había estado más cuerda que en aquel momento.

—Lo sé todo.

—¿Qué? —preguntó él, al tiempo que se llevaba las manos a su maltrecha cara.

—Sé quien eres en realidad, Dylan. Sé quien es tu hermano Jackson. Y sé lo que le hiciste.

Si la cara de Dylan había estado roja como un tomate maduro un segundo antes, en ese instante perdió todo color. Tiffany pensó que iba a desmayarse, y era tal la furia que la consumía por dentro que pensó que, si caía a sus pies, le daría patadas hasta que el dolor le hiciese recobrar el conocimiento.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—No trabajo en un colegio de señoritas en Kentucky. Trabajo como profesora de alfabetización de adultos en la prisión federal de Westmoore Fields. Tu hermano Jackson es uno de mis alumnos.

—¡Dios mío! ¿¿Cómo está?? ¿Está bien?

Los ojos de Dylan se llenaron de lágrimas, y Tiffany no pudo evitar que se le ablandara un poco el corazón. Dylan había hecho exactamente la misma pregunta al saber que ella estaba en contacto con su hermano que Jackson el día anterior. Quizá ese detalle, más que todo lo hablado con Jackson, le dio una idea de la clase de relación que siempre habían tenido los dos hermanos.

—Está como cualquier persona que ha pasado más de siete años en la cárcel. Por un delito que no cometió, además. «Bien» no es la definición más precisa.

—Dios mío...

Dylan se derrumbó allí mismo, sobre el último peldaño de aquella escalinata tan ostentosa. Cubrió su cara con las manos, a pesar de que no sentía ninguna vergüenza por que Tiffany lo viera llorar. Tenía toda la vergüenza que podía sentir un hombre en su vida concentrada desde hacía siete años en la manera en que había destrozado la vida de su hermano.

Tiffany siempre había sido una blanda, y lo sabía. Pero, al parecer, los hermanos Crawford tenían la capacidad de ablandarla aún más, así que tomó asiento junto a Dylan. Lo había conocido bien en aquellos meses, todo lo bien que se puede conocer a un hombre que esconde un gran secreto; curiosamente, lo mismo que le ocurría con su hermano. Y, porque lo conocía, sabía que no podía ser tan mal tío.

—Nos prohibió todo contacto. Nos... nos... —Dylan balbuceaba entre

hipidos que a Tiffany se le clavaron en el corazón. Quiso decirle que toda estaba bien, que todo iba a salir bien, porque esa era la reacción natural ante cualquier persona que estuviera pasando un momento como aquel... pero no pudo—. No admite nuestras llamadas, ni nuestras visitas y le ha prohibido a sus abogados que nos den ningún dato. He usado mis contactos para localizar a un preso llamado Jackson Crawford en el sistema penitenciario de todo Estados Unidos, pero no existe nadie con ese nombre.

—Se hace llamar Jackson Higgins. Cambió su apellido para evitaros problemas.

—Joder...

Dylan volvió a llorar. Esta vez con más fuerza, con más dolor, con la daga de la culpabilidad retorciéndose en sus entrañas, en esas en las que llevaba clavada siete años. Tiffany no sabría decir cuánto tiempo pasó allí, viéndolo llorar. Primero lo miraba con desprecio, pensando que sus lágrimas de cocodrilo eran una farsa. Al cabo de un rato, se levantó, con la intención de dirigirse a su coche y dejarlo allí, rumiendo su culpa. Volvería al día siguiente para preguntarle qué pensaba hacer para limpiar el nombre de su hermano. Pero, cuando estaba ya en el peldaño más bajo de la escalinata, escuchó su súplica.

—Quédate, por favor.

No sabría decir si fue su voz, desgarrada por el dolor en el tono de aquella súplica. O que se dio la vuelta y lo miró a los ojos, y entonces se dio cuenta de que eran exactos a los de Jackson, a aquellos en los que tanto le gustaba perderse. O que sintió, sin lugar a dudas, que Jackson, a cientos de kilómetros de allí, le pedía que consolara a su hermano. Que ya había habido demasiado sufrimiento entre ellos, en esa familia. Que le pasara la mano por el hombro y le ofreciera el suyo para llorar.

Y eso fue exactamente lo que Tiffany hizo.

—Gracias, gracias... —Dylan se deshacía en lágrimas y en gratitud hacia Tiffany, que lo sostenía como podía.

—Nunca te perdonaré lo que hiciste, Dylan, pero no soy capaz de dejar llorar solo a alguien que está destrozado.

—No es por esto. No solo... Gracias por cuidar de él.

Ese fue el momento en que a Tiffany se le saltaron las lágrimas y, cuando las de ambos se calmaron, condujo a Dylan al interior de la casa. Preparó dos infusiones relajantes y le llevó la suya a Dylan al sofá, en el que había caído derrumbado minutos antes.

—Cuéntamelo. —Dylan la miró con sus ojos enrojecidos, como si no comprendiera su petición—. Me sé la versión de Jackson de esta historia, y es la que me voy a seguir creyendo, pero quiero escuchar lo que tienes que decir.

—No tengo nada que decir. Lo que Jackson te haya contado es la verdad. Yo traficaba con drogas para financiar mi propia adicción, encontraron medio kilo de cocaína en nuestro cuarto en la universidad y él cargó con mi delito porque no pensaba que yo pudiera sobrevivir en la cárcel en mi estado.

—¿Cómo pudiste?

—No lo supe hasta que dictaron sentencia. Te lo juro, Tiffany. No sabía que le pudieran caer más de unos meses. Otro día te contaré por qué, pero, por caridad, cuéntame algo de mi hermano. Lo echo tanto de menos que siento un agujero aquí. —Se señaló el pecho y Tiffany casi se compadeció.

—Está... lo mejor que se puede estar después de siete años en la cárcel, supongo.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

—Puedes —le confirmó ella—. Ya veré yo si te la respondo o no.

—¿Es él?

—¿Él?

—Sí... ¿Es Jackson el hombre del que llevas tiempo enamorada?

—Sí. —Tiffany no se lo pensó antes de responder—. Estamos... Bueno, lo que se suponga que pueden estar dos personas cuando una está en la cárcel y otra no. Pero sí, estamos enamorados.

—Me alegro. Mucho.

—¿Por qué?

—Porque, probablemente, sois las dos mejores personas que he conocido en mi vida. Os merecéis.

—Gracias.

El silencio tomó el mando entre ellos. Ninguno de los dos se sentía capaz de seguir hablando, a pesar de que había en el ambiente un millón de cosas por decir. Al fin, fue Tiffany quien se atrevió a sacar el tema que la había llevado hasta allí.

—Tienes que confesar.

—¿Qué?

—Ya me has oído, joder. Tienes que confesar lo que hiciste. Tu hermano va a cargar toda la vida con el trauma de haber pasado sus mejores años entre rejas. No hagas que cargue también con unos antecedentes penales que le

harán su existencia muy complicada.

—Pero...

—¡Qué cobarde asqueroso eres!

—¡No! No es eso. Es que...

—¿Qué? —le preguntó Tiffany, atravesándolo con su peor cara de desprecio.

—Lo he pensado cientos de veces, ¿sabes? Hablar con el abogado de mi hermano y decirle que quiero entregarme. Desde poco después de que él ingresara en la cárcel lo he pensado. Pero...

—¿Sí?

—Jackson no quedaría libre del todo. Lo acusarían de obstrucción a la justicia, de encubrimiento y de perjurio. Durante algún tiempo, los dos estaríamos en la cárcel. Y, cuando todo ocurrió, eso fue algo que no me podía permitir.

—¿Por qué?

—Nuestros hermanos. —Dylan esbozó una sonrisa amarga y señaló hacia las estanterías en las que reposaban las fotos de todos—. Cuando Jackson fue a la cárcel, Cole solo tenía diecisiete años y Ben, quince. Estaban destrozados. Jackson era... Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Era como nuestro padre, ¿sabes? Mamá murió durante el parto de Ben, y mi padre quedó muy perdido después de aquello. Fue Jackson quien tomó el mando de la familia, a pesar de que solo era un niño. Cuando lo encarcelaron, Cole se encerró en sí mismo de tal manera que aún hoy es difícil la mayor parte del tiempo saber en qué piensa. Y Ben solo era un adolescente que ya vivía traumatizado por haber, según él, provocado la muerte de nuestra madre. Si me metían a mi también en la cárcel, no sé qué habría sido de ellos...

—Así que elegiste la salida fácil.

—¿Fácil? Joder, sí. Muy fácil, comparada con la decisión que tomó Jackson, de eso no me cabe duda. Yo seguí durmiendo entre sábanas de seda, yendo a la universidad y trabajando con mi padre después de licenciarme, mientras Jackson... no quiero ni imaginar por todo lo que tuvo que pasar. Pero te aseguro que no fue fácil. Me convertí en el responsable de una familia completamente rota cuando solo era un crío de apenas veinte años que acababa de salir del infierno de las drogas.

—¿Y vuestro padre?

—Murió. A los tres años de que Jackson fuera a la cárcel, más o menos.

—¿Él lo sabe? —preguntó Tiffany, sintiendo que se le rompía el corazón, porque presentía que Jackson no tenía ni idea de aquello.

—No. Fue imposible localizarlo cuando ocurrió, y su abogado nos dijo que tenía órdenes estrictas de no darle ninguna noticia del exterior, pasara lo que pasara.

—Qué horror...

—Cometí muchos errores, Tiffany. Muchísimos. Tantos, que cada mañana me cuesta levantarme de la cama y mirarme en el espejo porque... me odio. Pero tengo dos hermanos que perdieron a sus padres y a su hermano mayor, y que me necesitan. Por ellos compré esta casa, porque Nueva York está asociado a demasiado dolor y pensé que quizá aquí podríamos rehacernos, ahora que todos somos adultos.

—¿Cómo están ellos? Me gustaría poder darle buenas noticias a Jackson cuando vuelva a Westmoore.

—Bien. Muy bien, dadas las circunstancias. Los dos han acabado la carrera y trabajan conmigo en la empresa familiar. Pero... echamos de menos a Jackson cada día. Es una herida que no cicatriza, que creíamos que algún día dejaría de doler, pero no lo ha hecho. Por eso pasamos incluso la Navidad separados, porque hace años que sentimos que no tiene sentido celebrar fiestas familiares cuando falta la persona más importante de nuestras vidas.

La voz se le rompió con la última frase. Tiffany temblaba, a pesar de que la temperatura de aquel día era alta. Temblaba de dolor, del suyo propio y del de Jackson. Y, aunque le costara reconocerlo, también en parte por el de Dylan. Y por el de esos dos hermanos menores, tan inocentes, a los que ni siquiera conocía.

—Le robé la vida al mejor de mis hermanos, Tiffany. A mi compañero de juegos desde la infancia, a la persona a la que más he querido y a la que más querré... —La voz de Dylan volvió a recuperar su fuerza, quizá porque lo que estaba diciendo era una verdad tan contundente que no cabía la posibilidad de expresarla con debilidad—. No ha habido un solo día en que no me haya arrepentido de lo que pasó.

Tiffany solo supo responderle con un encogimiento de hombros.

—Me entregaré.

—¿Qué? —Los ojos de Tiffany estaban abiertos como platos.

—Contrataré al mejor equipo de abogados del país para que saquen a Jackson de la cárcel cuanto antes. Me entregaré y cumpliré con lo que me

toca. Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo. Solo... solo te pido un par de días para contárselo en persona a Cole y a Ben. Ellos no saben nada, nunca han sabido la verdad.

Lo abrazó. Tiffany abrazó a Dylan con todas sus fuerzas y sintió el temblor en el cuerpo de él. No podía ni imaginar todo lo que se le estaría pasando por la cabeza. La vergüenza de confesarles la verdad a sus hermanos. La certeza de que pasaría los siguientes años de su vida en la cárcel. El miedo a lo que tendría que vivir allí. Se compadeció tanto de él que las lágrimas regresaron a sus ojos. Los dos lloraron sobre aquel sofá, con la mente puesta en Jackson, tan lejos y tan cerca de ellos al mismo tiempo.

Tiffany se ofreció a preparar algo rápido para cenar, pero lo cierto era que ninguno de los dos tenía hambre. Dylan le pidió que se quedara con él aquella noche, una última noche en que podría ser el mismo hombre que había sido durante los últimos años, antes de que la oscuridad más profunda tomara el mando de su vida.

Decidieron dormir en el sofá, tal vez porque ambos sabían que serían incapaces de conciliar el sueño aquella noche. Llevaban más de una hora en silencio, rumiando sus propios fantasmas, cuando Dylan sorprendió a Tiffany con una última petición.

—Hazme sonreír por última vez, Tiffany.

—¿Perdona? —le preguntó ella.

—Cuéntame cómo se las arregló el cabrón de mi hermano para conquistar a la chica más guapa de Newport siendo un preso de máxima seguridad.

Tiffany sonrió y alargó su mano para apretar la de Dylan. Y comenzó su relato. Le habló de aquella primera vez que se vieron, cuando ella lo odió, pero empezó a enamorarse de sus ojos grises. Le habló de las clases a solas, de las artimañanas para verse, de lo que sentían... Fue un relato largo, interrumpido por algunas bromas de Dylan, que intentaba sacar sentido del humor de donde no lo había, y por las preguntas que le hacía cuando se lo comía la curiosidad.

Llevaban casi dos horas hablando cuando el teléfono móvil de Dylan comenzó a sonar. Pasaba de la una de la madrugada, así que la alarma se dibujó en su rostro ante aquella llamada.

—¿Dylan Crawford? —El silencio de la noche era total. Solo se escuchaba el rumor muy lejano del canto de algunos grillos en el jardín, así que Tiffany escuchaba con meridiana claridad las palabras del interlocutor de

Dylan.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Soy Peter Mackenzie, el abogado de tu hermano Jackson.

—¿Qué ocurre?

—Como sabes, tengo totalmente prohibido por mi cliente daros ningún tipo de información sobre su vida, pero... creo que es importante que sepas algo. Me estoy saltando todas las leyes de confidencialidad entre abogado y cliente para...

—¿Qué es lo que ha pasado? —Dylan lo interrumpió porque un mal presentimiento recorrió su cuerpo como un escalofrío.

—Jackson ha recibido una paliza en el patio de la prisión. —La boca de Tiffany se curvó en un «no» que sus cuerdas vocales fueron incapaces de pronunciar, y sus ojos se inundaron al comprender lo que había ocurrido—. Está en estado crítico en el Hospital Central de Kentucky.

## No te vayas. Por favor.

Cumplió su amenaza. Jackson cumplió la amenaza que le había hecho a Tiffany al despedirse de ella. No le hacía falta que nadie se lo confirmara, y no creería a quien se atreviera a negárselo. Ella, en lo más profundo de su corazón, en ese lugar de su alma que incluso a distancia siempre conectaba con Jackson, sabía que él había provocado esa paliza que lo tenía entre la vida y la muerte. Hasta ese punto llegaba su compromiso de proteger a su hermano. Aunque hiciera siete años que no lo veía, que ni siquiera sabía nada de él. Jackson se había jurado un día que Dylan no entraría en la cárcel a pagar su pena, y pensaba cumplir su promesa hasta las últimas consecuencias.

Qué dolor tan profundo le provocaba a Tiffany no haberse dado cuenta antes... No haber sabido ver que, pretendiendo hacer algo bueno, algo justo, lo correcto, había puesto en riesgo la vida de la persona que le daba a ella un motivo para vivir la suya. Jamás creyó que Jackson cumpliría esa amenaza. Jamás. Ni por un momento. Esa quizá era una prueba más de que sus mundos eran demasiado diferentes, de que Tiffany era incapaz de visualizar como posible algo, una pelea en el patio que acababa mal, que para Jackson lleva tiempo formando parte de su realidad cotidiana.

Todas esas ideas daban vueltas en la cabeza de Tiffany mientras el avión de primera hora de la mañana surcaba el cielo entre Newport y Kentucky. No tenía ni la menor idea de cómo había llegado hasta allí. Solo sabía que, tras escuchar lo que el abogado de Jackson le comunicó a Dylan, se había quedado como en estado de *shock*, con todos sus sentidos entumecidos y una incapacidad manifiesta para reaccionar. Fue Dylan quien tomó el mando de la situación, con una diligencia que a Tiffany lo hizo, aun en medio de su letargo, visualizarlo como el gran empresario que sabía que era. Sin dejar que los nervios y el dolor que sin duda sentía lo distrajeran, reservó dos billetes en el primer vuelo de la mañana, preparó una bolsa de viaje con lo imprescindible y estuvo pendiente de consolar a Tiffany e intentar que reaccionara a las horribles noticias que acababan de recibir.

En la espera en el aeropuerto, y también en el tiempo que había durado el vuelo, Tiffany apenas había pronunciado palabra, pero había dicho lo suficiente como para que Dylan se hiciera una composición de lugar de la situación. Y, si quedaba un solo trozo de su corazón sin estar emponzoñado

por la culpabilidad, sin duda, darse cuenta de que su hermano había puesto en riesgo su vida –se negaba a decir que había querido morir– para salvarlo a él, de nuevo, de entrar, en la cárcel... eso había acabado de destruir toda posibilidad de que dejara de odiarse a sí mismo.

Llegaron al Hospital Central poco después de las diez de la mañana. Después de una serie de trámites interminables, que incluían demostrar que Dylan era el hermano de Jackson, a pesar de la diferencia de apellidos que mostraba su ficha de instituciones penitenciarias, y de mentir descaradamente haciendo ver que Tiffany era la mujer de Dylan y, por lo tanto, también familiar directa de Jackson, consiguieron al fin el permiso para pasar a verlo. Aunque aún les tocó esperar. Las horas de visita no empezaban hasta el mediodía.

Dylan intentó que Tiffany comiese algo, pero no insistió demasiado, dado que él mismo tenía también el estómago cerrado. Lo único que tenían en aquel momento en las manos eran incertidumbres, ya que no podrían hablar con los médicos que trataban a Jackson hasta la hora de visita.

Y, cuando ese momento, el momento de ver a Jackson llegó, los dos habrían preferido que no lo hiciera. La parte de la UCI en la que se encontraba estaba custodiada por un policía en lugar de por un funcionario de prisiones, así que Tiffany consiguió llegar hasta Jackson sin que su relación clandestina saliera a la luz. Aunque, en realidad, en aquel momento le habría dado todo igual y nada habría podido impedir que entrara a ver a aquel hombre al que amaba con toda su alma. Aquel hombre que yacía inerte en una cama de hospital, con la cara destrozada de cortes y magulladuras, un brazo escayolado, una pierna vendada y conectado al hilo de vida que le quedaba a través de un montón de tubos y vías.

No pudo evitar romper en llanto, el que había estado reteniendo dentro desde que había sabido lo ocurrido. Cuando miró a su derecha, vio que Dylan también lloraba, aunque inmóvil por el impacto de encontrarse así a su hermano. Tiffany entendió entonces que, aunque su propio dolor la estuviera consumiendo por dentro, era Dylan quien más apoyo necesitaba. Al fin y al cabo, ella había tenido a Jackson durante los últimos meses; lo había visto a diario, había ido permitiendo que se colara en su alma y había disfrutado de los pocos momentos que la situación les permitía.

Pero Dylan llevaba más de siete años sin ver a la persona que más importante había sido en toda su vida. Y seguro ninguna de todas las veces que había soñado con un reencuentro con él habría podido imaginar que sería

en esas circunstancias, sin saber siquiera si podría volver a hablar con él, a abrazarlo o a pedirle perdón.

—¿Familiares de Jackson Higgins? —preguntó una voz a su espalda, haciéndolos salir del ensimismamiento tan doloroso en el que se encontraban.

—Sí, sí. Somos nosotros... —respondió Dylan, con un hilo de voz.

—Soy el doctor Webber, el médico que lleva el caso de su hermano. — Les dirigió una sonrisa compasiva que hizo que ambos temieran las malas noticias que se avecinaban.

—¿Cómo está?

—Bueno... está. Está mejor de lo que esperábamos cuando ingresó. Es un auténtico superviviente.

—Sí, lo es —confirmó Dylan, pero la voz se le rompió antes de acabar de hablar.

—Tiene muchos cortes, magulladuras, un brazo roto, tres costillas también rotas, una de ellas rozando el pulmón, una rodilla dislocada... Pero lo que más nos preocupa es el hematoma de su cabeza. Eso es lo que lo mantiene en coma desde que llegó ayer.

—¿Y qué se puede hacer? —se atrevió a preguntar Tiffany.

—Estamos esperando a que se reabsorba. Que disminuya de tamaño por sí mismo hasta acabar desapareciendo. Si eso no fuera así, tendríamos que operar, pero es una cirugía delicada y...

—¿Y? —apremió Dylan.

—Con pocas garantías de éxito.

—¿Y las posibilidades de que se reabsorba? —Tiffany ignoró la desolación que le produjo el anterior comentario del doctor y quiso ser optimista.

—Eso nadie puede saberlo, al menos de momento. El TAC de esta tarde podrá revelarnos si el hematoma ha disminuido de tamaño y nos permitirá ser más o menos optimistas.

—¿Tendrá...? —Dylan ni siquiera se atrevía a hacer la pregunta—. ¿Tendrá secuelas? Si... si sobrevive.

—Bueno, no creo que esa rodilla se recupere lo suficiente como para ser deportista profesional —bromeó el doctor, intentando aliviar el dolor que sabía que su diagnóstico estaba provocando en la pareja—, pero, si se soluciona el problema del hematoma, no habrá otras secuelas importantes.

—¿Podemos hacer algo por él? —preguntó Tiffany.

—Poco, por desgracia. Podrán visitarlo todos los días a esta hora, de dos

a tres de la tarde. Háblenle, tóquenlo... Hay quien dice que funciona con pacientes en coma, aunque no estoy yo muy seguro de ello. Y, por supuesto, si hay alguna novedad en el tiempo fuera de horas de visita, los llamaremos de inmediato para que vengan a verlo.

—De acuerdo. Muchas gracias, doctor.

—A ustedes. Cualquier duda que tengan, ya saben dónde encontrarme.

Tiffany y Dylan se quedaron a solas con Jackson y no fueron capaces de hacer otra cosa que agarrar cada uno una de sus manos y suplicar en silencio que despertara. Los dos sabían la fuerza que tenía Jackson, esa fortaleza interior que le había permitido sobrevivir a todas las adversidades de su vida y convertirse en un líder, primero entre sus hermanos, luego entre el resto de reclusos. Apelaban a ella en silencio, aunque dentro de ellos las plegarias resonaban como gritos.

Los siguientes días se convirtieron en una rutina agónica para Tiffany y Dylan. Se instalaron ambos en el piso de Tiffany, pese a la insistencia de él de irse a un hotel. No hicieron falta más de dos horas para que ambos acabaran confesándose que preferían no dormir solos, con todo el peso de la culpa y el dolor de la incertidumbre apareciéndose en sus pesadillas. Compartían la cama de matrimonio de Tiffany como dos hermanos, que era lo que se sentían en aquellos momentos. Dylan veía en ella la prolongación de su hermano, del que había perdido siete años atrás y del que temía a cada instante perder de forma definitiva. Y Tiffany comprobaba que Dylan y Jackson eran más parecidos de lo que ellos mismos pensaban, y no se le ocurría nadie mejor que él para consolarla en aquel momento que se había convertido en el peor de su vida.

Una mañana, cuando hacía ya tres días que Jackson dormía, Tiffany tomó la decisión de dejar definitivamente su trabajo. Se sentía incapaz de continuar con las clases, de volver a aquella biblioteca en la que habría una ausencia tan grande que le impediría hablar y desarrollar sus tareas con un mínimo de profesionalidad. Los responsables del programa educativo de instituciones penitenciarias recibieron su renuncia con sorpresa, pero le aseguraron que no tardarían en encontrar un profesor sustituto para las escasas semanas que quedaban de curso.

Solo había una hora al día que les importara a Tiffany y a Dylan. Cada tarde, entre las dos y las tres, se sentaban alrededor de la cama de Jackson y, al contrario de aquel primer día en que aún estaban demasiado impactados para pronunciar palabra... le hablaban. Se cedían el turno el uno al otro con

naturalidad, y no tenían el menor rubor en hablar de cosas personales aunque el otro los estuviera escuchando. Tiffany le explicó todos los planes que tenía para su futuro si las cosas salían bien, le advertía lo enfadada que estaría al principio por haberse dejado hacer aquello, le prometía no volver a fallarle ni a ignorar lo que él le pidiera, y lloraba mucho, a veces en silencio, y a veces con quejidos desgarrados, suplicándole que volviera, que les diera a ambos una oportunidad de empezar en libertad algo que había sido bonito incluso en la cárcel.

Dylan la escuchaba y se le llenaba el pecho de un orgullo de hermano pequeño que hacía demasiado tiempo que no sentía. Le parecía que, de todas las personas del mundo, solo Jackson podía haber sido capaz de conquistar a una mujer como Tiffany. Tan buena, tan íntegra, tan enamorada de él. Él también le hablaba. De Cole y de Ben, sobre todo, y de las ganas que tenían todos de volver a ser una pandilla de cuatro hermanos que se querían por encima de todo. Bromeaba diciéndole que, aunque con algún esfuerzo, aceptarían a Tiffany como el quinto elemento del grupo. Le recordaba los tiempos gloriosos, los de partidos de fútbol interminables, noches de fiesta compartidas y fechorías ocultadas a su padre. Le decía que lo quería. Y le pedía perdón. Todos los días, a todas horas. Y, como Tiffany, le suplicaba que volviera.

Las horas fuera del hospital eran una pesadilla que Dylan y Tiffany no sabían cómo llenar. Lo hacían con silencios que, entre ellos, y con todo lo que estaban compartiendo, nunca eran incómodos. Sus días se habían convertido en periodos de tiempo de una hora en los que sobraban las otras veintitrés. Nunca se separaban, porque los dos necesitaban apoyarse en el otro, pero, sobre todo, porque el hematoma de Jackson parecía al fin estar disminuyendo de tamaño y querían estar juntos si llegaba la llamada con la que soñaban, la que les anunciara que había despertado. Ellos no lo decían en alto, pero también pensaban que lo mejor sería estar juntos si llegaba la llamada que más miedo les daba en el mundo, si algo se complicaba y Jackson no conseguía salir adelante.

La mañana en que Tiffany recibió el email que le comunicaba oficialmente la rescisión de su contrato en la cárcel de Westmoore Fields, decidió acercarse hasta la prisión a despedirse de los que habían sido sus alumnos. Fue un momento emotivo, en el que ni siquiera Brian hizo comentario alguno fuera de lugar, e incluso José le dio las gracias por todo lo que había hecho por ellos y le pidió disculpas por no haber sido más

colaborador. La ausencia de Jackson, y los motivos de esta, estaban tan presentes en aquella biblioteca que, aunque ninguno los mencionó, todos supieron que los demás estaban pensando en ello.

—Señorita Thownsend, ¿puedo aprovechar que está aquí para consultarle algunas dudas sobre el libro que estoy leyendo? —le preguntó Walter, antes de que el nuevo profesor entrara en el aula para retomar la clase que ella había interrumpido.

—Sí, por supuesto, Walter. No hay problema.

El chico se acercó al estrado y se aseguró de que los otros dos presos no lo escuchaban. Estaban distraídos hablando entre ellos, así que asumió que era seguro decir lo que tenía que decir. Lo que llevaba seis días torturándolo, porque tenía el encargo más importante de su vida y temía no ser capaz de cumplirlo. Y se lo debía a Jackson, que lo había ayudado desde el principio y al que puede que le debiera su propia supervivencia en prisión.

—¿Cómo está Jackson, señorita? —le preguntó en un susurro.

Tiffany abrió los ojos como platos. Walter no tendría por qué saber que ella estaba en contacto con Jackson, pero en los ojos oscuros del que había sido, en cierto modo, su alumno favorito, descubrió muchas más certezas de las que pensaba.

—Mal. Está... está en coma. Esperamos que despierte, pero... —Se le llenaron los ojos de lágrimas y tragó saliva con fuerza para evitarlas.

—Todos por aquí estamos muy preocupados por él. La paliza que recibí fue...

—No... No quiero saberlo —suplicó Tiffany, ya rendida al hecho de que Walter sabía mucho más sobre su relación prohibida de lo que esperaba.

—Me dio algo antes de que ocurriera aquello.

—¿Qué? —Tiffany volvió a sorprenderse, mucho más esta vez.

—La misma mañana en que le dieron la paliza, se acercó a mí y me dio una hoja de papel. Me pidió que la guardara en secreto y que solo se la diera a usted cuando volviera a verla. La he tenido entre las hojas del libro de lectura durante todos estos días.

—¿Y qué...? ¿Qué dice? —No sabía ni cómo se atrevía a preguntar aquello, teniendo en cuenta que estaba segura de que lo que dijera ese papel iba a destrozarle el corazón.

—Oh, no, no. No la he leído, señorita. Mi mamá me enseñó a respetar la correspondencia privada de los demás. —Abrió su libro y dejó ante ella una hoja de papel, cuidadosamente doblada a la mitad—. Es para usted.

—Gracias, Walter.

—A usted. Por todo lo que me ha enseñado.

Tiffany le respondió con una sonrisa cariñosa, porque su garganta se había quedado sin la capacidad de pronunciar sonidos. Solo cuando el chico ya se dirigía a su mesa, volvió a llamarlo.

—¿Sí, profesora?

—Lo vas a conseguir, Walter. Aprobar el curso y salir de aquí. Estoy segura de ello.

—Sí... Yo también lo creo. —Le correspondió con otra sonrisa de oreja a oreja, y Tiffany se dispuso a marcharse.

Apenas se despidió de Joe ni del resto de funcionarios, a pesar de que tenía bastante claro que no volvería a verlos jamás. Pero es que la nota de Jackson le quemaba en el bolso y necesitaba llegar a la intimidad de su coche para leerla. Y, cuando lo hizo, deseó no haberse apresurado, haber tenido un último momento de paz, antes de que el dolor y la culpa se la llevaran por delante.

*Tiff...*

*Lo siento. No he encontrado otra manera de salir de esta. Sé que has ido a hablar con Dylan y, si conozco a mi hermano como siempre lo he hecho, sé que se entregará. Yo ya he perdido más de siete años de mi vida, no tiene sentido que ahora sea él al que le toque pasar por lo mismo. Quiero que Dylan esté donde me imagino que está ahora, cuidando de mis hermanos pequeños.*

*Te pido perdón por no haber sabido hacer las cosas de otra manera, pero mi vida vale muy poco en comparación con las de mis hermanos. En realidad, lo único valioso que ha habido en mi vida en los últimos siete años has sido tú, y no puedo darte lo que te mereces. Nadie puede, porque te mereces el mundo entero, pero yo menos que nadie.*

*Te quiero. Quiero que lo sepas, que te he querido como pensé que no se podía querer a otra persona. Me salvaste, Tiff, nunca te atrevas a pensar lo contrario. Ojalá nos hubiéramos conocido en otro tiempo y otro lugar.*

*Sigue adelante. Sé que lo conseguirás porque siempre consigues lo que te propones. Incluso meter en vereda a un imbécil que pensaba que ya nada merecería la pena después de tantos años en la cárcel. ¡Qué equivocado estaba! Tú hiciste que todo mereciera la pena.*

*Perdóname.*

*Te quiero.*

*Jackson.*

Las lágrimas cayeron de los ojos de Tiffany durante tanto rato que pensó que se ahogaría en ellas. Leyó y releyó la carta de Jackson, su despedida, su forma de decirle que se iba porque así creía que salvaría a su hermano y, en cierto modo, que también la salvaría a ella. La culpabilidad se retorció en sus entrañas, más consciente que nunca de que, si Jackson moría, habría sido ella quien desencadenara ese final con su negativa a escucharlo y su obsesión por que Dylan pagara la pena que le correspondía.

Al pensar en Jackson, recordó que llevaba desde que había entrado en Westmoore sin consultar el móvil, y el corazón se le aceleró. Y, en cuanto vio en la pantalla dieciséis llamadas perdidas de Dylan... se le desbocó.

—¿¿Tiffany?? ¿¿Dónde estabas, joder?? —La voz sobresaltada e histérica de Dylan al otro lado del teléfono, en cuanto consiguió que sus manos dejaran de temblar y logró devolverle la llamada, la puso en alerta.

—¿Qué pasa, Dylan? —preguntó, con el pánico impregnando su voz.

—Tienes que venir a recogerme, Tiffany. Ahora.

—¿¿Qué pasa?? —insistió.

—Jackson acaba de despertar.

## 23

### Para siempre

Corrían por los pasillos del hospital con el alma en un puño y mil incertidumbres flotando en sus cabezas. Dylan había recibido la llamada de la esperanza, la que soñaban desde hacía días, en tal estado de nerviosismo que ni siquiera había preguntado cómo se encontraba su hermano. Y, cuando al fin dio con Tiffany, ninguno de los dos quiso conocer esas noticias por teléfono.

Contuvieron el aliento cuando llegaron a la puerta de la unidad de cuidados intensivos, cogidos de la mano, más que para darse apoyo, para tirar uno del otro y alcanzar su objetivo lo antes posible. Pero, entonces, Dylan se detuvo.

—Entra tú.

—Pero ¿qué dices? Estás deseando verlo.

—Sí, pero os merecéis un rato a solas —reconoció Dylan—. Tú... lo has devuelto a la vida, Tiffany.

—No —susurró ella—. Ha estado a punto de perderla por mi culpa.

—No, no. No te equivoques. Yo soy el único que le ha robado la vida. — A Dylan se le rompió la voz, y se acercó a ella para darle un beso tierno en la frente, un gesto fraternal entre dos personas que habían compartido tanta angustia en los días anteriores—. Venga, entra ya. Yo iré a buscar a su médico, a ver qué me cuenta.

Tiffany le hizo caso y entró en la habitación con el corazón golpeándole el pecho del puro miedo a encontrarse a un Jackson maltrecho. Más de lo que ya sabían que estaba. Miró con prudencia hacia su cama, como preparándose poco a poco para que se le rompiera el corazón. Pero, simplemente, lo encontró dormido.

Los moratones de su cara y su cuerpo habían ido perdiendo color a lo largo de aquellos días, como dejando solo un recuerdo de una pesadilla que jamás olvidarían. Las cicatrices tenían mejor aspecto y algunas de las vendas habían desaparecido. Incluso el rictus de dolor que había presidido su cara desde el primer día parecía relajado. Tiffany se sentó con delicadeza en la silla que había junto a la cama, porque no quería perturbar su descanso por mucho que le apeteciera abrazarlo, hablarle y hasta enfadarse con él por lo que había hecho.

Jackson pareció percibir su presencia y abrió los ojos. Muy poco a poco, y con un gesto de dolor en la cara debido a la claridad, consiguió enfocar la mirada en Tiffany.

—¿Estoy soñando?

—No lo sé —le respondió ella con un hilo de voz.

—Joder, si estoy soñando mataré a quien me despierte.

Él sonrió, aunque hasta ese gesto pareció dolerle, y ella no pudo evitar contagiarse.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado por encima un camión. O Ronnie, el neonazi del módulo tres. Ah, espera, eso es justo lo que ocurrió.

—Lo que provocaste que ocurriera. —Tiffany no pensaba hacerle ese reproche hasta asegurarse de que se encontraba bien, pero... no pudo resistirse. La preocupación había eclipsado al enfado durante días, pero, en cuanto esta había desaparecido, la ira por lo que Jackson había estado a punto de hacerse a sí mismo se abrió paso a codazos por su cuerpo.

—Lo siento. Yo... yo no vi otra salida. —La miró a los ojos, por primera vez, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no perderse en esa mirada acuosa y decirle que le perdonaba todo—. Sabía que habías ido a hablar con Dylan y no podía permitir que él entrara en la cárcel. Prefería estar muerto que saber que mi hermano tendría que pasar por todo lo que pasé yo.

—Pero no volverías a verme. —Tiffany había estado reteniendo las lágrimas, pero no pudo más y se le desbordaron.

—Por eso sé que fue un error.

—Yo también cometí el mío. Perdona que no te hiciera caso —le concedió ella.

—Solo si tú eres capaz de perdonarme que haya hecho esto. Fue un error. Lo sé. Y lo siento.

La mirada de Jackson se perdió en la sábana, pero Tiffany no se lo permitió. Cogió su mentón con dos dedos y lo obligó a enfrentar su mirada.

—Te perdono —le aseguró, sincera—. Pero, si vuelves a hacer algo que te ponga en peligro, te juro que yo misma te romperé el otro brazo.

Y al fin llegó el beso. El que los dos llevaban soñando tanto tiempo que llegaron a temer que se convirtiera en un imposible. Jackson habría asegurado que, incluso en coma, había echado de menos esos labios que le decían sin palabras lo que siempre había deseado oír.

—Los médicos dicen que sigues siendo el mismo cabrón afortunado de

siempre. —Dylan se había jurado darles un buen rato de intimidad, hasta que Tiffany saliera a buscarlo, pero no se resistió a irrumpir en la habitación. Llevaba más de siete años sin ver a la persona más importante de su vida, y no aguantaba un segundo más—. Cosa que ya me había quedado clara cuando me enteré de que habías conquistado a Tiffany.

—Dylan... —La voz de Jackson se perdió en un susurro, pero a Tiffany le sonó más firme que en ningún otro momento desde que había despertado —. Me han dicho que has estado intentando robarme a mi novia, mamón de mierda.

Tiffany se rio entre lágrimas porque solo había necesitado esas dos frases para hacerse una idea del tipo de relación que habían mantenido Jackson y Dylan antes de que la vida jugara con ellos de la manera más cruel. Dio un pequeño respingo al escuchar a Jackson referirse a ella como *novia*, pero enseguida sonrió con orgullo. Le gustaba ser la novia de Jackson Higgins, o Jackson Crawford, o como quiera que lo tuviera que llamar a partir de entonces. Joder, le gustaba mucho serlo.

—Jackson...

El humor dejó paso a las lágrimas. Dylan se acuclilló junto a la cama de su hermano y se abrazó a él, mientras su cuerpo se convulsionaba entre sollozos y peticiones de perdón entrecortadas. Tiffany vio como Jackson cerraba los ojos, y supo, en un instante, todo lo que estaba sintiendo: el dolor en las costillas porque, sin duda, Dylan estaba apretando más de la cuenta; el alivio de volver a tener allí a la persona con la que más había compartido en toda su vida; la emoción condensada en aquella nuez que le subía y le bajaba por la garganta; y, por encima de todo, la paz. La serenidad de saber que las cosas estaban en su sitio, al fin. O, al menos, se encontraban muy cerca de estarlo. Para siempre.

—¿Los enanos? —Jackson no esperó a que Dylan se separara para preguntarle por sus otros hermanos.

—¿Enanos? Cole es más alto que yo, y Ben te saca una cabeza. —Los dos se rieron—. Están bien, perfectos. Trabajando conmigo. No saben...

—¿Qué?

—No saben nada, en realidad. Ni lo que ocurrió en el pasado ni que ahora estás... así.

—¿Así?

—Sí, con el cuerpo medio roto, vaya. Se lo contaré en cuanto vuelva a casa.

—¿Qué te han dicho los médicos? —Tiffany no pudo evitar preguntar. Jackson tenía mucho mejor aspecto del que se podía esperar de alguien que llevaba casi una semana en coma, pero ella prefería fiarse del criterio de los doctores que de su propio instinto.

—El hematoma de la cabeza está prácticamente reabsorbido. Le dolerá como si tuviera doscientas resacas a la vez durante unos días, pero... que se joda. Por hacer el imbécil en el patio.

—¿Y el resto? —se interesó Jackson. Los médicos se lo habían explicado todo cuando acababa de despertar del coma, pero estaba tan desorientado, y tan deseoso de ver a Tiffany, que no había retenido nada.

—Las costillas irán curando, la rodilla irá curando... Ese brazo te dará un poco la lata, pero, en general, con que no vuelvas a plantarte delante de un neonazi en el patio, parece que saldrás intacto de esta.

—Bien.

—Sí, bien.

El silencio se adueñó por unos momentos de aquella habitación en la que había tantas cosas por decir. Las miradas volaban de unos a otros, y Tiffany sintió la necesidad de dejarles intimidad a los dos hermanos.

—Ni se te ocurra irte a ningún sitio. —La detuvo Jackson, en cuanto hizo amago de moverse—. Pienso aprovechar todas y cada una de las horas que me queden antes de volver a Westmoore. Y, si me conoces lo más mínimo, sabrás que pienso tener mucho sexo en esta cama de hospital.

—¡Por Dios! ¿Había necesidad de decir eso delante de mí? —protestó Dylan.

—¡Callaos! —Tiffany se carcajeó y se dio cuenta de que llevaba siglos sin hacerlo.

—Hablo en serio —aseguró Jackson—. No te vayas, Tiff. No hay nada que le tenga que decir a mi hermano que no puedas escuchar tú.

—Gracias —respondió ella, en un susurro.

—No sé si me dará tiempo a regresar a las clases en la cárcel, pero entiendo que, al ser por motivos médicos, me aprobarán el curso. ¿Sabes algo, Tiff?

—He dejado el trabajo.

—Pero...

—No, en serio, Jackson. No podía seguir allí contigo en el hospital. No pasa nada. Hay un nuevo profesor y, con los informes que le he dejado, estoy segura de que pasarás el curso sin problema.

—Entonces...

—Podrías estar en la calle en tres meses.

—Dios...

Jackson lo sabía, pero escucharlo de boca de otra persona lo hizo real. Después de más de siete años, acariciaba la libertad con las yemas de los dedos. Tres meses más y sería libre. Se alegraba de que parte de ese tiempo pasara en el hospital, aunque fuera con ese horrible dolor en el costado que le entrecortaba la respiración. Eso, el brazo roto y la rodilla dislocada, paradójicamente, eran su pasaporte para un poco más de libertad y, esperaba, algo de tiempo de calidad con Tiffany.

—Ya sé... Ya sé que un día te pedí lo contrario, Tiff, pero... Espérame. Por favor.

—Estás loco si piensas que voy a irme a alguna parte.

Jackson echó un vistazo rápido a su hermano, esperando el cachondeo que seguiría a su declaración de amor a Tiffany, pero lo encontró circunspecto y con los ojos humedecidos. Por una parte, Dylan y él seguían siendo los de siempre, pero... no había que ser muy listo para saber que quedaba por delante mucho trabajo de reconciliación. Más de cada uno de ellos consigo mismo que entre los dos.

—Me jode la vida decir esto, pero es la quinta vez que la enfermera me hace un gesto para que nos larguemos —dijo Dylan.

—Sí, tenemos que dejarte descansar —le dijo Tiffany, dejando un beso breve sobre sus labios magullados, que Jackson no dudó en alargar lo que pudo—. ¿Necesitas algo?

—Que volváis mañana.

—Siempre volveremos —le respondió Dylan, adelantándose a Tiffany.

—Lo sé.

—Jackson, yo... —empezó su hermano.

—No, Dylan —le cortó—. Lo que haya que hablar... cuando salga de Westmoore. Ahora, solo... cuida de Tiff, ¿vale?

—¿Yo? —Dylan abrió los ojos, sorprendido.

—Claro. ¿Tienes algo mucho más importante que hacer?

—Por supuesto que no, pero... no pensé que tú...

—Confío en ti, Dylan. —Jackson adivinó por dónde iban los pensamientos de su hermano y necesitó que entendiera lo que sentía—. Siempre lo he hecho. Sabía que estarías bien, joder.

—Cuidaré de ella. Cuida tú de ti mismo, anda.

—Lo haré.

## **Epílogo**

### **Tres meses después**

La casualidad quiso que Tiffany volviera a recalar en el aparcamiento de la cárcel de Westmoore Fields un asfixiante de verano. Hacía casi un año de su entrada por primera vez entre aquellos muros que le habían cambiado la vida por completo. Pero todo era tan diferente a aquel primer día que la sonrisa no le cabía en la cara de tanta felicidad que albergaba dentro.

Jackson saldría por aquellas puertas en cualquier momento y, por primera vez, lo haría como un hombre libre. Cuando se curó del todo de sus lesiones, finalizó el curso, y Jackson, por supuesto, lo aprobó con nota, un comité evaluador de la prisión tuvo en cuenta diversos factores para reducir su condena y los nueve meses que todavía le quedarían en aquel agujero se vieron reducidos a tres.

Tres meses eternos, en los que Tiffany lo había visitado las dos veces por semana que permitían las leyes del centro. Al principio, Jackson había pretendido mantenerla alejada, como había hecho desde el comienzo de su condena con sus hermanos, pero ella no le había hecho el menor caso. Si había podido verlo a diario durante meses en una relación profesora-alumno, nada le impediría seguir viéndolo en ese nuevo estatus que aún le daba vértigo de novia-novio.

Tiffany no estaba sola aquel día, al contrario de lo que había ocurrido el del año anterior, cuando sentía que no tenía ni una sola persona en todo el mundo en la que apoyarse. Hacía un par de horas que había ido a recoger al aeropuerto a las tres personas que sabía que Jackson más querría tener a su lado en las primeras horas de libertad, además de a ella.

Dylan se había convertido en su gran apoyo en los eternos tres meses de espera desde la revisión de sentencia de Jackson hasta el gran día en que diría adiós para siempre a Westmoore Fields. Él le había contado su historia al completo, cargada de dolor y una culpabilidad por haberle robado ocho años de su vida a su hermano de la que quizá no se desharía jamás. Llevaba rehabilitado de sus problemas con las drogas algo más de siete años. De hecho, apenas había visto a Jackson durante las semanas que este había permanecido en libertad bajo fianza a la espera de aquel juicio que había truncado su vida, porque estaba inmerso en su rehabilitación. Le había contado que, en cuanto se enteró de que Jackson había sido detenido, había

corrido a la comisaría del campus a confesar que era él el responsable del delito de tráfico de drogas. Pero su hermano había conseguido que le dejaran hablar con él, le había explicado la realidad, que él no sobreviviría en prisión con el nivel de dependencia que tenía por aquella época y le había mentido, asegurándole que los abogados no pensaban que fuera a pasar más de seis meses en la cárcel. Dylan, en la nube de narcóticos que era su cabeza en aquel momento, lo había creído. Y le había pedido ayuda a Cole. La ayuda más importante de su vida, depositada en un hermano que ni siquiera había cumplido la mayoría de edad.

Tiffany había conocido a Cole un mes atrás, y había entendido solo con un par de gestos por qué sus hermanos confiaban tanto en él cuando una situación requería cordura. Jackson era el mayor y había sido el protector, pero también algo bandido en su adolescencia y, sin duda, mucho más durante su estancia en la cárcel. De Dylan poco más había que contar que lo que decía sobre él su historial con las drogas. Y Ben era demasiado tímido y callado como para calarlo sin conocerlo bien. Así que Cole fue la esperanza que había tenido Dylan para su desintoxicación. Y gracias a Dios que había salido bien, porque, desde luego, no era algo demasiado ortodoxo. Le había pedido que lo encerrara en la cabaña del jardín de su casa, tapiando puertas y ventanas y dejando solo la pequeña portezuela del perro para que le suministraran comida y agua una vez por semana. Allí había pasado Dylan tres meses de infierno, en los que el síndrome de abstinencia amenazó con llevárselo al otro mundo varias veces. Soportó solo los temblores, los vómitos, el frío atroz tan incongruente con aquel sudor que siempre perlaba su piel... y lo peor de todo, la culpabilidad inmensa que llegaba en los momentos de lucidez. Había destrozado la vida de la única persona por la que daría la suya. Él era el que debía entrar en aquella cárcel, aunque saliera de ella con los pies por delante por una sobredosis. Solo fue capaz de aguantar porque no tenía otra salida, literalmente: estaba encerrado. Y porque soñaba con, seis meses después, recoger a Jackson a la salida de la cárcel y celebrar juntos la libertad de ambos, la de Jackson fuera de prisión y la suya fuera de las drogas.

Cuando supo que Jackson le había mentado ya era demasiado tarde. Fue en la misma sala de juicio, en la primera salida que Dylan hizo al exterior de aquella cabaña. Tan pálido y ojeroso que parecía un cadáver, pero con el organismo libre de drogas y alcohol por primera vez en meses. Cuando escuchó la sentencia de ocho años, su mundo entero se vino abajo. Se

despidió de Jackson con el abrazo más culpable de la historia, con su propia versión del beso de Judas. Apenas se dirigió la palabra con sus hermanos en el coche de vuelta a casa. Cole parecía ligeramente satisfecho, lo que le confirmó a Dylan que todos sabían que las noticias podrían haber sido incluso peores y que aquella falacia de los seis meses no había sido más que una treta de su hermano para pagar el pato en su lugar.

Ben no dejaba de llorar, y Dylan tenía muy claro que no le faltaban motivos para ello. Había perdido a su madre nada más nacer. A su padre, en el momento en que Jackson fue detenido y el cabeza de familia les hizo elegir a los tres hermanos entre repudiarlo o dejar de considerarse hijos suyos; ninguno dudó. Lo volvería a perder, de nuevo, cuando tres años después, un infarto los dejó huérfanos cuando aún eran demasiado niños para asumirlo. Y a su hermano mayor, a quien lo había protegido desde la cuna, en una sentencia injusta.

Dylan le había contado la triste historia familiar a Tiffany cuando al fin todas las verdades habían visto la luz. Al menos, para ellos tres, porque Jackson les hizo jurar que Cole y Ben nunca sabrían la verdad. Ellos habían aprendido, en esos años, a respetar a Dylan como el *nuevo* hermano mayor, y ya habían recibido demasiados palos en sus cortas vidas como para confirmarles que habían vivido también una mentira. Aquella conversación había sido una de las cosas más duras que Tiffany había tenido que presenciar jamás. En una de las visitas de Dylan a Jackson en el hospital, cuando aún se recuperaba de sus heridas, y había tenido que escuchar de boca de su hermano que su padre había muerto sin perdonarlo. Tiffany era incapaz de comprender cómo Jackson podía sobrevivir a todo el dolor que había tenido que soportar en la última década, pero, según fue conociendo a sus hermanos, comprendió que había suficiente amor entre ellos para cicatrizar cualquier herida, incluso aunque llevaran años sin ver al mayor de todos.

Y allí estaban los cuatro, Tiffany, Dylan, Cole y Ben, cuando las enormes puertas metálicas de la prisión se abrieron. Los hermanos permanecían apretujados en el asiento trasero del Mini, porque querían darle una sorpresa a su hermano mayor. En el fondo, seguían siendo como niños.

Tiffany corrió hacia Jackson, que la levantó en volandas y la besó con un ansia tan grande como la que tenía de libertad. Le plantó sus dos enormes manos en el culo, y la apretó contra él con tanta fuerza que el guarda de la garita de entrada no pudo evitar que se le escapara una carcajada.

—¡Buscaos un hotel! —exclamó una voz desde el fondo del

aparcamiento, y ese fue el pistoletazo de salida a un reencuentro que Tiffany siempre recordaría con lágrimas en los ojos.

Había sido Dylan quien había gritado, pero Cole y Ben habían acompañado sus palabras con aplausos y silbidos. Jackson se quedó paralizado un momento, como si no entendiera que hacían allí, o si realmente lo estaban o era fruto de su imaginación. Pero ese momento no pasó de una fracción de segundo y, en cuanto los localizó, soltó a Tiffany, sin que a ella le molestara lo más mínimo, y corrió como alma que lleva el diablo hacia aquellos tres hombres que hacían un esfuerzo sobrehumano para que no se les escaparan las lágrimas.

—Jamás me perdonaré haberte hecho esto —le dijo Dylan, muy pegado a su oído y con la voz entrecortada, cuando fue el primero al que abrazó.

—No hay nada que perdonar —le respondió Jackson en un susurro. Le puso las manos sobre los hombros y le dijo la mayor verdad que sentía en aquel momento—. La vida empieza hoy.

—Te he echado de menos, hermanito —le dijo Cole.

—Joder, Ben... ¿Cómo has podido crecer tanto? —Jackson no se podía creer que aquel chaval de quince años al que había dicho adiós se hubiera convertido en todo un hombre.

Ben le respondió encogiéndose de hombros y esbozó una sonrisa que hizo que a Jackson se le borrara un poco la pena de haberse perdido tanto tiempo junto a ellos.

Volvieron junto a Tiffany, entre frases interrumpidas y preguntas de todo tipo. No era fácil ponerse al día de ocho años separados. Tiffany sacó por última vez su silbato mental de profesora estricta y puso orden entre ellos. Indicó a los tres hermanos menores que se pasaran al asiento de atrás, y le ofreció las llaves de su coche a Jackson.

—Supongo que, después de casi ocho años, te apetecerá volver a conducir.

—¡Joder! ¡Claro que sí! —le respondió él, pasándose al lado del conductor.

—¿Quién te iba a decir a ti que el primer coche que conducirías en libertad sería un Mini blanco, eh, Jackson? —se burló Cole.

—Nácar. Es nácar, en realidad —les respondió Tiffany, arrugando la nariz.

—Emmmm... chicos... —Jackson cortó las risas de todos haciendo la pregunta que parecía que nadie antes se había planteado—. ¿Y a dónde coño

vamos?

El silencio se cernió sobre el coche, ya que, aunque pudiera parecer increíble, ni Tiffany ni los tres hermanos de Jackson habían pensado en ello. A ninguno le apetecía volver a Newport, donde los rumores y los padres de Tiffany serían sus peores enemigos. Ni siquiera sabían a cuál de esas dos amenazas les apetecía menos enfrentarse.

—Yo me conformo con salir de Kentucky y no volver aquí jamás —aportó Jackson.

—Lo mismo digo —afirmó Tiffany que, aunque siempre le agradecería a aquel lugar la oportunidad de conocer al amor de su vida, no olvidaba que ese estado estaría siempre unido al dolor más profundo para Jackson.

—Habrá que celebrar este reencuentro por todo lo alto, ¿no? —propuso Ben.

—Pues, si la cosa va de celebrar... —Jackson creyó distinguir un brillo travieso en los ojos de Cole, y se alegró de que siguiera allí después de tantos años.

—...la única respuesta posible es Las Vegas —confirmó Dylan.

—¿Estáis mal de la cabeza? —protestó Jackson, ignorando que sus hermanos ya celebraban chocando los cinco el que parecía ser el destino de su viaje—. ¿Sabéis que tardaríamos unas treinta horas en llegar?

—¿Tienes algo mejor que hacer con tu tiempo, hermanito? —se burló Dylan.

—No... ¡Joder! ¡No! —Jackson estalló en carcajadas y se dio cuenta de que hacía años, siete y medio para ser exactos, que no escuchaba ese sonido procedente de sus cuerdas vocales.

—¡Vámonos! —Y Tiffany fue quien selló el pacto.

Veintinueve horas y muchos turnos para conducir después, entraban en la ciudad del pecado. Dylan había tenido que convencer a todos los ocupantes del vehículo de que estaba lo suficientemente recuperado de aquellas adicciones que habían quedado atrás hacía mucho tiempo como para poder permitirse un fin de semana allí. O los días que hicieran falta.

Pidieron dos *suites* en el Bellagio, que pagaron con la tarjeta de crédito negra de Dylan, y se instalaron en ellas. Tiffany y Jackson en una; los tres hermanos menores en la otra. Aunque tardaron poco en reunirse todos en el salón de una de ellas.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Tendremos que dormir, ¿no? —propuso Cole, ahogando un bostezo.

—Son las cuatro de la tarde.

—Yo apoyo lo de dormir —añadió Dylan.

—Está bien —refunfuñó Jackson, que llevaba todo su tiempo en libertad cargado de una energía que se lo comía vivo. No podía ni plantearse dedicar sus primeros días en libertad a dormir. Quería más. La quería a ella. En aquel momento. Desnuda. En su cama. Pero antes...—. Dormid un par de horas. Pero a las siete en punto os quiero a todos en el *hall*, ¿de acuerdo?

—Joder, sigue siendo igual de mandón que antes de ir a la cárcel —bromeó Ben.

—¿Y qué es eso tan importante que tenemos que hacer a las siete en punto? —preguntó Cole, imitando el tono autoritario de su hermano.

—Ah, eso... —Ahí iba. La bomba. Boom—. A esa hora planeo llevar a esta mujer a la capilla más cercana y convertirla en mi mujer para el resto de mi vida. —Miró a Tiffany, que acababa de llevarse las manos a la boca para ahogar un sollozo—. Si ella está de acuerdo, claro.

Se hizo el silencio en aquella habitación. Tres pares de ojos miraban a Tiffany con curiosidad, y el restante lo hacía con anhelo. Con el de que dijera que sí y diera el pistoletazo de salida al resto de sus vidas, de unas vidas que ya no querían vivir separados.

—Pero... pero... —ella tartamudeó, incapaz de responder—. Pero ¿cómo no voy a estar de acuerdo?

Hubo abrazos, palmadas en la espalda, besos y todo tipo de felicitaciones. Pero Jackson las cortó pronto, cogiendo en brazos a su futura esposa y sacándola de aquel follón celebratorio en el que habían caído sus hermanos. Apostaba a que, al final, ninguno se echaría esa siesta que tanto habían anunciado.

Jackson se las arregló como pudo para abrir la puerta de su dormitorio con Tiffany aún en brazos. No la soltó hasta que pudo depositarla con mimo sobre la cama.

—Ahora sí que vas a ser mía. Para siempre. —Los ojos le brillaban de deseo. Tanto que deslumbraban a Tiffany, si es que había alguna posibilidad de que Tiffany estuviera más deslumbrada por Jackson.

—Y tú mía.

—Desnúdate.

Tiffany obedeció. Le gustaba el Jackson autoritario del dormitorio. Aunque, en realidad, nunca habían tenido la oportunidad de compartir una cama. Él pareció leerle el pensamiento.

—No tienes ni idea de cuánto necesitaba tenerte así. En una cama, desnuda y solo para mí.

Se deshicieron de la ropa a patadas. Una costura de la camiseta nueva que Tiffany había comprado a Jackson para ese día se rompió en el proceso. Forcejearon por ser el primero en tocar al otro, en besarlo, en lamerlo. Las manos fueron rápidas y las bocas lentas. Tiffany se tumbó sobre el lujoso edredón color marfil de la cama, y Jackson tardó una milésima de segundo en estar encima de ella. La besó. En todas partes. En los labios, que ya se había aprendido de memoria; en el cuello, la mandíbula, el lóbulo de la oreja... y siguió bajando. Sus dientes apresaron uno de sus pezones y Tiffany chilló. No sería la última vez que lo hiciera. La cabeza de Jackson se perdió entre sus piernas y su lengua lamió ese punto que Tiffany solo había conseguido estimular a solas hasta que lo conoció. La besó con ahínco, y ella apresó en sus puños la ropa de cama para evitar correrse a la primera pasada de su lengua. Entre jadeos y gemidos, le repetía que lo quería, que siempre lo haría, que era el amor de su vida.

—Córrete en mi boca, Tiff.

La sensualidad con la que dijo aquellas palabras fue el detonante para que su cuerpo, sin pedir permiso, le diera a Jackson lo que quería. Sintió los espasmos en cada célula de su cuerpo y temió que los gritos que emitía se escucharan en todo el hotel. Aunque, en realidad, le daba exactamente igual.

Jackson subió trepando por su cuerpo, aunque dejó uno de sus dedos ocupándose de estimular las réplicas de aquel terremoto que se había desatado entre las piernas de Tiffany. La besó en la boca, con fuerza, posesivo, con un deseo primario de que ella sintiera el sabor de su propio placer enredado entre las lenguas de ambos. Rozó con las yemas de sus dedos la suave piel de su cuello, y ella lo imitó, enredando una mano en su pelo y tocando su incipiente barba con la otra. Se había afeitado antes de salir de la cárcel para darle mejor impresión, pero llevaban ya día y medio fuera y una sombra había vuelto a aparecer allí. Mejor. Las marcas irritadas en el interior de los muslos de ella lo ponían aún más cachondo, si es que eso era posible.

La penetró de una sola estocada. Hasta el fondo y bien fuerte. Tanto, que ella gritó, con una mezcla de placer y dolor que a él, que Dios lo perdonara, no le produjo ni el menor remordimiento. A ella tampoco pareció afectarle demasiado, pues lo siguiente que Jackson notó fueron los pies de Tiffany clavándose en sus nalgas, en un gesto que solo podía significar que lo quería lo más adentro posible. Y quizá duro. Oh, por favor, que significara que lo

quería duro. Por eso, habría merecido la pena la espera.

Follaron durante minutos, horas, décadas... ¿Qué más daba? Jackson se mordía el labio inferior para provocarse algo de dolor con el que hacerle olvidar a su cuerpo las ganas que tenía de correrse. Sí, había follado con Tiffany en la cárcel, pero hacía ocho malditos años que no hacía el amor, si es que alguna vez había hecho tal cosa. Y estaba en una cama de un hotel de lujo de Las Vegas, después de haber pasado más tiempo del que un humano puede permanecer cuerdo durmiendo en camastros mugrientos. Si ese no era el jodido mejor momento de su vida, no sabía cuál podría serlo.

El orgasmo llegó. Claro que llegó. Y todo pareció conspirar para que fuera la culminación perfecta a un momento perfecto, porque, justo en el momento en que ambos sintieron que comenzaban a ascender por esa ladera que los llevaría a deshacerse entre jadeos, las fuentes del Bellagio comenzaron su espectáculo de música y luz, y ambos se corrieron con sus gritos ahogados por los acordes de una vieja canción italiana. Sí, los momentos perfectos, definitivamente, existían.

Dormitaron un rato, hasta que Tiffany despertó con un sobresalto que asustó a Jackson.

—¿Qué ocurre?

—¿Iba en serio lo de casarnos a las siete de esta tarde?

—Mmmmm... ¿De verdad me estás preguntando eso? —se burló él, y ella no pudo evitar que sus ojos se pasearan por aquel glorioso cuerpo desnudo. Todo su torso y sus brazos estaban cubiertos por intrincados tatuajes, pero, quizá porque ella había dedicado mucho tiempo a aprendérselos de memoria, descubrió uno nuevo en medio de toda aquella tinta.

«Tiff» rezaban unas letras de aspecto gótico sobre su pecho izquierdo, muy cerca de la rosa que representaba a su madre, justo encima del corazón. Sin decir nada, se acercó a él y acarició aquellas palabras, aún algo hinchadas y rodeadas por un tono rosado que hablaba de que era algo reciente.

—Me lo hice la última noche. Bueno, me lo hizo el tipo que tenía la máquina allá dentro.

—Es precioso... —Los ojos de Tiffany estaban llenos de lágrimas. Sí, le había pedido que se casara con ella, pero aquel tatuaje era algo incluso más permanente.

—Quería que fueras lo último que me llevara de allí —le dijo, pero enseguida se corrigió—. *Eres lo único bueno que me he llevado de allí.*

Pasaría otra vez por todo aquel infierno con tal de conocerte de nuevo.

—No tendrás que pasar por ningún infierno. Siempre voy a estar a tu lado. —Le dio un beso sobre el tatuaje—. Y este es el anillo de compromiso más maravilloso que podrías haberme dado.

—Pues me ha salido barato —bromeó él, antes de darse cuenta de algo—. Por cierto, ¿por qué te has asustado tanto antes?

—¡Joder! ¡Eso! Si nos casamos dentro de... —miró su reloj y se llevó las manos a la cabeza— cuarenta y cinco minutos, tendré que hacerme con un vestido de novia, ¿no crees?

Él asintió, entre carcajadas, y Tiffany se arregló en tiempo récord. Se lavó y se secó el pelo a toda velocidad, confiando en que el clima extremadamente seco de Las Vegas le permitiera conservar el liso natural de su melena. Se maquilló de forma discreta y salió disparada de la habitación, encaminada a una de las muchas boutiques que había en el hotel. Si había un lugar en el mundo en el que era sencillo encontrar un vestido de novia, sería en Las Vegas.

Pero no fue necesario. En cuanto abrió la puerta de la *suite* se topó con sus tres futuros cuñados vestidos con sendos *smokings* negros, pajarita incluida, y con dos portatrajes en las manos.

—Hemos pensado que, con todo el tema de follar como salvajes, no habríais encontrado tiempo para comprar ropa adecuada para esta noche —se burló Dylan.

—Esperamos haber acertado con la talla y el modelo, *cuñada*. —Fue el turno de Cole.

—¡Os voy a romper la cara a todos como sigáis con el cachondeo! —gritó Jackson desde el cuarto de baño.

Tiffany le dio el relevo y, media hora después, salían todos guapísimos del hotel en dirección a la capilla que les habían indicado. La ceremonia fue breve, un puro trámite en realidad, pero ella no pudo evitar emocionarse, a pesar de que jamás, en toda su vida, había imaginado que se casaría con un vestido de treinta y cinco dólares que, a pesar del precio, era perfecto: blanco roto, por encima de la rodilla, con unos detalles de encaje en el bajo y en las mangas y muy discreto. Claro que, tampoco, jamás en toda su vida, se había imaginado a sí misma casándose con un hombre por el que sentía amor y pasión a partes iguales, así que... evidentemente, todo compensaba.

Lo celebraron comiendo unas hamburguesas en un local de comida rápida cercano a la capilla y brindando con sus refrescos. Dinero no les

faltaba, ni les faltaría nunca, pero no necesitaban nada más especial que aquello para convertir esa noche en la más especial de sus vidas.

Jackson bromeó con sus hermanos reclamándoles su regalo de bodas, pero Ben y Cole echaron balones fuera alegando que ellos ya les habían regalado los trajes para la boda. Dylan permanecía callado y meditabundo, pero sus hermanos pequeños ya se habían acostumbrado a verlo así durante años, con lo que ellos creían que era el peso de la responsabilidad de dirigir las empresas familiares, pero que Jackson sabía que era el dolor de la culpa. Ben y Cole no le dieron más importancia y se dirigieron a jugarse parte de la fortuna familiar en una de las muchas tragaperras que había por todas partes en Las Vegas.

—¿Qué ocurre, Dylan? —le preguntó Jackson, y constató, por enésima vez en aquellos días, que entre él y su hermano parecía que no hubieran pasado los años. Quizá con Cole y con Ben le costara algún tiempo recuperar toda la confianza que habían tenido en el pasado, pero con Dylan parecía que hubieran estado compartiendo litera en el cuarto infantil de la casa familiar la noche anterior—. Y, por favor, si me vas a decir que te sientes culpable o algo por el estilo, ahórratelo. No hablaba en broma con lo que te dije al salir de la cárcel. Para mí, la vida empieza hoy. Mucho más teniendo en cuenta el paso que acabo de dar. —Tiffany lo miró y se besaron brevemente antes de que Dylan empezara a hablar.

—No es eso. Bueno... no es *solo* eso. —Dylan resopló antes de continuar—. Necesito alejarme un tiempo, Jackson.

—Joder... —Jackson no quería que se alejara. Joder, no quería bajo ningún concepto que se alejara después de casi ocho años que se le habían hecho eternos, y estaba dispuesto a suplicar—. Por favor, Dylan, yo ahora os necesito a todos cerca de mí, necesito...

—No me voy a alejar de ti, Jackson. Nunca más. Eso puedes tenerlo claro. —Le sonrió con timidez, aunque no dejó de mirarlo a los ojos mientras hablaba—. Pero me quiero alejar de la casa de Newport, de la dirección de las empresas... Nunca quise eso, tú lo sabes. Tú eras el que estaba destinado a dirigir las empresas de papá, no yo. No me lo merecía.

—Pero lo has hecho muy bien. —Tiffany le había contado a Jackson que Dylan había conseguido multiplicar los beneficios de unas empresas que ya eran exitosas antes de que él naciera, pero que había ido expandiendo a través de fusiones y adquisiciones.

—Ya. Pero no me lo merecía.

—No es así...

—No, Jackson. Déjame hablar. —Posó la mano sobre la de su hermano para interrumpirlo—. Necesito un tiempo lejos del negocio para respirar y para reconciliarme conmigo mismo. Puede que tú me hayas perdonado que te haya jodido la vida, pero yo no sé si seré capaz de perdonármelo a mí mismo jamás. Necesito empezar de cero, trabajar duro y convertirme en alguien de provecho, sin que mi libertad me la haya regalado mi hermano y todo mi dinero, la muerte de mi padre.

—¿Qué me estás proponiendo?

—En realidad, es una propuesta retroactiva. Ya he hecho lo que tenía que hacer.

Dylan sacó un documento del bolsillo interior de su *smoking*. Era la cesión de su porcentaje de las acciones en Crawford Inc. y la autorización a nombre de Jackson para gestionar un fondo fiduciario.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Jackson, titubeando. Los nervios de su voz transmitían que sabía muy bien qué significaba aquello.

—Que, desde este momento, eres el máximo accionista de Crawford Inc., con el cincuenta por ciento del capital. Tendría que consultar a cuánto equivale eso, pero no pienso hacerlo porque... yo ya no trabajo ahí. —Se carcajeó—. Pero unos mil cuatrocientos o mil cuatrocientos diez millones de dólares, por ahí estará. En estos momentos, puede que seas el multimillonario más joven de los Estados Unidos. Yo lo era hasta hace unos días.

—Pero... pero...

—Está en tu mano decidir si quieres ponerte ya al frente de las empresas o no. Hace un par de semanas que lo dejé todo en manos del vicepresidente. Ellos podrán gestionarlo sin tu presencia durante el tiempo que necesites para disfrutar de tu libertad. Y Cole y Ben, por supuesto, poseen un veinticinco por ciento de las acciones cada uno, así que también tienen poder de decisión y podrán cubrirte durante el tiempo que quieras que dure tu luna de miel. Como si es un año... lo que necesites.

—¿Y lo otro? —Jackson seguía un poco en estado de *shock*, pero al menos había conseguido reponerse lo suficiente como para hacer preguntas con sentido.

—Sí, eso... —Dylan dudó. Lo que estaba haciendo era duro, pero hacía meses que sabía que era exactamente lo que necesitaba—. Es una autorización para que tú gesticiones el fondo fiduciario que me dejó mamá. Son

más o menos dos millones de dólares, y no los quiero. Por las condiciones legales del fondo, no puedo deshacerme de ellos ni regalarlos, pero confío en que tú los sepas invertir. He retirado diez mil dólares para empezar mi nueva vida. El resto está todo ahí.

—¿Quieres que invierta tu parte de la herencia de mamá?

—Sí. No quiero tener nada que no me haya ganado, Jackson. Es la única manera en la que podré sobrevivir a este sentimiento de culpa que se me come por dentro. Invierte ese dinero en ayudar a gente con problemas como los que tuve yo. —La vergüenza fue más fuerte que él y tuvo que bajar la mirada al tablero de la mesa—. Para que no le jodan la vida a nadie que no se lo merezca.

Los hermanos acabaron fundidos en un abrazo que decía muchas cosas que no se podían expresar con palabras. Tiffany permanecía como un testigo mudo de su charla, aunque no se le escapaba el hecho de que su vida acababa de dar un giro radical. Si conocía bien a Jackson, y estaba segura de que lo hacía, querría ponerse cuanto antes al frente de sus empresas. Había soñado con dirigir las desde que era un niño que jugaba debajo de la mesa del despacho de su padre. Todas las incertidumbres sobre su futuro acababan de disolverse, y Tiffany podría incluso permitirse tomarse el tiempo necesario para encontrar esa vocación que parecía no acabar de aparecer.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó Jackson, todavía muy nervioso, en cuanto Dylan se escabulló para dejarles intimidad en la que sería su noche de bodas.

—Quiero que estés tranquilo. Y que estés feliz. Y que celebres que eres el multimillonario más jodidamente atractivo de este planeta. —Jackson la besó y sintió, quizá por primera vez en mucho tiempo, que era un hombre afortunado. Y esa sensación no tenía nada que ver con el dinero que acababa de caerle en las manos—. Tómame una copa y espérame. Yo tengo que hacer una llamada.

—Sabes que te quiero más que a mi vida, ¿verdad? —Las palabras se le escaparon, pero no las retiraría por nada del mundo. No las retiraría jamás.

—Claro que sí —le respondió ella—. Lo sé porque yo te quiero a ti exactamente de la misma forma.

Dejándolo allí sentado con una sonrisa enorme en los labios, Tiffany salió del local. Marcó el teléfono de la casa de Newport de sus padres y sonrió al escuchar la voz de su madre al otro lado de la línea telefónica. Era justo la persona a la que quería dar una noticia que los iba a volver locos.

—¡Mamá! —la saludó con euforia.

—Hija, es tarde. ¿Qué ocurre?

—Al fin os he hecho caso, mamá. ¡Acabo de casarme con un multimillonario!

—Pero ¿qué tontería estás diciendo, Tiffany?

—¡Ya tenéis lo que queríais! —exclamó, usando toda la ironía que fue capaz de reunir—. Ha tenido que ser en Las Vegas porque él acaba de salir de la cárcel y no hemos tenido tiempo para planear otra cosa. Siento no haber podido avisaros antes.

—¿Tiffany? —Estaba segura de que su madre pensaría que había perdido la cabeza, pero... sí, la había perdido. De amor por Jackson.

—Ya os contaré la historia completa, que estoy segura de que os va a encantar, pero ahora quedaos con una sola cosa: soy muy feliz.

Colgó el teléfono, sin poder evitar que se le escapara una carcajada, y lo apagó de inmediato, pues estaba segura de que, esa vez sí, sus padres se apresurarían a volver a llamarla. Divisó a Jackson y sonrió. Se acercó a él y lo tomó de la mano para llevarlo a la habitación que compartían. Una habitación en la que harían el amor y en la que comenzarían el resto de su vida.

**FIN**

Towanda Richardson es una escritora española que debuta en la novela romántica con *El secreto mejor guardado de Jackson*.

Si deseas contactar con ella, puedes enviarle un email a [towandarichardson33@gmail.com](mailto:towandarichardson33@gmail.com) y te responderá lo antes posible.